

EL PAPEL DE CERCEDILLA

Nº4. • TEMPORADA II • ABRIL 2020 - ABRIL 2021
ESPECIAL TIEMPO DE PANDEMIA

Poesía · Relatos · Ilustración · Arte · Colaboraciones especiales



Cercedilla inédita

DE LA PESTE NEGRA AL HOSPITAL DE LA FUENFRÍA



EDITORIAL

EL PAPEL DE CERCEDILLA

Revista de la Fundación Cultural de Cercedilla



Patronato y consejo editorial

Francisco Cifuentes Ochoa
Jorge Jimeno
Teresa Martín Molina
Francisco Tomás Montalvo Palazuelos
Virginia Rodríguez Cerdá
Rafael Sánchez-Mateos Paniagua

Edición

Virginia Rodríguez Cerdá

Imagen, diseño y composición

Daniel García Pelillo

Corrección y asistencia a la edición

Francisco Cifuentes Ochoa

Impresión

Imprenta Rosa

© DE LOS TEXTOS Y LAS IMÁGENES: sus autores, 2021

© DE LA EDICIÓN: Fundación Cultural de Cercedilla, 2021

Calle de los Registros, 56, 28470, Cercedilla

ISSN 2605-3365

DEP. LEGAL M-28551-2018

Con la colaboración del Ayuntamiento de Cercedilla



Ilustraciones de cubierta de Daniel G. Pelillo;
recursos propios, anónimos neolíticos y de la NASA

Querido lector:

Hace justo un año que nos sobrevuelan aves negras sin que los expertos consigan dilucidar si se trata de sabios cuervos mensajeros, ángeles exterminadores, vencejos que anuncian alguna primavera o los carroñeros que esperan su turno. En el confinamiento duro, durante la primera ola de esta galerna que todavía arrecia, decidimos hacer un número especial de la revista, un *Papel* sin papel que fue creciendo con las secciones habituales escritas en las condiciones más insólitas y con muchas voces nuevas, desde la experiencia científica o política al clamor lírico: médicos, carpinteras, celadores insomnes, dibujantes, poetas, mujeres luchadoras, periodistas, librepensadoras y hasta el alcalde. Había una necesidad fuerte de expresar, cada cual desde su nuevo y extraño lugar o desde su lugar de siempre, ahora puesto en otro sitio.

Todos los contenidos de esta revista se crearon y fueron publicándose en línea a partir de marzo de 2020. A la fuerza, como todos, nos pusimos a explorar la virtualidad para seguir comunicándonos, y funciona, aunque no sea lo mismo: www.elpapeldecercedilla.com.

Nuestros grandes planes para celebrar el 50 aniversario de la Fundación Cultural de Cercedilla se fueron por el sumidero del covid: un año sin más encuentros que los que ocurren pantalla mediante. Malos tiempos para las celebraciones. Malos para los bares y para muchos comercios. Malos para los trabajadores, los niños, los estudiantes, los abuelos y los amigos.

Pero somos cabezotas, así que nos hemos liado la manta alrededor de nuestras grandes cabezas y nos hemos rascado los bolsillos para imprimir este número especial. Nos gusta en papel. Así es esta revista que hacemos entre tantos, y este número 4 además se ha convertido en un objeto luminoso que conserva los pensamientos, las palabras y las imágenes de un momento fundamental, vivido desde la expresión de la cultura en nuestro pueblo, esta vez más que nunca conectada a una vivencia colectiva mundial, no demasiado luminosa. Así que un poco de color, por favor: no está el patio para andar desperdiciando oportunidades de alegría, por pequeñas que sean. Estas páginas coloridas cuentan que la vida sigue y prospera y se revuelve y se carga de memoria y de imaginación también durante los tiempos muertos.

Esperamos que su lectura te sea grata. La lectura es uno de los grandes placeres que persisten, además de los paseos por el monte esta primavera, la radio a los pies de Siete Picos, la música, la intimidad y las risas detrás de las mascarillas. ¡Y la comida y el vino! Así visto, podemos aguantar.

Colaboran en este número

Textos

Paco Cifuentes
Patricia Lorente
Jesús Cifuentes
Rafael SM Paniagua
Ricardo Gómez
Miguel Cifuentes
Rafael Reig
Jorge Riechmann
Iñaki López Martín
Leticia Navarro
Pedro Sáez
Ana de la Hoz Trapero
Amai Varela
Ana Julia Salvador
María Ángeles Navarro
José Manuel Ribera Casado
Miguel Ángel Moreno Huart
Manuel Peinado
Santiago Herranz
Miguel Ángel Blanco
Claire Painter Fernández
Jorge Jimeno
Elena Molina García
Luis Miguel Peña
Max Hierro
Tamara Somoza
Daniela Gorgojo Rubio
Elena González Bodelón
Isabella Arévalo Annese

Imágenes

Juan Triguero
Rafael SM Paniagua
Daniel G. Pelillo
Katsushika Hokusai
Juan Miguel Pando Barrero
Leticia Navarro
vecinos de Cercedilla
Isabel Gómez Liebre
Eduardo Acaso Deltell
Cillas R.J.B. de Madrid
Marc Ryckaert
Maite Santisteban Rivero
Gonzalo Astete
José Quiles
Pablo Linés
Claire Painter Fernández



EN LA WEB



Contenidos disponibles en la página web:
elpapeldecercedilla.com

Esta publicación es un medio abierto a colaboraciones de diversa procedencia: las opiniones expresadas en los artículos corresponden a sus autores y no tienen por qué coincidir necesariamente con las del consejo editorial ni con posiciones defendidas por la Fundación Cultural de Cercedilla

6. POESÍA

POEMAS DE CUARENTENA

por Ricardo Gómez



8. DESDE LA COCINA

BURROS Y VERANEANTES

por Paco Cifuentes
y Patricia Lorente



15. ¿PERÍODICOS TIENEN?

**EL SOLILOQUIO
DE BERGANZA**

por Rafael Reig

18. CERCEDILLA INÉDITA

**DE LA PESTE NEGRA AL HOSPITAL DE LA FUENFRÍA
BREVE HISTORIA MÉDICA DE CERCEDILLA**

por Iñaki López Martín

40.

**PLANTAS DE AQUÍ
LOS NARCISOS SILVESTRES
DE GUADARRAMA**

por Manuel Peinado



46.

**LAPIS SPECULARIS
LA LUZ BAJO TIERRA**

por Miguel Ángel Blanco

**4. NATURANS/NATURATA EL CULTIVO, EL CULTO
Y LAS CULTURAS DE LA VIDA**

por Rafael SMP

10. DESDE LA COCINA LA HUIDA (EVIDENTEMENTE FALLIDA)

por Jesús Cifuentes

12. COLABORACIÓN ESPECIAL EL DÍA DE LA MARMOTA

por Miguel Cifuentes

16. POESÍA CON Z DE CERCEDILLA

por Jorge Riechmann

28. LO QUE PINTA • COLABORACIÓN ESPECIAL LETICIA NAVARRO

30. COLABORACIÓN ESPECIAL DEJADME CORRER, DEJADME

por Pedro Sáez

**32. COLABORACIÓN ESPECIAL MOVILIZACIONES FRENTE AL
CENTRO DE SALUD DE CERCEDILLA**

por A. de la Hoz, A. Varela, A. J. Salvador
y M. Á. Navarro

34. LO QUE PINTA ISABEL GÓMEZ LIEBRE

**36. SÍ ES PUEBLO PARA VIEJOS ... AUNQUE ESTEMOS
EN PLENA PANDEMIA**

por José Manuel Ribera Casado

38. POESÍA SIETE PICOS

por Miguel Ángel Moreno Huart

45. POESÍA QUIETO EN EL AIRE

por Santiago Herraiz

54. LPS SÁHARA STOP

por Claire Painter Fernández

58. QUÉ CUENTO TIENES, JIMENO MI PRIMO

por Jorge Jimeno

60. COLABORACIÓN ESPECIAL MI CAMISA SIN PLANCHAR

por Elena Molina García

61. COLABORACIÓN ESPECIAL ¿Y ENTONCES LA CULTURA?

por L. M. Peña, M. Hierro y T. Somoza

63. I.E.S. LA DEHESILLA • COLABORACIÓN ESPECIAL PARARSE A

PENSAR • PRIMAVERA 2020 • NINGÚN TÚNEL ES INFINITO

por D. Gorgojo, E. González e I. Arévalo

EL CULTIVO, EL CULTO Y LAS CULTURAS DE LA VIDA

Rafael SM Paniagua

Marzo de 2020

Desde nuestro balcón se ve la torre de la iglesia de San Sebastián, cuyas campanas hemos oído sonar, con su aviso de muerte, con más frecuencia de lo habitual estas semanas.

Es asombrosa la sensación de leveza que producen, paradójicamente, su escala descendente y su ritmo. También, que esa señal pueda ser por todos escuchada. O ignorada. No siempre es fácil hacerse cargo de la muerte.

Recuerdo una reflexión que Jorge Riechmann compartió el día de la presentación del tercer número de *El Papel de Cercedilla*, el pasado mes de enero. A propósito de su contribución con un poema sobre la muerte de Blanca Fernández Ochoa, que le había recordado a su vez la muerte de otro amigo suyo, no recuerdo exactamente sus palabras, pero Jorge sugirió que quizás tengamos que aprender de nuevo a morir.

La muerte debió necesariamente suscitar en la especie humana, desde el principio, una doble experiencia, religiosa y estética. Una y otra cosa se han venido

entremezclando. Había que articular mecanismos de mediación con eso que resultaba tan misterioso. Inventar dioses, oraciones, rituales que calmaran al fantasma que también somos. Había que inventar formas sensibles que permitieran narrar y contener esa voluntad de superar la muerte o lamentar la pérdida. Honrar a los muertos ha sido, por mucho tiempo, lo que ha relanzado al arte en sus distintas expresiones. La piedra grabada, la cámara enterrada, el adorno funerario, la melodía del réquiem. Todo eso, oraciones y poesías, nos ha permitido, además de honrar y asegurar al fantasma un sueño plácido y tranquilo, calmarnos nosotros mismos y poder organizar la difícil experiencia de tener que despedirnos en vida de nuestros amados y amigos muertos, con la esperanza de poder vivir con dignidad nuestro sufrimiento y acaso poder continuar con la vida.

Las consecuencias del racionalismo ciego y las fantasías tecnocientíficas produjeron y aún producen, como se sabe, ciertos monstruos. Que la vida dependa de una máquina que a su vez depende de las dinámicas especulativas del mercado y el negocio es tan solo uno de ellos. El más siniestro en estos momentos, qué duda cabe. Calcular día a día las personas que en esas condiciones han fallecido, o especular con el miedo que provoca el número de las que podrían fallecer son otro tipo de monstruos que produce el sueño de la razón y que vienen a asustarnos con la imagen de una pérdida sin medida. Y desposeídos ya de la confianza para articular una oración sin que nuestro desamparo produzca vergüenza, e incapaces de imaginar las artes funerarias de la muerte que de verdad deseáramos, estamos desarmados para comprender y asimilar tanto dolor. Tan difícil de comprender, tan profundo y a la vez tan compartido. Tan común.



Cementerio de New Harmony, Indiana, Estados Unidos
(fotografía de Rafael SM Paniagua)

El año pasado tuve la oportunidad de visitar New Harmony, la ciudad utópica proyectada por Robert Owen en el estado de Indiana, en los USA. Allí encontré muchos lugares commovedores y gráciles, pero el cementerio de los harmonianos me impactó especialmente. No había ninguna lápida, ninguna referencia, ningún nombre. Solo una extensión no muy grande de terreno, pero lo suficiente para albergar varios cientos de cuerpos enterrados, del que brotaba un verde jubiloso como el que vemos estos días en nuestro valle. Un muro de ladrillo rojo artesanal lo rodeaba, solo con la altura justa para que pudiera observarse el espacio interior que encerraba, como un sutil y amable recordatorio.

Estos semanas las he pasado, entre otras cosas, preparando el diminuto huerto de nuestra casa. Su tamaño es anecdótico, pero sirve para contener una importante lección de vida a la que ningún lirismo popular puede verdaderamente hacer justicia. Romper el apelmazamiento que produjeron las nieves en la tierra; alimentarla con

excrementos; mover y remover hasta que el terruño se esponje y oxigene; semillar los diminutos granos y esperar a que broten y crezcan a tiempo para trasplantarlos por fin a la tierra el día de Santa Quiteria... Estoy trabajando con la vieja azada de Vicente, mi vecino, que me enseñó a plantar patatas hace varios años y todavía hoy aparecen al remover la tierra. Vicente falleció el año pasado y yo no pude ir a su entierro, pero su presencia se vuelve real al intentar manejarme torpemente con la herramienta. Este cultivo anecdótico, que no da más que para unas cuantas ensaladas, basta para reconciliarse con la vieja ley eterna de lo vivo. Es tan simple que no da más que para contener un solo mito, un solo cuento, una sola historia: del suelo muerto del invierno, brotará la vida en primavera para traernos, además de tomates, la respuesta a la pregunta *¿hay vida antes de la muerte?* Formulada así, del único modo en que podemos responderla. Y sí debe de haberla, a juzgar por el enorme temor que tenemos de perderla y por el dolor que sentimos cuando otros la pierden. No es por otra cosa,

sino por este único mito de la vida que regresa y se va para después regresar otra vez, que llevamos flores a los muertos.

Ojalá logremos imaginar un buen duelo personal y colectivo. Ojalá encontremos la manera de revivificar esta devastadora experiencia y de orientar todo este dolor hacia la vida. Estamos rodeados de viciosos de la necropolítica y emprendedores que inventan nuevos nichos de negocio cada día, expeliendo sus productos perecederos y sus siniestras campañas autopromocionales. Deberían hacerse a un lado y desistir de su empeño de volcar contra nosotros mismos la rabia y la frustración que esconden nuestras heridas. Dejen de hacer su ruido y callen. Quizá podamos aprender de las campanas. Su sonido se propaga y desaparece en los valles. La promesa estética y religiosa de su sonido es vibrar en cada púa de cada pino, acariciar cada hoja de roble. Llegar a nuestros oídos, a nuestros ojos, a nuestro corazón. Ojalá podamos observar todo lo que nos ha pasado con los ojos del corazón, del cultivo, del culto y las culturas de la vida.

POEMAS DE CUARENTENA

Ricardo Gómez • abril de 2020

AMOR DE ENCIERRO

Más allá del balcón vuelan a su antojo golondrinas.
Mis hijos practican con Conway¹ el Juego de la Vida
mientras la abuela teje las mangas de un jersey.
Es plácida la tarde. Abandono las líneas de mi libro
y me distraigo viendo cómo el gato ronronea
antes de decidirse a trepar a la montaña de una silla.
Mi mujer adereza con mimo las flores de un jarrón.
Se hacen largas estas tardes. Nuestras miradas
se cruzan y hasta creemos todavía desearnos.
Nos diremos a solas lo que callamos ahora, por pudor.

¹ En honor de John H. Conway, matemático (26 de diciembre de 1937 - 11 de abril de 2020, víctima del coronavirus).



NOSTALGIA

La buena lluvia conoce el ritmo justo.
En los vidrios, las gotas jueganean con Cortázar:
se amanceban, se deslizan, corretean, se suicidan.
Las ramas del fresno se peinan con el viento
y un murmullo melancólico puntea la mañana.
¿Quién no llora, recordando cuando de niño
no temía que una tormenta le empapara
y tocaba con admiración los ojos retráctiles de los caracoles?
Los años han pasado. Ahora nos refugiamos temerosos
tras la ventana, contemplamos con ojos de pintor estos paisajes
que un día fueron esculturas y ciudades que habitábamos,
sin adivinar que el tiempo nos haría espectadores.

CLANDESTINO

Las nieblas acarician las montañas del este
por donde un halo de luz rosada anuncia el día.
Tallos de hierbas aún siguen prisioneros del rocío
y tus pies desnudos esparcen perlas por el suelo.
Mas no temes al frío; te tumbas y me invitas
a disfrutar de la última estrella de la noche.
Hacemos el amor con calma y luego te despides.
Te vas acompañada por el lamento de los grillos.

BURROS Y VERANEANTES: DOS ESPECIES EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

Paco Cifuentes y Patricia Lorente

Cómo echo de menos la alegría del reencuentro. Llevo ya muchos días sin hablar con mis padres en la mesa de la cocina. Hablamos por teléfono, hacemos videoconferencias o nos acercamos clandestinamente y les saludamos de lejos, asomados ellos dos a la terraza y saludando como si fuesen reyes (que lo son). Sin ver a mi hijo mayor, a los hermanos, a los primos, a la tía Paloma, a los amigos, a los compañeros.

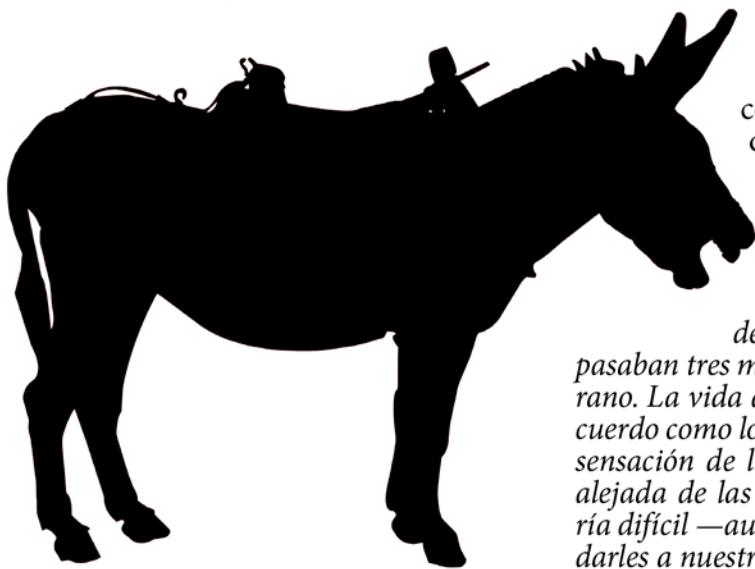
Para evadirme un poco de esta pesadilla vuelvo la mirada y la memoria a los días felices de la infancia, cuando salímos del confinamiento de nuestro pequeño piso en Madrid y nos veníamos a pasar el verano a nuestro pueblo. Hoy quiero hablar de burros y veraneantes, y creo que puedo hacerlo con autoridad puesto que he pertenecido a ambas especies, al menos a tiempo parcial. De los burros me encargaré después, y como

con los veraneantes no me siento totalmente identificado, le he pedido ayuda a mi amiga Patricia Lorente. Yo tuve una infancia de Orzoweí, en el colegio en Madrid me consideraban un paletó y aquí, en Cercedilla, un veraneante, un poco rebajado por la autoridad de mis primos, que no permitían ninguna discusión al respecto y nos trataban como parraos de pleno derecho. Patricia, que sí ha sido veraneante de libro, sabrá ilustrarnos mejor sobre esos curiosos animalillos. Esto es lo que me ha contado en la cocina de su quinto piso en la calle Reina Victoria de Madrid.

Sí, nosotros éramos los típicos veraneantes, veraneantes de colonia de veraneantes, de los que se pasaban tres meses en Cercedilla cada verano. La vida allí era maravillosa y lo recuerdo como lo mejor de mi infancia: una sensación de libertad y despreocupación alejada de las tecnologías que ahora vería difícil —aunque no imposible— poder darles a nuestros hijos.

La vida del veraneante consistía en levantarse cuando a uno le daba la gana (nunca antes de las once), desayunar y largarse de casa sin más. Buscar amigos, jugar en la calle, en las piscinas, en los jardines siempre abiertos —dentro de las casas estaba prohibido entrar—, montar en bici, correr, saltar, cazar lagartijas, gritar... Recuerdo observarme las rodillas llenas de costras y araños, y pensar que nunca volvería a verme la piel libre de accidentes.

Luis el panadero nos dictaba la hora de comer, y llenaba de emoción el momento de su aparición: había peleas por salir a comprar el pan y recibir algún colín. Después de comer, como mucho, veíamos El coche fantástico o El gran héroe americano, pero lo normal era volver enseguida a la calle. Ninguno estábamos interesados en la tele cuando la alternativa era salir a jugar. Y por la tarde igual. Horas en la piscina, bocatas de merienda o de cena, a veces pícnic en la Peñota, mirar ranas en las charcas de Montepinar (que después desaparecieron bajo casas preciosas y casillas horribles de hormigón, aún me pregunto cómo consintieron aquello); visitar algún búnker, ir a la vaquería o a com-



prar polos a la bodega de Santos; hablar con el pastor de las ovejas que pasaban por allí cada tarde dejando la calle llena de «huesos de aceituna»; perseguir a Manolo Sayago, jardinero veterano cargado de paciencia y parco en palabras; huir de perros callejeros que vivían sueltos y sin dueño y aparecían en cualquier esquina; visitar a Goya, la cartera, que era abuela de nuestros amigos... Había cosas que hacer, muchas, y los momentos de aburrimiento eran remover tierra con los pies mientras pensábamos hacia dónde dar el siguiente paso. No recuerdo a ningún mayor dirigiéndonos, ni tratando de proponernos a qué jugar ni cómo divertirnos. Más allá de «tened cuidado» o «no vayáis ahí», nos dejaban en paz. Éramos muy libres.

Noches de escondite, de historias de miedo, de beso-atrevimiento-verdad. Nada de eso podía hacerse en un Madrid que quedaba automáticamente olvidado nada más poner los pies en la tierra seca.

Mientras duró aquella infancia despreocupada, la diferencia entre veraneantes y parraos era algo de lo que no éramos conscientes, más allá de saber quién era de dónde. Tendría yo doce o trece años cuando comenzamos a apreciar estas diferencias porque una amiga, precisamente oriunda de Cercedilla, nos habló de «unas» del pueblo que eran tan burras que habían pegado a unos veraneantes «con una pata de jamón». Aquella leyenda divertidísima unida a otras que comenzamos a oír sobre trifulcas que contaban nuestros hermanos mayores («grandes palizas de parraos a veraneantes») abrieron una nueva perspectiva y dotaron a nuestras primeras salidas al pueblo de cierta emoción. Comenzamos subiendo solos a ver pelis al Montalvo y a ponernos tibios de guarrierías en Belfy o Arlequín, donde se juntaban masas de pandillas locales y «extranjeras» a las que fichábamos, clasificábamos, «moteábamos»... Porque los veraneantes también poníamos motes, y algunos bastante injustos. Ahí empezó la conciencia de la diferencia, que más tarde volvería a difuminarse, igual que había aparecido. Había gente que nos interesaba y gente que nos parecía de traca, de unas partes y de otras. Recuerdo muy bien un grupito de chicos del pueblo que querían hacerse amigos nuestros y, una noche que por fin se decidieron a hablarnos, mi amiga A. (casada hoy con un parrao y empadronada en el pueblo desde hace años) amenazó de palabra y gesto al pobre que se disponía a hablar. No teníamos nada que envidiar a las borricas de la pata de jamón, nosotras íbamos por ahí amenazando...

Pero pasada esa época horrenda y divertida que fue la preadolescencia, vino el tiempo maravilloso de trasnchar por el Redil, Kakios, el Rancho, el Chester, el Quercus, el Casino..., mezclándonos todos hasta que, como dije antes, prácticamente desapareció aquella línea imaginaria que nos separaba y quedamos convertidos, entre copas, baiiles, conversaciones y rollos amorosos, en la misma cosa: simplemente una generación, y creo que bastante más heterogénea que las anteriores. Aprendimos motes, dejamos que nos motearan, y hasta adquirimos cierto acento, sobre todo con alguna copa de más («¡ay mae, galán!» era casi un grito de guerra). Y lo hicimos tan bien que yo ya no sé ni lo que soy porque, como dije al principio, es poner los pies en esta tierra y me siento parte del paisaje, del que dudo que pudiera prescindir. Hoy sería difícil catalogarnos a cada uno porque los de Madrid se quedaron a vivir en el pueblo, los del pueblo se fueron a Madrid, y unos y otros se casaron, dando lugar a una preciosa estirpe de mestizos veraneante-parraos que habitan a ambos lados de la frontera.

Y para terminar a lo burro, aquí va mi historia del Genaro, *con quien tanto quería*.

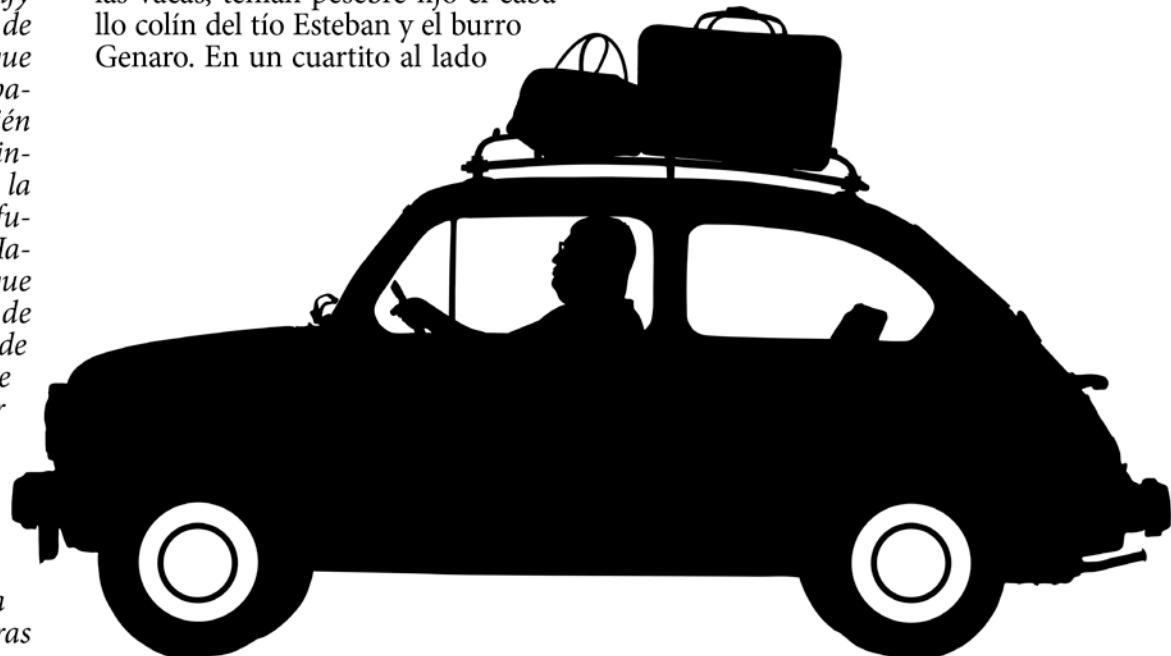
Un día terminaba el colegio. Salíamos de Madrid y de pronto estábamos en el Molino, en casa de la tía Mari, y el verano se presentaba infinito, ilimitado, inacabable. Los primeros días andábamos como alucinados sin atrevernos a estrenarlo.

La casa tenía una vaquería, un gallinero, las cochiqueras y un prado donde éramos convocados al pan con chocolate de las meriendas. En la cuadra, además de las vacas, tenían pesebre fijo el cabañuelo colín del tío Esteban y el burro Genaro. En un cuartito al lado

de la cuadra dormía Braulio, el vaquero, siempre con una sonrisa maliciosa llena de dientes amarillos.

Cada uno ya apuntaba sus futuras aficiones y habilidades. Esteban y yo éramos más teóricos, y Rafa y Mariano más prácticos y dados a la experimentación. Rafa tenía predilección por los pollitos, a los que alimentaba con cualquier polvo, pomada o medicina que pudiera agenciar, con resultados no siempre satisfactorios para los pollitos. Le llamábamos el general Matagallinas. El momento estelar de la jornada venía con el reparto de la leche. Ayudábamos a Braulio a aparejar al Genaro, con su cincha, su albarda, su ataharre y las cuatro alforjas para sendos cántaros de leche que debíamos repartir entre los veraneantes, y los cinco emprendíamos la subida por el paseo de Ródenas, una cuesta en zigzag jalona da por cinco bancos de piedra que desembocaba en un antiguo palacete, y, desde allí, en suave pendiente, llegábamos a Collado del Hoyo. Normalmente solo iba montado Esteban, con las medidas de leche y los cartones de huevos, que más de una vez se quedaron en el camino.

Los burros están especialmente diseñados para adaptarse a la velocidad de los niños, así que Rafa, Mariano y yo íbamos a pie, pero sin perder nunca contacto con el rucio y su jinete. Al llegar a los primeros chalés nos montábamos los cuatro en el Genaro porque así conseguíamos que salieran algunas de las niñas que nos gustaban (las García-Serrano o las Capuz) a afeearnos la conducta y compadecerse del pobre borrico.



Ilustraciones de Juan Triguero

DESDE LA COCINA

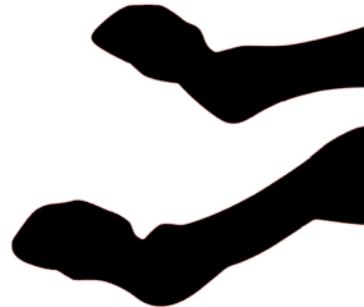
En las fiestas se organizaban carreras de burros, y Mariano, que sabía todo lo que puede saberse de aviones caza, andaba preocupado con la manera de mejorar las prestaciones de nuestro Genaro. Calculaba el ángulo de giro, el coeficiente de rozamiento y, perdón, la penetrabilidad, cronometrando (sin cronómetro, como Galileo) el tiempo que tardaba entre banco y banco. Sostenía que si se hacía botar un balón junto a la oreja izquierda del Genaro, este recortaba en más de un segundo su vuelta rápida. Pero Rafa tenía otras ideas sobre cuál era la mejor manera de hacer que el pollino acelerara el paso, y le excitaba sus partes con una varita. Sin embargo, aunque nuestras estrategias hacían que la velocidad del Genaro aumentara de forma considerable, no conseguíamos mantenerlo en línea recta y en contacto permanente con el suelo, porque caracoleaba entre rebuznos y daba tantos voleos que era francamente arriesgado conducirlo.

Yo entonces creía que los burros eran caballos de edad avanzada, y, lo mismo que los abuelos, me inspiraban cariño y confianza. Tampoco entendía cómo las palomas, esas ratas con alas, podían ser el símbolo de la paz, en lugar de las ranas, que eran realmente pacíficas y nunca se metían con nadie.

En aquel reino habitaban vacas filósofas que gustaban de sentarse a regurgitar sus pensamientos. A los gatos les salvábamos la vida de recién nacidos, ocluyéndolos antes de que Braulio los tirara al río, y ya de más mayorcitos los perseguíamos para apalearlos. También había ovejas estolidas y asustadizas y hasta un perro suicida, el Yul, un bóxer que un buen día se tendió en la vía justo antes de que pasara el expreso de las cinco. En la casa del pintor Bardasano, José Luis el biólogo nos pagaba por llevarle bichos para su terrario. Una lagar-

tija, cinco pelas; un lagarto, cinco duros, y una vez por una víbora preñada nos largó un billete de cien. Amábamos a los reptiles.

Jugábamos a los indios y cada uno tenía su tótem. Esteban nos había explicado que entre las tribus indígenas las cualidades de los animales reflejaban fuerzas sobrenaturales y atribuciones espirituales. Yo dudaba entre la nobleza del caballo, la inteligencia de la serpiente, la majestuosidad del águila o la fuerza del oso. Y al final, entre las risas de mis primos, siempre elegía al burro, por el cariño que le tenía al Genaro, que era humilde y modesto como solo sabemos serlo los grandes hombres.



LA HUIDA (EVIDENTEMENTE FALLIDA)

Jesús Cifuentes

Lo que voy a contarte sucedió hace muchos años, yo tendría siete u ocho y Almudena uno más. No acabo de acordarme de cómo pudimos llegar a semejante situación, y desde luego no me lo explico

Me figuro que papá y mamá estarían de crucero, o de fin de semana romántico, o vaya usted a saber, pero el caso es que allá íbamos los cuatro —Esteban, la Ena, el burro Genaro y yo— camino de la Cerca de la Dehesa —para quien no lo conozca, bajando la calleja de las Cercas Lenguas (Luengas), cruzando el río, doscientos metros más al fondo, a la derecha—.

Esteban nos había prometido enseñarnos a jugar al golf. Desconocíamos esa vis lúdica en nuestro primo mayor, pero confiamos plenamente en su experiencia.

Cómodamente instalados en el burro, con Esteban tirando del ramal, llegamos a nuestro destino. La emoción e incertidumbre nos embargan —Severiano

Ballesteros aún tiraba piedras a los gatos entre las brumas de Pedreña—. Una vez atado y desaparejado el animal —ni mi hermana ni yo prestamos la más mínima atención a esta faena—, abre Esteban la chirriosa cancela del pajar y nos muestra el material, escasamente *fashion*, de nuestra primera clase de golf: a elegir entre una azadilla o una vara de fresno con su porrillo abultado en el extremo.



Bueno, pienso yo, los hierros y maderas vendrán más adelante, cuando mejore nuestro *swing*, vayamos en busca de los hoyos. Pero tampoco hay relucientes bolas blancas, ni hoyos, ni banderas.

Almudena empieza a mosquearse. A nuestros pies, únicamente una verde pradera moteada de cientos, miles de parduzcas moñigas de vaca, algunas ya casi petrificadas, otras aún frescas y olorosas.

ni se inmuta, continúa mejorando su *swing* tanto de izquierdas como de derechas, sin solución de continuidad. Yo miro a mi hermana girando la cabeza, pues me cupo a mí el privilegio de pilotar la nave, y ella dice, creo recordar, algo así como «adelante», o «al ataque», o «arranca, imbécil».

El Genaro al principio no se mueve. Furiosamente picamos espuela con nuestras delgadas piernecillas, y funciona. Primero a paso lento, luego más deprisa, atraviesa la portera y enfila la calleja llena de zarzales. Aumenta el ritmo a trotecillo cochinero y a cada saltito del rucio la albarda, sin cinchar, se desplaza unos milímetros a la izquierda. La adrenalina, también llamada «pánico», nos rebosa por las orejas a los dos. Cuando apenas hemos recorrido treinta metros, el naufragio es inminente, la bestia galopa ingobernable, y nosotros, escorados a estribor, nos asimos, con todas nuestras fuerzas, yo al cuello y a las crines del burro, Almudena a mí como buevemente puede.

No creo que alcanzara los cien metros nuestra fuga, por suerte no llegamos hasta el río. Una vez escorados a la izquierda, la fuerza de la gravedad, implacable, nos arrastra duramente contra el suelo. También por fortuna el burro no hace hilo por nosotros y se aleja, asustado y rebuznando.

Escena después de la catástrofe: la Ena, en el suelo llorando, más de rabia por el fracaso que del dolor de la caída; yo también llorando porque no me costaba ningún esfuerzo y lo hacía habitualmente; la manta y la albarda espanzurradas, y el burro, ya más calmado, mirándonos con aire retador, arrojando babas por el belfo.

No recuerdo cómo fuimos rescatados. Seguramente Esteban, tras reírse un rato de nosotros, nos devolvió a casa. Nadie sufrió daños importantes, quizás solo el orgullo de mi hermana. Han pasado cuarenta años y la bruja de la Ena es ahora la abuela Almudena, abogada en ejercicio, feliz con sus nietas y en plena juventud. El muy cabrón del burro, a unos más y a otros menos, nos ha tirado a todos varias veces, con mayor o menor daño en cada caso, y, hasta ahora, siempre nos hemos levantado.

Nuestro primo nos cuenta el plan: a golpe de azadilla o de porrillo, hay que ir desmenuzando, una por una, todas las plastas malolientes, con el objeto de dejar el prado uniformemente abonado, y que de esta forma crezca la hierba más frondosa y abundante, y salgan más paquetes tras la siega. Lo que se ha dado en llamar «desmoñigar». (Creo recordar que las explicaciones de nuestro *trainer* fueron algo más elementales).

No sé si después del discurso de Esteban la mente de Almudena tardó un minuto o ninguno en empezar a idear un plan de fuga. Yo, por entonces un niño apocado y llorón, me dejé llevar por el carácter decidido de mi hermana, y allá vamos los dos, ella mente pensante y yo brazo ejecutor, echamos manta y albarda al burro —sin ceñir la cincha, por supuesto—, lo desatamos, lo arrimamos a la tapia para poder montar, y nos subimos.

Para nuestro asombro, nuestro entonces odiado primo nos observa impasible, con una sardónica sonrisa en el rostro;

Ilustración de Juan Triguero

EL DÍA DE LA MARMOTA

Miguel Cifuentes Santos

Suenan la alarma del móvil. Son las 07:00. Empieza el día. Otro. Me levanto y me duele la cabeza, me duele la espalda y alguna zona del cuerpo más que no alcanzo a discernir en mi estado de semiconsciencia. ¿Será que lo he cogido? Tras una intensa pelea contra mí mismo, me siento en el borde de la cama y mirando al abismo me convenzo de que lo que tengo es cansancio.

Me despierto del todo y vuelvo a mirar el móvil. Las 07:15. Tengo que darme prisa, así que me levanto y comienzo mi rutina. Café preparándose, tostadas en la tostadora y mientras una ducha rápida. Todo listo. Me pongo la ropa que tengo colgada en la entrada (a estas alturas ya ni me planteo lo raro que es ver normal tener la ropa de salir para ir al hospital en la entrada, en una zona delimitada con una caja para dejar los zapatos al llegar).

Ya en el coche, de camino al hospital, no estoy nervioso porque no hay incertidumbre. Sé lo que me espera. Normalmente voy escuchando las noticias en la radio, pero de un tiempo a esta parte

prefiero música, mi música, la misma que me pongo para motivarme cuando voy a jugar un partido de rugby. Solo que ahora sé que no habrá tercer tiempo con cervezas, ni nada que celebrar.

Aparco. Paso ligero hasta el vestuario. Dejo todo en la taquilla. Solo me llevo lo imprescindible: dos bolígrafos, mi identificación y mi móvil guardado dentro de una bolsa de plástico estanca. Se me vuelve a hacer raro no llevarme el fonendo, ese que me regaló mi abuelo.

Salgo del vestuario y me dirijo corriendo a la zona de urgencias. Entro en la sala de los médicos y mis compañeros me hablan de los pacientes que tenemos. Las caras de mis compañeros reflejan una mezcla entre el desánimo, el cansancio y la «alegría» de finalizar su guardia. En resumen, lo de siempre. Muchos pacientes, ninguno bien, algunos críticos y muchos mal. Nos repartimos el trabajo, repasamos las situaciones de los pacientes y entramos por turnos. Entra uno y el resto desde fuera le da apoyo, apuntan lo que va necesitando y le facilitan el material o la medicación que precise.

Me toca ponerme el EPI. Hoy son distintos de los de ayer. Voy a entrar el primero. Me pongo los guantes, el mono impermeable (hoy es un mono, otros días ha sido una bata impermeable), la mascarilla (hoy es china), las gafas y otro par de guantes. Empieza el calor, pero no lo pienso. En la sala hay un equipo de enfermería, ya vestidos. Veo el panorama. Mucha gente. De treinta a noventa años. Ninguno bien. Voy primero a los que más preocupan, según la información que me han dado los compañeros salientes de guardia y lo que hemos repasado antes el equipo. Sí, efectivamente, están muy mal. Intentamos optimizar los tratamientos para que estén lo mejor posible, física y emocionalmente. Darles también algo de contacto y de calor humano. Todos los pacientes son iguales en términos médicos. Si la enfermedad se pudiera poner en una línea de gravedad, vemos a todos los pacientes en la misma línea; la diferencia entre ellos es si se sitúan más o menos cerca de la zona crítica. Sigo viendo pacientes. Alguno no está muy mal y me asalta ese pensamiento: «No están muy mal *todavía...*». Pero

no hay tiempo de pararse a pensar. Sigo viendo pacientes e informo de su situación al compañero que está fuera escribiendo. Me ayuda el equipo de enfermería, celadores y auxiliares, si necesito algo. Ellos están continuamente entrando en la sala, continuamente con el EPI puesto («qué duro», pienso).

Salgo de la sala y con ayuda de mi equipo me voy retirando el EPI. Por cada «complemento» que me quito, me lavo las manos con solución. Despues me rocían los pies y ya estoy listo para volver al despacho con mis compañeros. Viene la siguiente fase. No peor, pero tampoco mejor.

Nos dividimos a los pacientes para informar a familiares. Tengo nueve y dejo llamar alternando las malas noticias con las regulares. «Está mal... La situación es muy grave... No está sufriendo, nos encargamos de que esté tranquilo... No puede venir... Le entiendo... Volveré a llamarles con cualquier novedad... Lo siento». Llamadas duras alternas con llamadas esperanzadoras. «Está estable. Precisa oxígeno a dosis bajas, pero tiene que ingresar porque podría empeorar... Ha mejorado respecto a ayer y estamos pendientes de que pueda subir a ingresar... Hoy ha comido algo más que ayer, le he visto bien de ánimo... Gracias a usted».

Sin darme cuenta son las 15:00. Nos avisan de que una cadena de pizzerías ha traído pizzas para las urgencias. No tengo hambre, pero me como dos trozos. Volvemos a la sala, y de nuevo a empezar. Van llegando nuevos pacientes. Hace tiempo que no damos altas en urgencias, pero algunos de los que teníamos suben a ingresar y otros se van, tranquilos... Llamadas a familiares: «La situación es crítica... Sí, puede pasar un familiar... Lo siento mucho». Me recompongo y espero la llamada de atención al paciente para informarme de que han venido los familiares. Voy a verlos. La última vez que vieron a su padre fue hace tres días, cuando le trajeron a urgencias porque le costaba respirar, y ahora «la situación es

crítica». Hablo con ellos. Respeto la distancia en contra de lo que me pide mostrarles mi humanidad. Les advierto de lo que van a ver: su padre está tranquilo pero en estado crítico, y el escenario en el que van a tener sus últimos momentos juntos no puede ser más desolador. En cierto sentido es un consuelo que la pena y la preocupación les sirve de filtro: solo tienen ojos para su padre («y menos mal», pienso).

Pienso un momento en mi familia. Hace tiempo que solo les oigo por teléfono. Sería terrible que esto les pasara. A los que no les ha pasado ya... Pero no hay tiempo de seguir pensando.

Las 07:55. Llegan los refuerzos y ahora es nuestra cara la que muestra desánimo, cansancio y «alegría» de volver a casa. Desando lo andado y voy al vestuario, tiro toda mi ropa a las bolsas de limpieza, me lavo bien las manos, cojo mis cosas y me voy.

En el camino de vuelta escucho música, otra música. Mis ojos se llenan de lágrimas, me acuerdo de él por un instante, pero prefiero no pensar. Se me vienen encima todos esos pensamientos que estaban esperando, agazapados en lo más profundo de mí para atacarme en estos momentos de flaqueza. Vuelvo a enterrarlo, consciente de que alguna vez tendrá que levantar la tierra y sanear. Problema del futuro.

Llego a casa y no me puedo dormir. Los sueños que me esperan tampoco me invitan a querer hacerlo. Paso el día en una especie de duermevela. Me siento muy afortunado porque está ella, y también la pequeña de cuatro patas. Al final llega la noche y me duermo. Sueño con él. Está escuchando música con sus cascos puestos y no se ha enterado de que he llegado a su casa. Le abrazo y le digo que le quiero.

Suena la alarma del móvil. Son las 07:00. Empieza el día. Otro...



Cena rápida en el comedor respetando la distancia, alejados unos de otros. Alguna risa. Algun chiste. Alguna duda.

Volvemos, empieza la noche y a medida que avanza se vuelve borrosa por el cansancio. Igual que la vista. Llegan pacientes nuevos. Algunos pacientes empeoran, otros duermen. Nos turnamos para dormir unas horas, o una hora, o media.

Miguel Cifuentes Santos es residente de medicina familiar y comunitaria de tercer año en el área norte de Madrid y realiza sus guardias en urgencias del Hospital Universitario La Paz. Nació en Cercedilla hace veintisiete años. Este escrito relata el peor momento de la epidemia, la semana con más presión asistencial, cuando llegó a haber hasta quinientos pacientes solamente en el área de urgencias.

Su abuelo, Salvador Santos Rupérez, falleció el día 16 de marzo a causa del covid-19.

Imagen de Daniel G. Pelillo con material de Freepng y propio



Marcos del Coto Bello "Tras", setter escocés nacido en Asturias y residente en Cercedilla.
en la página siguiente su collar (fotografías de Daniel G. Pelillo)

¿PERIÓDICOS TIENEN?

EL SOLILOQUIO DE BERGANZA

Rafael Reig

Desde que empeñó el confinamiento me paso el día en la calle, me he convertido en la «causa justificada» de mis tres bípedos, que ahora se pelean por engancharme la correa al collar y salir a dar un paseo. Solo llevan una semana y ya no se aguantan unos a otros ni ellos mismos. Criaturas. No han aprendido a estar sin hacer nada, ni siquiera saben aburrirse, que es una de las actividades más creativas y reconfortantes que se nos ofrece en esta vida tan sin ventura ni consuelo.



Necesitan estímulo constante, sobre todo los bípedos adolescentes, como Cristina, que toca la guitarra, pinta cuadros, ve series, hace tartas y permanece en contacto permanente a través del móvil con sus semejantes. Lo que sea, menos ordenar su habitación. Mis bípedos adultos tampoco paran quietos. Violeta va a trabajar, y cuando vuelve, limpia, encera, hace el baño, friega los cacharros y, si le queda un minuto libre, se pone a pintar el techo de la cocina. Rafael madruga y, después de leer

y jugar al ajedrez por internet durante tres horas en pijama, se acuerda de algo urgente y se va a la librería, justo a tiempo para no fregar los platos. Ni su taza de café siquiera. Todas sus emergencias coinciden con tareas domésticas.

A pesar de mi buen ejemplo —aquí estoy, tan tranquilo durante horas sin cambiar de postura—, ellos no tienen remedio, les asusta estar a solas consigo mismos. Y no dudo que tengan sus razones para evitar conocerse. En cuanto pasan diez minutos sentados, alguno de mis tres bípedos se levanta y dice: Voy a pasear a Berganza un rato, que necesita que le dé el aire.

Y recorro las calles vacías de Cercedilla, donde solo circulamos nosotros, cada uno paseando con estoicismo a su impaciente bípedo al otro extremo de la correa.

—Acaso soy yo el que necesita salir? A mí al nacer ya me pusieron el collar al cuello, pero me siento más libre



que estos tres desamparados que me llevan atado por turnos. Sin embargo, no se puede evitar: al final acabas cogiéndole cariño a quien se considera tu amo.

Hoy, otra vez en sábado, se han sometido a la retórica presidencial, pero algo ha cambiado: ahora mis bípedos están asustados de verdad. Yo también, pero no temo a mi miedo; me tumbo en el almohadón, a los pies del sofá, para conocer mi miedo, para que me cuente lo que no sé de mí. ¿Qué sabrán del miedo los que no llevan ni collar ni correa? Mis bípedos se ponen en movimiento, en cualquier dirección, da lo mismo, la que sea, para intentar lo que no se puede: alejarse de lo que está en tu interior.

—Me llevo a Berganza, que necesita un paseo —dice el bípedo adolescente, Cristina, y salimos, ¡otra vez!

Ya no queda nieve de la semana pasada, ahora la lluvia hace daño en el hocico como agujas y el cielo está cubierto de nubes temblorosas.

POESÍA

CON Z DE CERCEDILLA (POEMAS INÉDITOS)

Jorge Riechmann

El arte
—decía André Malraux—: lo único
que resiste a la muerte

Coraje para la verdad:

si lo tuviésemos
el ser humano podría
quizá incluso salvarse

Pretérito
pluscuamperfecto de subjuntivo:
nuestro tiempo en este tiempo
dulce y deshilachado y tan aciago
(si contenemos el deseo de mentirnos):

debería haber sido
deberíamos haber hecho
deberíais haber evitado...

Podríamos ser
chimpancés morales
pero en vez de eso:
perritos de Pavlov
entrampados en pegajosas ciberredes

En esa furgoneta
aparcada en la plaza de Cercedilla
el logotipo
de la empresa de jardinería
¿de verdad puede ser un operario
con mochila sopladora de hojas?

Silueta azul sobre fondo blanco



Me acuerdo de cómo barría con escoba de hojas de palmera
aquej esmerado empleado municipal
en San Cristóbal de la Laguna

Estamos perdidos

El permafrost se derrite
en torno al Ártico. Pero
permafrost significa: siempre congelado.
Las palabras pierden su sentido
—observa James Bridle— y con ellas
desaparecen las formas que tenemos
para pensar el mundo

Borrarse
para dejar hablar al lenguaje
—proponía el hermano Mallarmé

Ah, borrarse
para dejar hablar al silencio
de los árboles

Queridas diatomeas
queridos okapis
queridas aguillillas calzadas

perdón
perdón
perdón

Vosotras hicisteis vuestra parte
nosotros no

No estuvimos a la altura

Todas las advertencias ya se hicieron
y no queda profeta sin esguince

A Casandra la tuerce la migraña

Lo que resta es subir a la montaña

DE LA PESTE NEGRA AL HOSPITAL DE LA FUENFRÍA: BREVE HISTORIA MÉDICA DE CERCEDILLA

Iñaki López Martín

A mediados del siglo XIV la llamada peste negra o peste bubónica, causada por la bacteria *Yersinia pestis*, que transmitían las pulgas, asoló Europa.

Se calcula que como consecuencia de esta pandemia pudo fallecer en un breve lapso de tiempo entre un treinta y un sesenta por ciento de la población europea.

Existen indicios que permiten especular con la posibilidad de que el asentamiento del núcleo urbano original del pueblo de Cercedilla, en la parte más elevada del cerro que domina las tres gargantas principales por las que discurren los arroyos de Navaenmedio (Navalmedio), la Gargantilla (la Teja) y Gobienzo (la Venta), guarda relación con los estragos de la *Yersinia pestis*. Los fundadores de nuestro pueblo habrían llegado en busca de un nuevo emplazamiento a raíz de un episodio de mortalidad extraordinaria que asoló las pequeñas pueblas segovianas ya existentes desde finales del siglo XIII en Navacerrada y las herrerías de don Gutierre (Santa María) y Gobienzo (Santa Catalina)"

Para sostener esta hipótesis me baso en dos argumentos que, aunque no son irrefutables, en mi opinión resultan reveladores. El primero es la cronología de la iglesia de San Sebastián, cuyos elementos arquitectónicos más antiguos, según consta en la ficha técnica elaborada por la Dirección General de Arquitectura y Vivienda de la Comunidad de Madrid en 1999, datan del siglo XIV —así, la base de la torre y la capilla bautismal; el resto del campanario y la nave principal se levantaron a lo largo del siglo XV—. El segundo argumento, nada despreciable, es la advocación del templo, porque san Sebastián es protector contra la pestilencia. Y la iglesia de Cercedilla no es un ejemplo aislado, pues son varias las dedicadas a este santo en localidades de nuestro entorno, construidas todas ellas durante un marco temporal muy concreto. Entonces, ¿la terrible epidemia de peste que

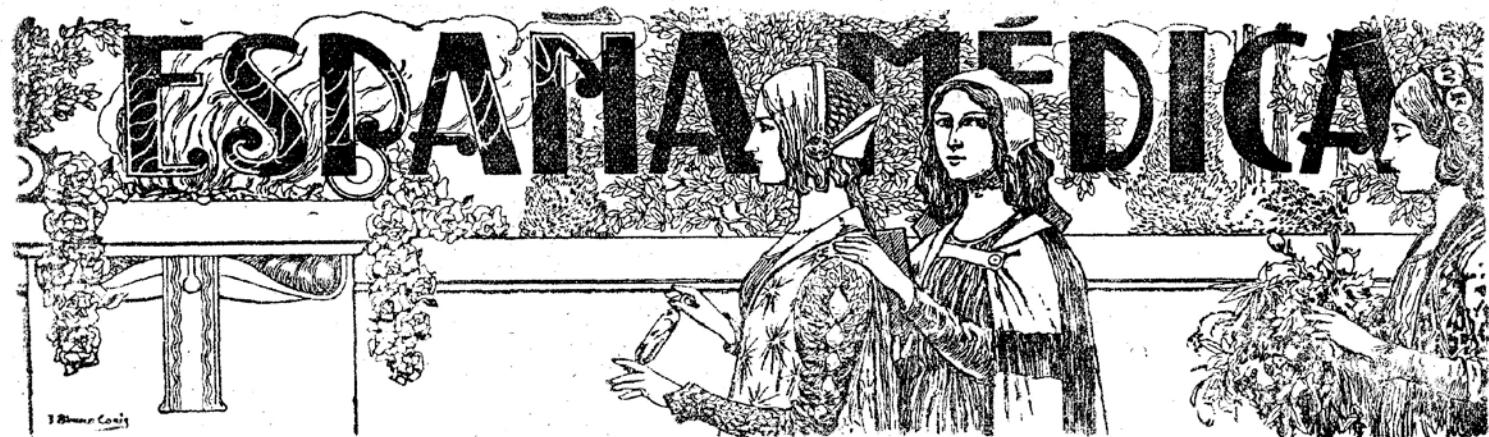
azotó Castilla en la segunda mitad del siglo XIV se encuentra en el origen de nuestro pueblo? Es muy posible, sí.

Pero lo que resulta indudable es que nuestra localidad ha sufrido como la que más los embates de enfermedades infecciosas, epidemias y pandemias, y ello desde sus orígenes hasta nuestros días. En esta entrega especial de CERCEDILLA INÉDITA voy a relatar con los datos en la mano algunos de estos episodios. Pero no será solo un recorrido trágico, ya que hablaré también de la capacidad demostrada por las gentes de Cercedilla para organizarse y hacer frente a estas adversidades. En ocasiones, como veremos, llegando a obtener resultados sorprendentes en el campo de la prevención y el tratamiento de determinadas enfermedades, que trascendieron los límites de nuestro pequeño pueblo.

AÑO VIII.

MADRID 1.^o DE AGOSTO DE 1918

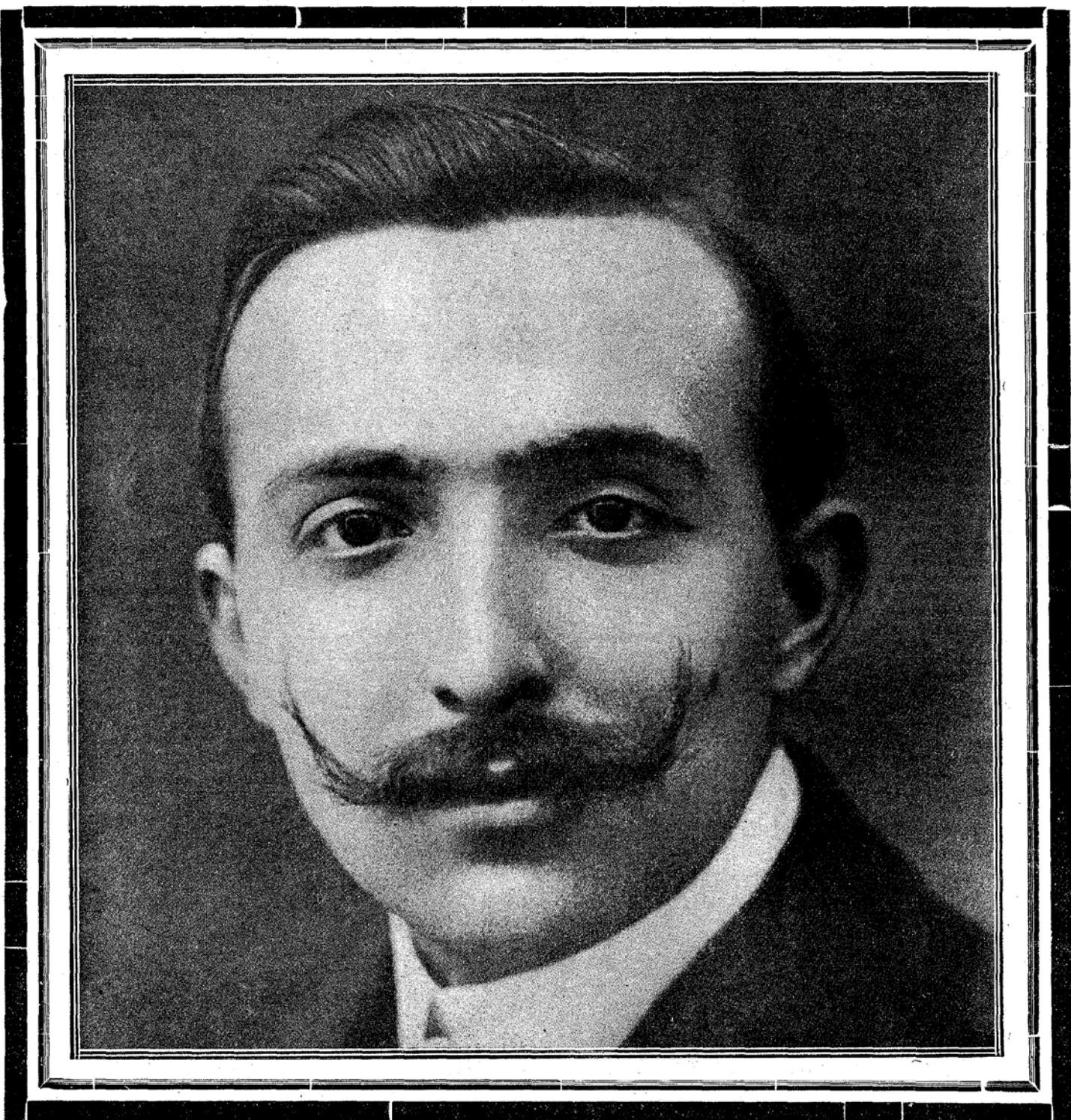
NÚMERO 271



DIRECTOR
JOSÉ de ELHIZEGUI

Se publica el 1, 10 y 20 de cada mes.

GERENTE
CARLOS CARAZO



Dr. Eduardo G. Gereda, fundador y director del Real Sanatorio del Guadarrama, propuesto para la Gran Cruz de Beneficencia

Portada del número monográfico de la revista *España Médica*, dedicada íntegramente al doctor Eduardo Gómez Gereda, con motivo de su fallecimiento en 1918 en un trágico accidente de sidecar en la Sierra de Guadarrama
Fuente: Biblioteca Nacional de España, Madrid

CERCEDILLA INÉDITA

Los episodios de alta mortalidad debidos a enfermedades infecciosas y epidemias de origen bacteriano o vírico fueron una constante en la historia de la humanidad hasta bien entrado el siglo xx. Habrá que esperar nada menos que al descubrimiento y generalización del uso de los antibióticos (1928) y a las campañas de vacunación masivas para que la incidencia de enfermedades como el tifus, la viruela, el sarampión, la varicela, la escarlatina, la tosferina, la difteria, el cólera, la tuberculosis, la meningitis o la gripe se redujeran de manera sustancial. Cercedilla no fue una excepción, nuestros antepasados tuvieron que convivir durante siglos y hasta prácticamente antes de ayer con esas enfermedades. Y cuando digo antes de ayer sé de lo que hablo: algunos de nuestros vecinos más ancianos padecieron en primera persona las consecuencias de la

gravísima gastroenteritis que acabó con buena parte de los niños y niñas de la quinta de 1930.

Gracias al análisis de los registros de bautizos, defunciones y matrimonios conservados en el archivo parroquial, y que en su día amablemente me permitió consultar don Pedro Martínez Cid, he podido identificar varias claves en la evolución demográfica de Cercedilla desde mediados del siglo xvi.

A partir del Concilio de Trento (1545-1563), la Iglesia católica exigió a todos sus párrocos que mantuvieran un registro lo más completo posible de los sacramentos que se administraran en sus parroquias. Estos libros constituyen, hasta la aparición de los registros civiles bien entrado el siglo xix, la mejor fuente de información para el estudio demográfico. En Cercedilla tenemos la suerte de

contar con una serie registrada de bautizos, defunciones y matrimonios bastante completa, salvo pequeñas lagunas, desde aproximadamente 1560.

El estudio de estos registros no es una tarea sencilla. Se requiere una gran dedicación para ir extrayendo uno a uno los datos que permitan elaborar series estadísticas fiables. Además, surgen problemas de carácter metodológico, como por ejemplo los generados por el hecho de que hasta mediados del siglo xvii los libros de difuntos solo incluían a las personas que habían dejado disposiciones testamentarias o que tenían más de doce o catorce años. De ahí la ausencia prácticamente total de niños en las series de defunciones hasta la segunda mitad del siglo xvii, a pesar de que constituyan uno de los grupos más vulnerables frente a enfermedades infectocontagiosas como el sarampión, la varicela o la tosferina.

Cercedilla, nacimientos y defunciones anuales • 1563-1725

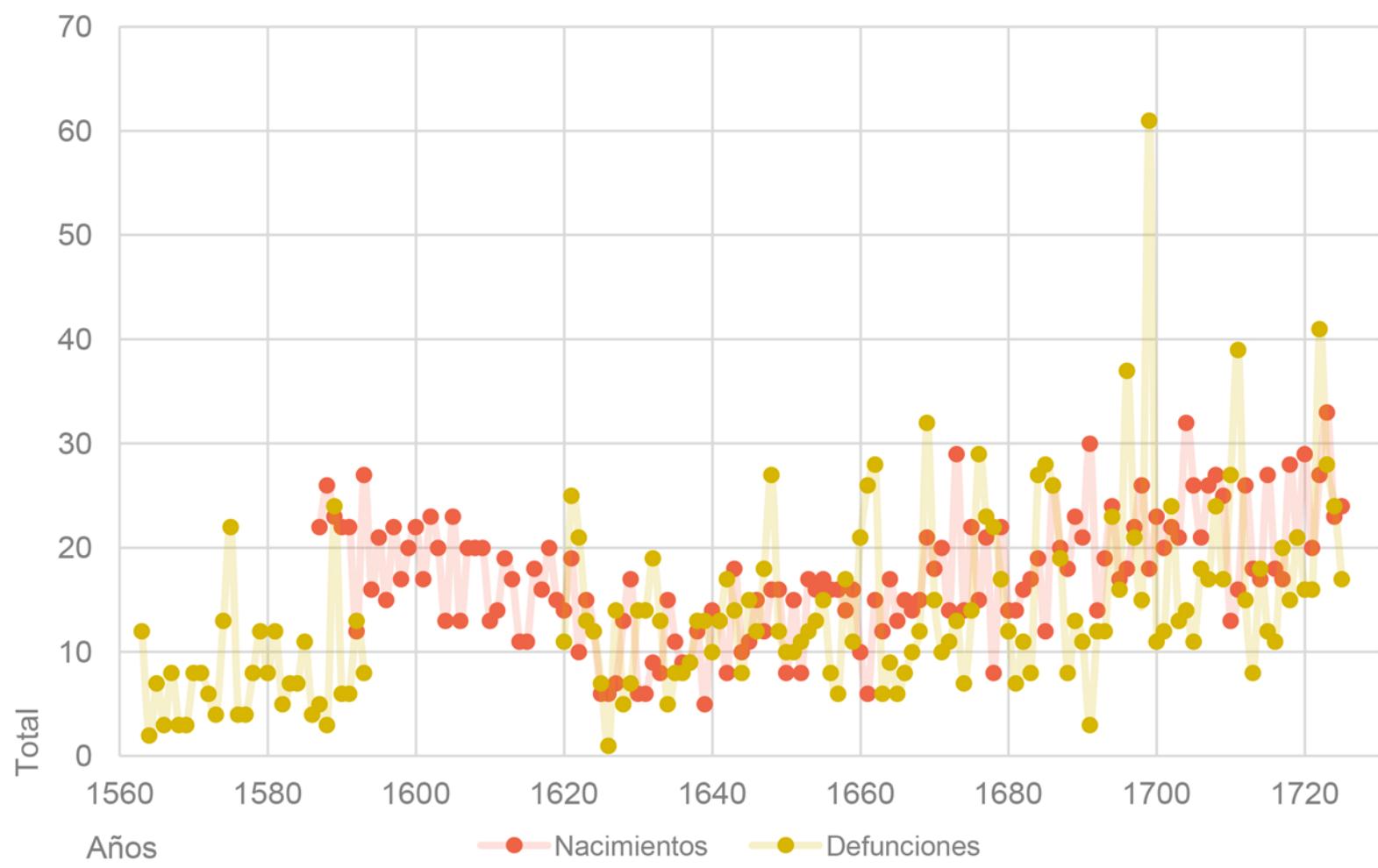


GRÁFICO 1 • Fuente: Archivo Parroquial de Cercedilla (elaboración de Iñaki López Martín)

BREVE HISTORIA MÉDICA DE CERCEDILLA

En los libros de registro parroquiales se incluía por regla general el nombre y apellido de la persona, su fecha de nacimiento o edad, estado civil, vecindad, profesión, los nombres de parientes cercanos o testigos, y en ocasiones, aunque no era lo habitual, la causa de la muerte. No se trataba sin embargo de un informe médico, y los párracos se limitaban a una breve anotación: «le dio un sueño del que no se despertó», «le llegó un frenesí y murió como de repente», «de una calentura», «de muerte acelerada», «de parto», «en el hospital», «repentinamente» o «súbitamente» son algunas de las fórmulas repetidas en las actas de defunción más antiguas.

Los datos de los archivos parroquiales pueden complementarse con los censos que realizaba la administración del Estado, por lo general para recaudar impuestos, aunque estos solo se generalizan a partir del siglo XIX.

Estas dos fuentes de información me han permitido descubrir algunas de las claves demográficas de Cercedilla, y constatar la existencia de fases de pérdida neta de población junto a otras de aumento lento pero progresivo, además de verificar la explosión demográfica que tuvo lugar a partir de finales del siglo XIX. Pero también se adivinan otros aspectos, quizás menos evidentes, como una marcada pérdida de población durante el siglo XVII, seguida de un aumento progresivo y constante durante todo el siglo XVIII, que curiosamente se ralentiza cuando el paso de la Fuenfría cae en desgracia en favor de los puertos del Alto del León y de Navacerrada. También se intuyen las nefastas consecuencias de la Guerra de la Independencia en el primer cuarto del siglo XIX, y la existencia de algún episodio concreto de pandemia que diezmó a la población a finales del XVII.

Del vaciado completo de los libros parroquiales de Cercedilla para el periodo que va entre 1563 y 1715 se obtiene un interesante gráfico del número de nacimientos y defunciones anuales, donde a los episodios de alta natalidad suceden otros de elevada mortalidad, con la típica estructura de dientes de sierra (**GRÁFICO 1**).

Es lo que se conoce como el ciclo demográfico del Antiguo Régimen, característico de las sociedades preindustriales, con tasas de natalidad y de mortalidad muy elevadas, una circunstancia que se traduce en la lentitud del crecimiento vegetativo de la población (de la diferencia entre nacimientos y defunciones). Una constante en la historia de la humanidad hasta finales del siglo XVIII, incluso hasta finales del XIX en localidades rurales como la nuestra. La tasa de mortalidad era muy elevada,

Cercedilla, nacimientos y defunciones 1563-1725 • medias móviles

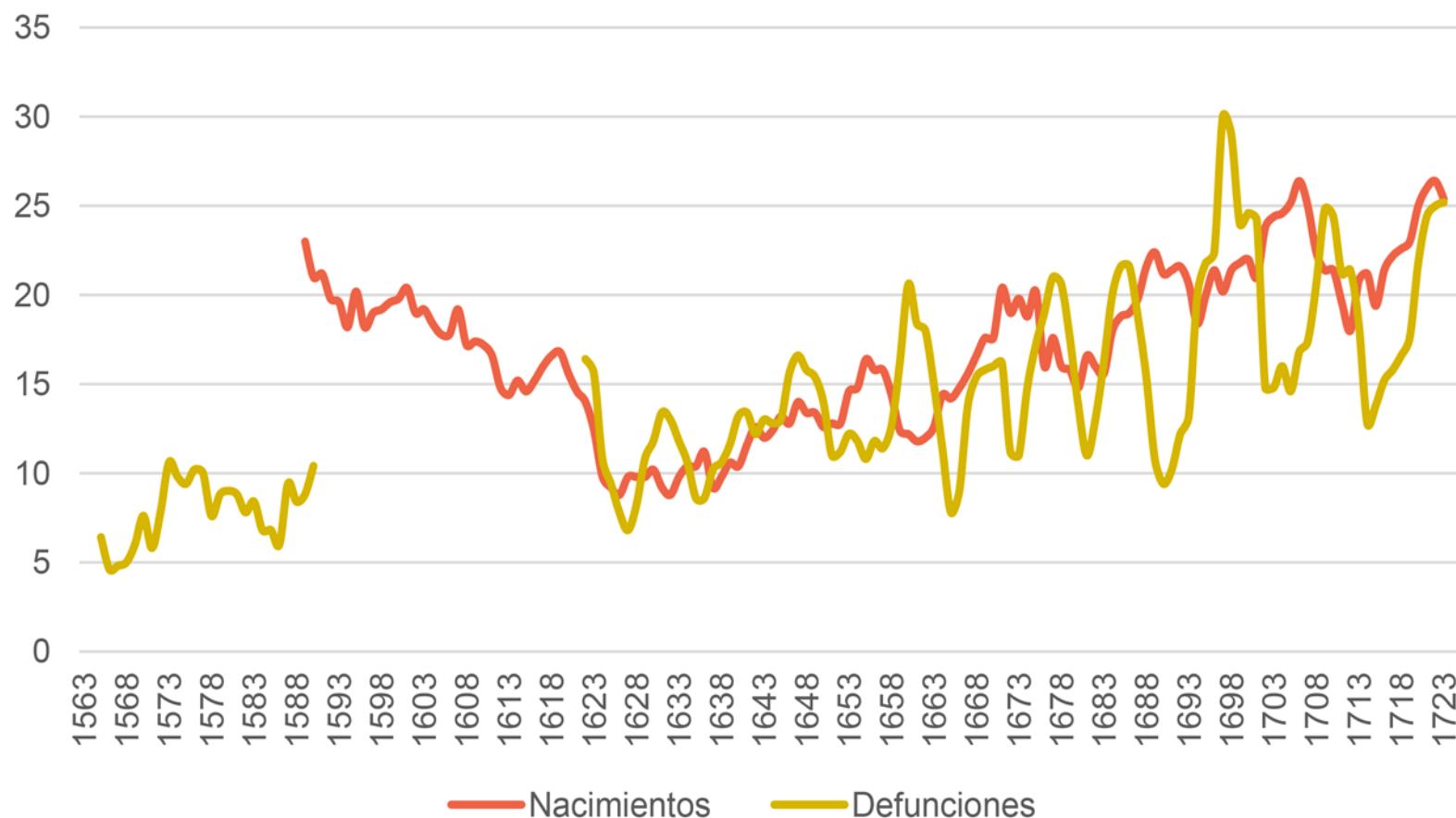


GRÁFICO 2 • Fuente: Archivo Parroquial de Cercedilla (elaboración de Iñaki López Martín)

CERCEDILLA INÉDITA

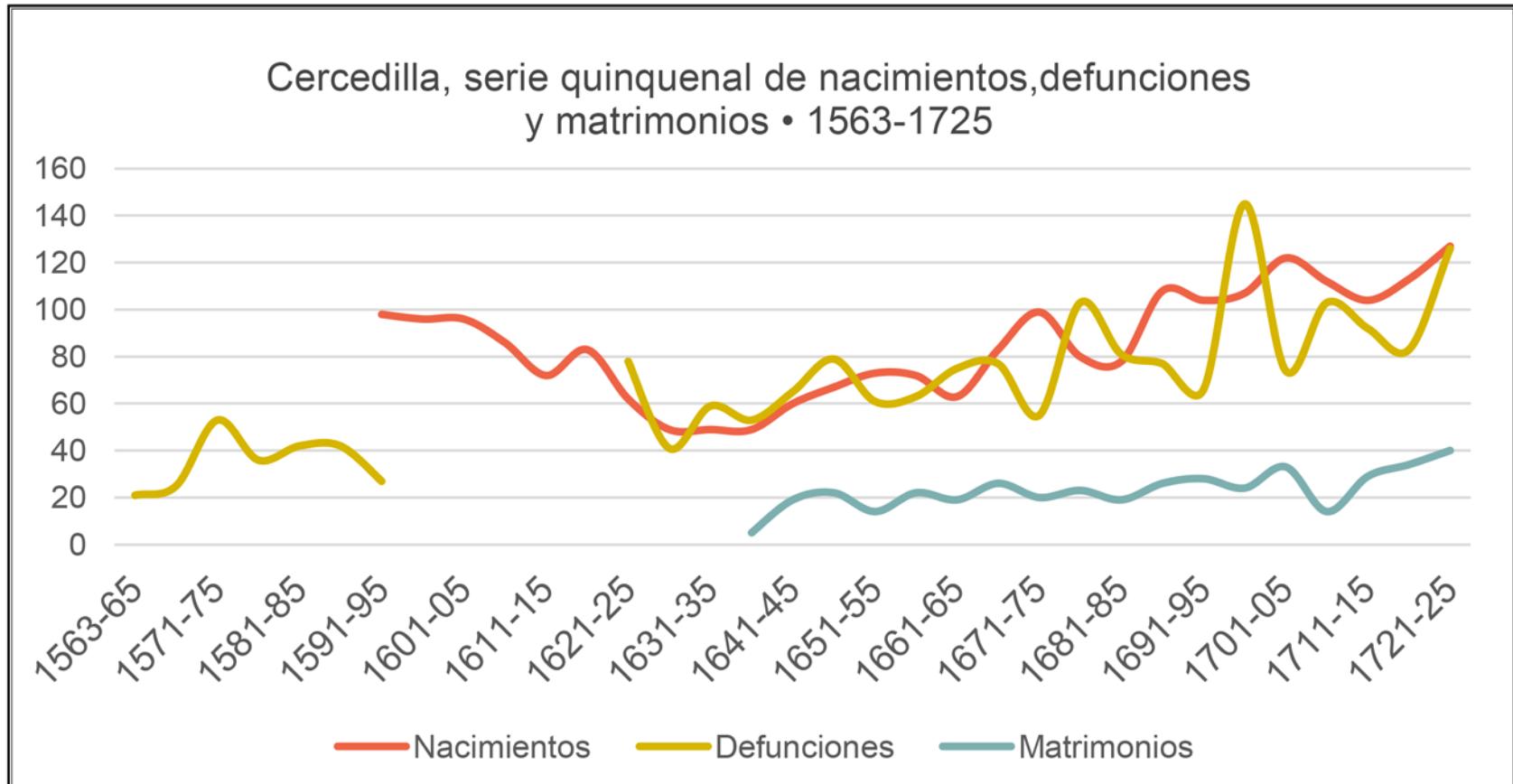


GRÁFICO 3 • Fuente: Archivo Parroquial de Cercedilla (elaboración de Iñaki López Martín)

entre otros motivos, por la deficiente alimentación, la ausencia de medidas higiénicas o la falta de acceso generalizado a los tratamientos médicos. Y sobre esto, en ocasiones se producían lo que se conocen como episodios de mortalidad catastrófica, provocados fundamentalmente por guerras, hambrunas y epidemias. Cuando los episodios de mortalidad catastrófica eran recurrentes o muy duraderos, las localidades afectadas sufrían una dramática disminución del número de habitantes. Eso fue lo que ocurrió en Castilla entre finales del siglo XVI y buena parte del siglo XVII, cuando la población de toda la región, incluida la de nuestro pueblo, cayó drásticamente, en lo que se conoce como la gran crisis demográfica del siglo XVII, consecuencia de varias oleadas de peste que coincidieron en el tiempo con años de malas cosechas y escasez alimentaria.

Por lo que hace a Cercedilla, al agrupar los datos de los nacimientos y defunciones en un gráfico de medias móviles (**GRÁFICO 2**) o en series quinquenales (**GRÁFICO 3**), se observa una caída

extraordinaria de la natalidad durante las primeras décadas del siglo XVII. De hecho, nuestro pueblo no volvería a recuperar la media de nacimientos anuales que tenía a finales del siglo XVI hasta prácticamente un siglo después.

Los datos de los archivos parroquiales coinciden con los de los censos de población existentes para ese periodo. Así, por ejemplo, sabemos que durante el siglo XVI Cercedilla tenía una población que rondaba o incluso superaba con creces los quinientos habitantes, alcanzando un máximo de alrededor de setecientos a finales de ese siglo. Sin embargo, entre finales del siglo XVI y mediados del XVII nuestra localidad pasó de tener 652 habitantes en 1591 a tan

solo 408 en el año 1621. Una pérdida neta de población en un contexto de marcado crecimiento negativo que duró varias décadas y que afectó igualmente e incluso más a otras localidades próximas como Guadarrama (**GRÁFICO 4**).

Uno de los datos más dramáticos de la serie analizada es el pico de mortalidad que se adivina en los últimos años del siglo XVII

es imposible saber el agente patógeno que lo provocó. El pico de la epidemia tuvo lugar en la primavera de 1699,

BREVE HISTORIA MÉDICA DE CERCEDILLA

con un repunte a finales de verano. Del análisis detallado de los datos se deduce que el setenta por ciento de los afectados fueron niños y adolescentes menores de veinte años.

La mortalidad infantil en Cercedilla entre la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII alcanzaba cifras escalofriantes. Entre un tercio y casi la mitad de los niños nacidos en Cercedilla

entre 1680 y 1710 nunca alcanzó el año de edad.

La cifra entre paréntesis corresponde al dato de menores fallecidos en Cercedilla durante esos períodos concretos (**TABLA 1**).

Cuando en los libros de defunciones aparecen las anotaciones «un niño» o «una niña» entendemos que se trata de

menores de un año, pues si eran mayores los párrocos indicaban la edad concreta.

Analizando la serie histórica de fallecimientos que recoge el archivo parroquial se observa una cierta estacionalidad. Las defunciones parecen concentrarse en torno a dos máximos anuales: el primero coincide con el final del verano y principios del otoño,

Tasa de mortalidad infantil en Cercedilla durante el periodo 1680-1710

Periodo	1681-85	1686-90	1691-95	1696-00	1701-05	1706-10
Nacimientos/(defunciones)	78/(28)	108/(34)	104/(12)	107/(33)	121/(38)	112/(51)
Mortalidad infantil %	35.8	31.4	11.5	30.8	31.4	45.5

TABLA 1 • Fuente: Archivo parroquial de Cercedilla (elaboración de Iñaki López Martín)

Evolución de la población de Cercedilla y Guadarrama entre 1528 y 1961

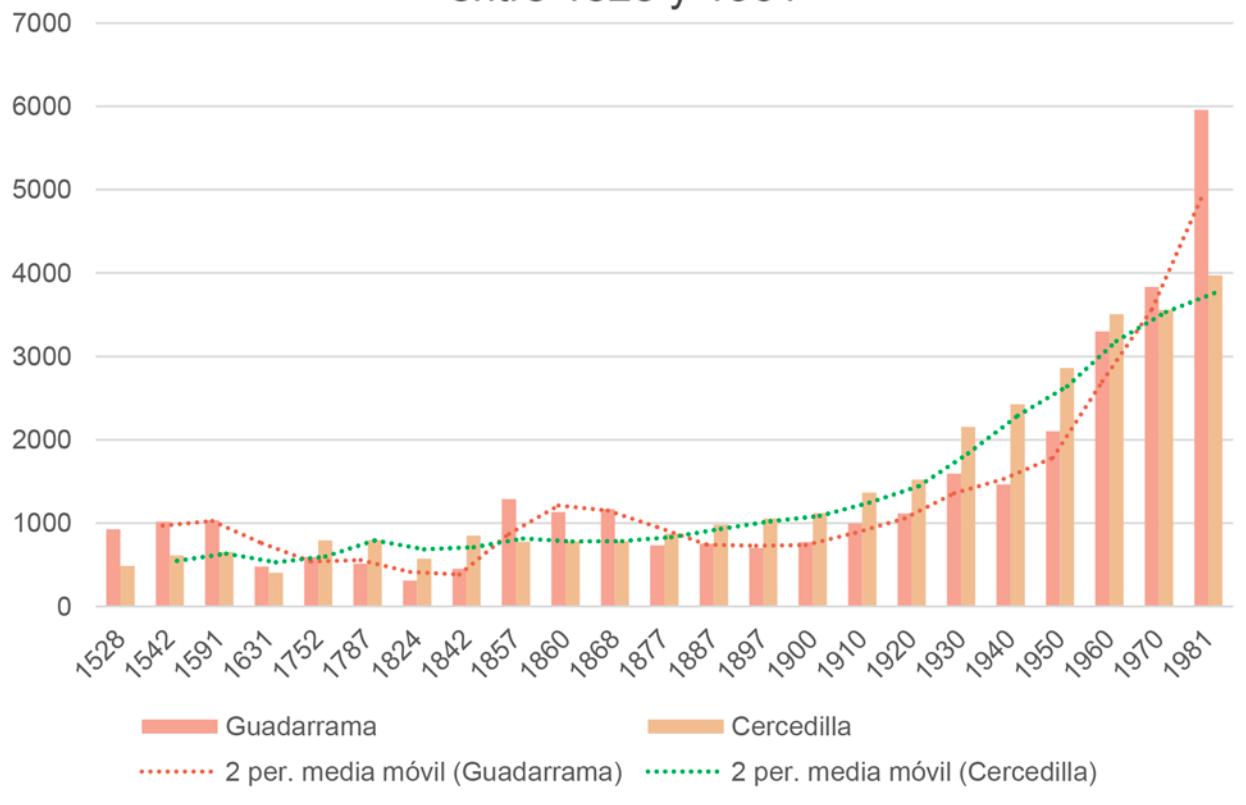
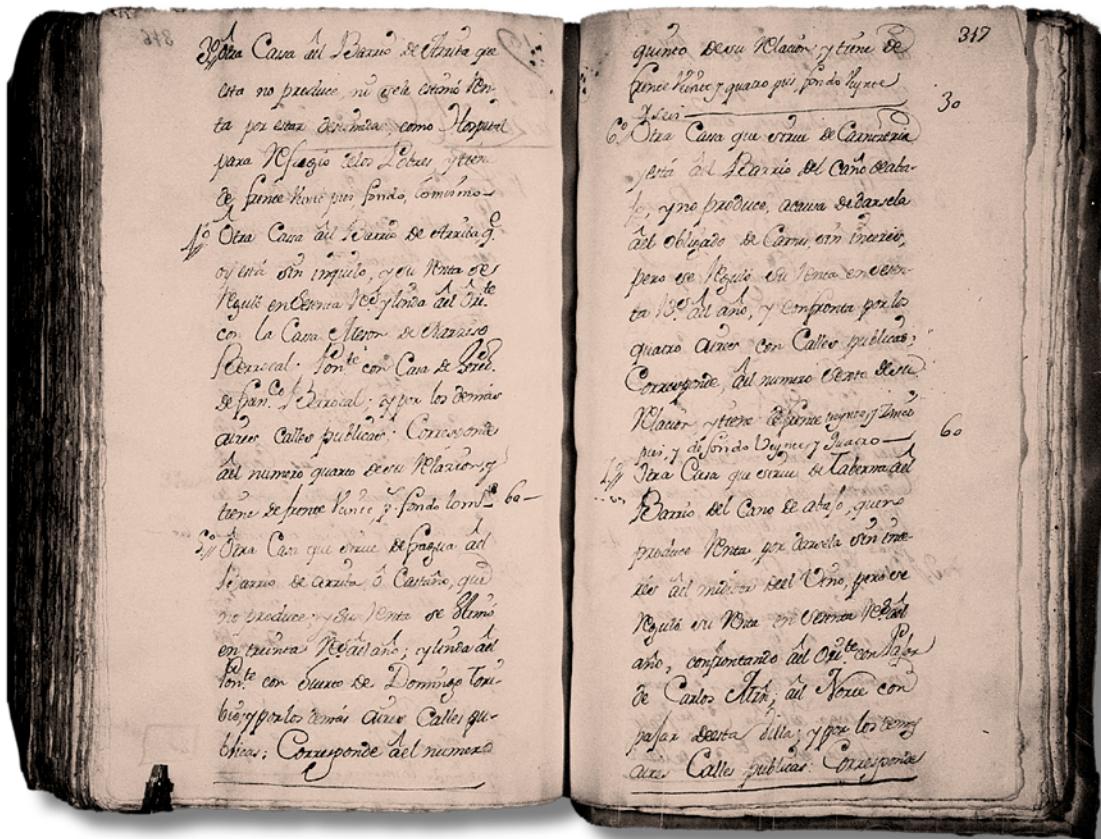


GRÁFICO 4 • Fuentes: Instituto de Estadística de la Comunidad de Madrid e Instituto Nacional de Estadística (elaboración de Iñaki López Martín)

CERCEDILLA INÉDITA



momento de mayor virulencia de la peste e incidencia también mayor de enfermedades del aparato digestivo, principalmente en niños; el segundo, con el final del invierno y principios de la primavera, que los especialistas relacionan con enfermedades respiratorias y broncopulmonares, más frecuentes en adultos. Se comprueba además durante toda la serie que el menor número de muertes tenía lugar durante los meses más calurosos del verano (**GRÁFICO 5**).

Catastro del Marqués de Ensenada, 1752; relación de los bienes del ayuntamiento, incluyendo la «casa del barrio de arriba... destinada como hospital».

Estacionalidad de los fallecimientos en Cercedilla • 1680-1710

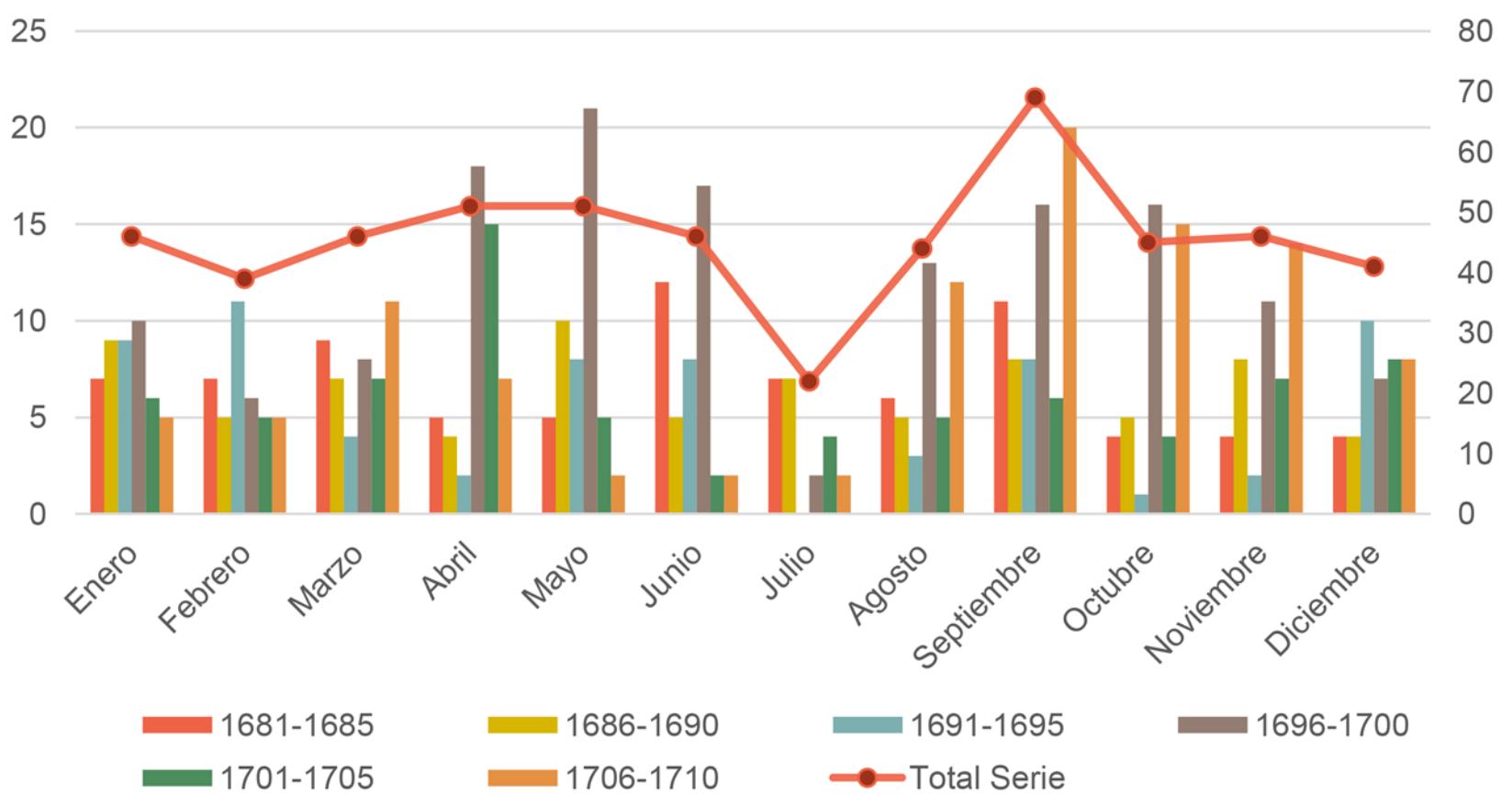


GRÁFICO 5 • Fuente: Archivo parroquial de Cercedilla (elaboración de Iñaki López Martín)

BREVE HISTORIA MÉDICA DE CERCEDILLA

Dentro de la precariedad de las condiciones sanitarias durante la Edad Moderna, las autoridades municipales de Cercedilla trataron de garantizar un mínimo de atención médica a vecinos y viajeros enfermos. Los médicos y cirujanos estaban solo en las grandes ciudades o núcleos más poblados, y hasta el siglo XVIII Cercedilla no contó con médico ni con cirujano permanentes. En los siglos XVI y XVII la atención primaria y las pequeñas operaciones y sangrados eran responsabilidad de los barberos. Hacia el año 1600 Cercedilla contaba con dos barberos a sueldo del ayuntamiento. Hasta nosotros han llegado sus nombres, Miguel Hernández y Jorge Gómez, y sabemos también que cobraban diez ducados anuales por ejercer su oficio.

Médicos y cirujanos eran profesionales relativamente costosos y sus servicios estaban solo al alcance de las poblaciones de mayor tamaño o municipios con arcas saneadas y sólidos bienes de propios. A mediados del siglo XVIII, el ayuntamiento de Cercedilla, gracias a los ingresos regulares derivados de la explotación de sus dehesas y la madera de sus pinares, tenía en nómina un médico, un cirujano y un boticario. Su salario corría a cargo del ayuntamiento y era abonado trimestralmente. El consistorio también era responsable de la gestión y mantenimiento de un pequeño hospital, que servía como refugio para vecinos y viajeros pobres y que llevaba funcionando desde principios del siglo XVII. Era un pequeño edificio con una superficie de unos treinta metros cuadrados, situado al norte de la actual calle Capón. Es probable que pudiera tratarse del mismo local donde funcionó hasta mediados del siglo XX la antigua casa de socorro municipal, en el solar convertido hoy en un pequeño parque ajardinado entre las calles Carrera del Señor, Pontezuela y Pozuelo. El llamado «Pocillo», que nuestros abuelos conocieron y que se encontraba en las inmediaciones de esa zona, fue construido precisamente en 1615 para abastecer de agua al hospital, según consta en una de las partidas de gasto municipal que he consultado.

El alojamiento, la ropa de cama y la alimentación de los pobres y enfermos que ingresaban en el hospital corría a cargo del presupuesto municipal. Existen además numerosos ejemplos y partidas de gasto que demuestran cómo desde el ayuntamiento se ayudaba económicamente a las personas más desprotegidas y frágiles de salud, ofreciéndoles limosna, bizcochos y pasas para reponer fuerzas.



Interior de uno de los laboratorios del hospital de la Fuenfría en 1956; dos monjas enfermeras trabajan: una analiza muestras en un microscopio y la otra realiza anotaciones en un cuaderno
(foto de Juan Miguel Pando Barrero, 1915-1992)

Fuente: Fototeca del Patrimonio Histórico, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Los médicos rurales se contaban entre los vecinos mejor considerados en sus comunidades, y gozaban de un estatus socioeconómico muy por encima de la media. El salario del médico en Cercedilla se cubría con una partida anual del presupuesto municipal y durante el siglo XVIII ascendía a cuatrocientos ducados. En 1751 el médico de la villa era un tal Juan José Prieto, un joven de veintiséis años casado con María José Gómez. Sabemos que vivían con su hijo y dos criadas en una casa de dos pisos situada en la misma Plaza Mayor, justo al oeste del edificio del ayuntamiento, por la que pagaba la nada desdenable cifra de ciento diez reales (el triple del alquiler medio de la época).

De ese año conocemos también el nombre del cirujano, Sebastián Morales, que vivía igualmente en el pueblo con su mujer, Andrea Nieto Montero, su nuera y un aprendiz natural de Astorga. Su sueldo era considerablemente inferior (doscientos ducados) y corría también a cargo del presupuesto municipal.

Entre los siglos XVI y XVIII la medicina ejercida por estos médicos y cirujanos

convivía con prácticas y remedios tradicionales muy enraizados en el mundo rural. Buena parte de las prácticas de esas otras formas de medicina se basaba en conocimientos ancestrales sobre las propiedades medicinales de algunas plantas. Pero también había un gran espacio para la superstición, como en el caso de los llamados «saludadores», cuyos conocimientos eran fruto de un supuesto don que se transmitía de padres a hijos. A esta especie de curandero se le atribuían dotes de adivinación y la capacidad de sanar mediante el empleo de fórmulas y deprecaciones, usando su propia saliva, o con su aliento. Se creía además que eran capaces de descubrir y ahuyentar a las brujas. En ellos se aunaba lo cristiano y lo pagano; de hecho, contaban con bula eclesiástica para ejercer su oficio y, sorprendentemente, sus prácticas estaban admitidas por la Santa Inquisición. Las comunidades rurales recurrián a sus servicios constantemente, y cuando ocurría alguna calamidad se los invitaba a participar en las llamadas «misa de salud». No obstante, su encargo más frecuente era sanar al ganado y a las personas de la rabia y, con el paso de los años, su oficio

CERCEDILLA INÉDITA

acabó confluendo con el de los albéitares (los precursores de los veterinarios modernos). En el presupuesto municipal del ayuntamiento de Cercedilla a principios del siglo XVII existen varias partidas de gasto destinadas a hacerse con los servicios de estos profesionales para que vinieran a «saludar al ganado» de la localidad y participar en ceremonias religiosas propiciatorias. Los saludadores más reputados de la comarca procedían de El Espinar, y de algunos de ellos, como del Mondragón, conocemos incluso los nombres. Las idas y venidas de estos personajes por nuestras sierras a lomos de cabalgaduras fueron constantes durante la Edad Moderna.

Pero no fue en el territorio de la magia sino en el de la ciencia donde Cercedilla brilló con fuerza allá por el último tercio del siglo XVIII. Me refiero a la campaña de inoculación del virus de la viruela que en aquel entonces llevaron a cabo el doctor Juan Vicente Saldías y el cirujano Tomás Martínez entre los vecinos de nuestro pueblo. Es muy probable que, viviendo entre ganaderos, Saldías y Martínez observaran cómo las personas que trabajaban en estrecho contacto con las vacas no desarrollaban esta enfermedad, exactamente lo mismo que observó algunos años después Edward Jenner, el padre de la vacuna de la viruela (1789-1796). En 1779 estos dos médicos decidieron inocular pequeñas muestras de pus y sangre de vacas en sus seis hijos. Fue tal el éxito del experimento que, «viendo el vecindario los buenos efectos de la operación, se apresuró todo él a porfía deseando se ejecutase lo mismo con sus respectivos hijos». Así fue como doscientos cincuenta parraos de edades comprendidas entre el mes y medio y los veintiséis años fueron inoculados con el virus de la viruela «sin que en tan crecido número haya resultado la más leve desgracia». La noticia, nunca mejor dicho, se hizo viral en la época, y acabó convirtiéndose en un referente en la historia de la medicina, ya que se trata de uno de los primeros casos de vacunación masiva en España, varias décadas anterior a la famosa campaña contra la viruela que dirigió Francisco Javier de Balmis a bordo del navío María Pita en 1803.

Ya en tiempos más recientes, con la llegada del ferrocarril y la transformación de Cercedilla en lugar de veraneo y segunda residencia, desde finales del siglo XIX fueron muchos los médicos de prestigio que se instalaron aquí. El tren trajo la modernidad y a ilustres miembros de la sociedad madrileña, pero también a reputados galenos que vieron en la sierra de Guadarrama, por sus especiales condicio-



Retrato de Ángel Cañadas López publicado en prensa acompañando la noticia del éxito del trasplante de piel que practicó en una joven paciente de Cercedilla

Fuente: *Mundo Gráfico*, 7 de julio de 1915; Biblioteca Nacional de España, Madrid

Cercedilla en el Real de Manzanares, provincia de Guadalajara, 11 de Junio.

D. Juan Vicente Saldías, Médico de esta villa, y Tomás Martínez, Cirujano de la misma, previendo á principios de Abril de este año que amenazaba una epidemia de viruelas, determinaron inocular á sus seis hijos, tres de cada uno, con el método de la pícadura, ó incision en ambos brazos, lo que habian ejecutado en el año de 1779 en igual número de hijos, con el éxito mas feliz, como tambien se ha verificado ahora; y viendo el vecindario los buenos efectos de la operacion, se apresuró todo él a porfía deseando se ejecutase lo mismo con sus respectivos hijos. En efecto en tres dias seguidos inocularon dichos facultativos á 250 de todas edades, desde la de mes y medio hasta la de 26 años, sin haber precedido preparacion alguna, y sin que en tan crecido número haya resultado la mas leve desgracia, libertándose todos a beneficio de tan saludable práctica de las funestas resultas que suele producir este cruel azote del género humano.

Recorte de la *Gaceta de Madrid*, año 1793, donde se informa sobre las inoculaciones del virus de la viruela que se habían llevado a cabo en Cercedilla desde 1779

BREVE HISTORIA MÉDICA DE CERCEDILLA

nes medioambientales, el lugar ideal para la construcción de hospitales de altura y sanatorios destinados al tratamiento de enfermedades respiratorias y broncopulmonares. Entre ellos, los padres de la lucha contra la tuberculosis en España: los doctores Eduardo Gómez Gereda, gran impulsor del desaparecido Real Sanatorio de Guadarrama (1917), y Félix Egaña, promotor por su parte del Sanatorio de La Fuenfría (1921), cuya traza es obra del famoso arquitecto Antonio Palacios. La construcción de los sanatorios supone sin duda un hito en la historia de nuestra localidad, no solo desde un punto de vista sanitario, sino porque muchos vecinos del pueblo y también familias recién llegadas desde varios puntos de España vieron en los hospitales y en todo lo que se movía alrededor de ellos (familiares, transporte, alimentación, materiales, servicios, etcétera) una ventana de oportunidades.

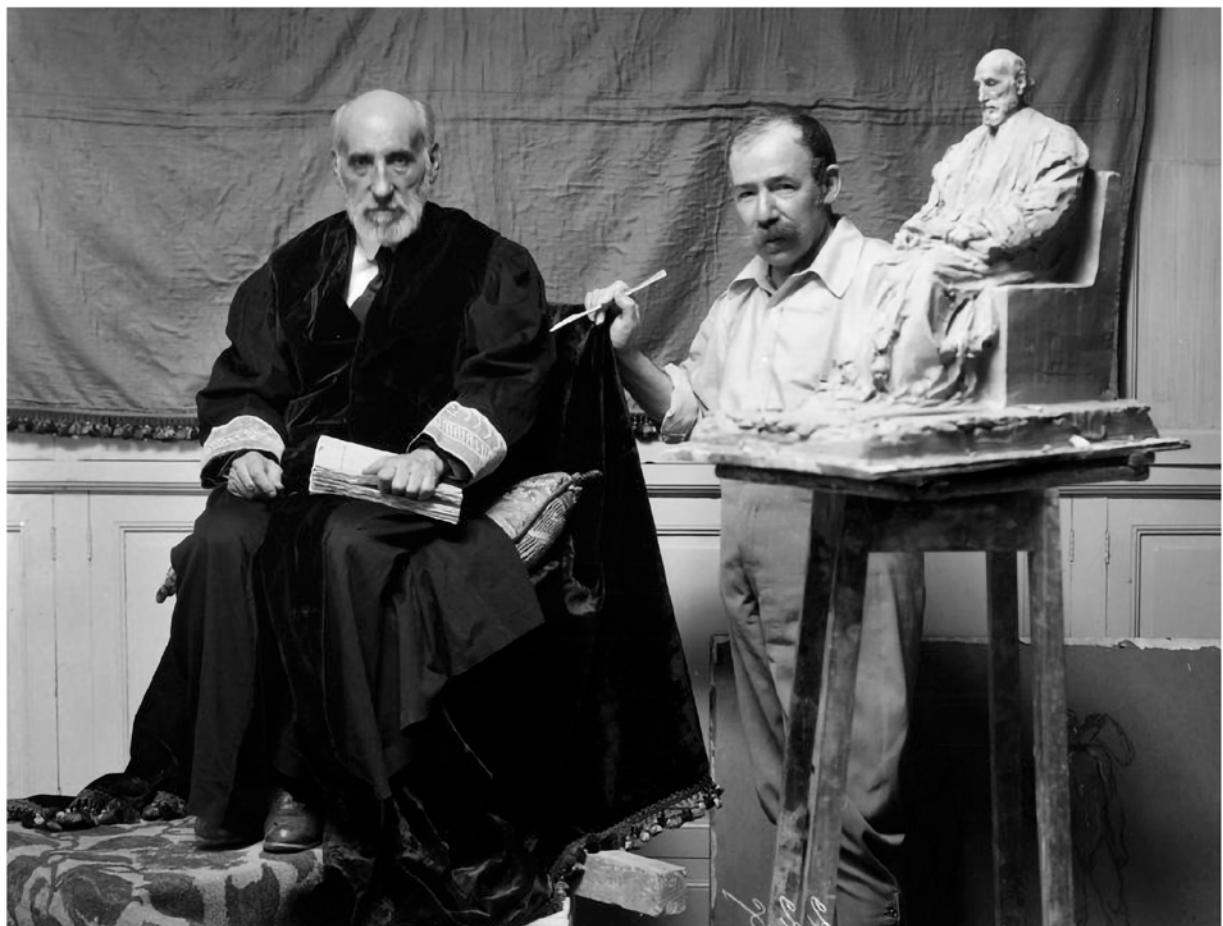
Resulta imposible hablar de médicos y Cercedilla sin mencionar al premio nobel de Fisiología y Medicina en 1906 Santiago Ramón y Cajal, que como es sabido pasaba largas temporadas en su chalé de la avenida que hoy lleva su nombre. Más allá de la relevancia del personaje, en mi

caso atesoro sobre su persona las anécdotas que escuché durante mi infancia y juventud de boca de mi abuela, vecina y compañera de juegos de sus nietas. Esos detalles sirven para dibujar un retrato íntimo del genial científico: la manera en que le servían la comida en el estudio-laboratorio de la planta baja, del que apenas salía, mediante una pequeña ranura en la puerta; lo poco que apreciaba el ruido de los cencerros de las vacas y bueyes cuando se acercaban a abrevar a la cercana fuente del Bolo; su carácter extremadamente austero, lo mismo que su vestimenta; sus idas y venidas de la estación a la casa para recoger a sus hijos cuando venían de Madrid, o el accidente de tráfico que sufrió junto a Mariano Benlliure subiendo al pueblo una tarde de verano, cuando regresaba de un posado en casa del famoso escultor en Villalba.

Otro lugar destacado entre los innumerables médicos ilustres que vivieron en Cercedilla lo ocupa el yerno de Ramón y Cajal, el doctor Ángel Cañadas López, quien siendo médico titular de la localidad practicó con éxito en 1915 una de las primeras heteroplastias (trasplante de piel) llevadas a cabo en España. La receptora del tras-

plante fue una niña de tres años que había sufrido graves quemaduras en buena parte de su cuerpo como resultado de un accidente doméstico, y el doctor empleó su propia piel para curar a la pequeña, en un hito médico y humano que saltó a los titulares de la prensa de todo el país. La niña se llamaba Carmen Prados y su familia aún reside en el pueblo.

Fue sin duda una suerte para el pueblo que tantos profesionales de la salud lo escogieran para pasar los meses de verano. Era habitual que muchos de ellos, de manera altruista, recibieran pacientes en su propia casa. Entre los más queridos por los vecinos de Cercedilla estuvieron el doctor Monereo, a la puerta de cuya casa en el paseo Muruve se formaban largas colas en los años cuarenta, y el doctor Benítez, que acabaría siendo director de la Cruz Roja en Madrid. La lista de grandes médicos vinculados a Cercedilla durante la primera mitad del siglo xx es larga: el doctor Carlos Jiménez Díaz y su esposa, doña Concepción de Rábago, don José de Palacios y Carvajal, don Fermín Tamames Ratero, el doctor Marañés, los doctores Durán... A todos ellos, a los que fueron y a los que ejercen hoy, gracias.



Cajal posa en el estudio de Benlliure durante la realización de la maqueta que serviría para la impresionante estatua sedente en mármol que recibe al visitante en la escalinata del paraninfo de la Universidad de Zaragoza
Fuente: Fototeca del Patrimonio Histórico, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte; archivo Moreno

LO QUE PINTA - COLABORACIÓN ESPECIAL

LETICIA NAVARRO

Leticia nació en Madrid hace treinta y cinco años y su relación con Cercedilla ha sido constante desde la cuna. Todo empezó en Cerro Colgado. Profesionalmente se dedica al diseño y a la formación en el ámbito de la comunicación y la creatividad. Y ya que además de dibujar se expresa como los ángeles y lo que tiene que decir está lleno de sentido, hacemos silencio para escucharla...

Desde que recuerdo, dibujo. Aunque lo aparezco por otras cosas, siempre vuelve. Cada vez me importa menos el resultado y el valor de dibujar se concentra en el tiempo que dura el acto mismo de hacerlo. Me pierdo en el papel, los colores, las formas, las líneas, la música que siempre me acompaña. Es una manera de volver a esos

lugares, de reencontrarme con esas personas y revivir momentos singulares.

Dedicar horas a dibujar Cercedilla es eso, una manera de «estar» en el pueblo y sus montañas, de «estar» con su gente desde mi estudio. Me conozco los rincones de memoria, los senderos, qué pedrusco viene tras esa curva, ahí está el árbol caído, en veinte metros llegó a la cima, Mari estará detrás de su mesa en el quiosco, habrá cola en la tienda de Félix... Y sin embargo, en cada paseo me sigue maravillando la belleza de estos bosques, el calor de los vecinos charlando en la plaza y, de vuelta, la sensación de refugio y protección que me aporta mi casa en Cercedilla. Regreso deslumbrada y al dibujarlo lo revivo y acaso puedo hacer llegar a los demás esta belleza que yo observo y siento en este pequeño rincón donde parece que

nada pasa y nada cambia. Lo que pasa es que hay que estar aquí para sentir la vida que aquí bulle.

Durante el estado de alarma —ay, el primer estado de alarma...—, dibujar a diario surgió de forma natural como una rutina, un pequeño objetivo cotidiano, un tiempo de recogimiento. Dibujar me reconfortaba. No era momento de hacer fotos, pero dibujar tenía sentido. Poco a poco se convirtió además en una manera de estar en contacto con otras personas, a quienes dibujaba y después enviaba mis dibujos. Y fue, sobre todo, un ejercicio de observación de los detalles, con detenimiento, sin prisa. Dibujar me abrió los ojos.

Mamá ha recuperado una receta de rosquillas de su tía, sin levadura.





DEJADME CORRER, DEJADME

Pedro Sáez

El 27 de marzo de 2020, nuestro colaborador Pedro Sáez, que en números anteriores de la revista nos ha hablado de montañas y montañeros, empezó a trabajar como celador en un hospital madrileño. Ese día, Pedro inauguró un diario, el Diario de un celador insomne. Esta es la primera entrada. La Vorágine publicó el diario completo en julio de 2020.

Trabajo en un hospital chejoviano. Tiene pabellones de dos pisos diseñados por un jardín con senderos que se bifurcan. Cuando llego y aparcó, nieva copiosamente. Mi imaginación calenturienta me dice que estoy en Rusia, en el siglo XIX, y que hoy visitaré el pabellón número 6, título de una obra de Chéjov sobre la locura. Chéjov, además de ser el mejor cuentista de la historia, era médico, y trabajó en lugares como este.

Pregunto por el pabellón administrativo. Tiene ventanas verdes y fábrica de ladrillo rojo. Es un edificio de más de cien años. Subo al primer piso, donde está la oficina de recursos humanos y también la dirección de celadores. Me recibe la jefa de celadores, Pepa. Me dice que no me acerque, que se tiene que poner la mascarilla. Pero me da la bienvenida al servicio. Es menuda, nerviosa y energética. Enseguida se disculpa porque dice que tienen mu-

cho lío, mucha gente nueva, y les faltan taquillas. Me dice que deje mi mochila en su oficina. Otra chica me pide que la siga. Salimos al jardín y recorremos senderos en dirección a lencería. Me van a dar un uniforme. En mi mochila yo traigo ropa, por si no hubiera en el hospital uniformes para todos. Y traigo también un cilindro de plástico con mi título de filólogo, ya que no sé dónde están mis otras acreditaciones académicas. El cilindro no cabe bien en la mochila, sobresale por arriba. En lencería otra mujer amable me echa un ojo experto y me extiende un uniforme. Me pregunta por zapatos. Le digo que he traído unos crocs. «Eso es para la playa», contesta. «Ven por aquí», dice, en un tono que no admite réplica. «¿Cuál es tu número?». Me hace mucha ilusión estrenar zapatos. Como a todo el mundo. De acuerdo, no son unas zapatillas de montaña Five Ten, pero molan: tienen el logo de la Comunidad de Madrid, suela gorda y unos agujeritos en el empeine. Son blancos. Jamás he tenido unos zapatos blancos. Solo los mafiosos italianos se ponen zapatos blancos. Y Fred Astaire. Esa idea me anima. Me cambio en un vestuario de chicos. Luego me vuelven a mandar a administración, a través del jardín y la nieve. Volviendo a Rusia, este trajín entre la nieve y los pabellones me recuerda a Iván Denísovich y su infinito día en un gulag siberiano, todo el rato de un sitio para otro.

Aparece Eva, la superjefa. Estoy con otros dos celadores novatos y nos van a dar un cursillo exprés. Lo primero que dice Eva es que trabajar en la sanidad, con pacientes, es lo mejor del mundo, aunque hemos llegado en un mal momento. No para de recibir llamadas, y se la ve agotada. Entre llamada y llamada nos explica lo de los guantes (siempre dos pares), lo de la bata (nunca toquéis la parte de fuera), lo de las gafas (nunca os las quitéis por la parte delantera), lo de la mascarilla (nunca la toquéis, salvo las gomas de las orejas). Diez minutos y ya. A currar.

Mientras Pepa mira adónde va a asignarme, voy al otro lado del pabellón a que me hagan el contrato. Voy de uniforme. Es muy liviano y tengo frío. Una chica con bastante aspecto de ser de la KGB me lleva a una sala de plenos. Me da un montón de papeles para que los firme. Pregunto que si puedo sentarme en una de esas sillas estilo Enrique VIII que presiden la sala, junto a las banderas. Me siento allí, sí, como si fuera el jefe del hospital, o el propio Enrique VIII, y me pongo a firmar. Muchas cosas no las leo porque me he dejado las gafas en la mochila. Vuelvo a por ella, al despacho de Pepa, que me considera ya uno de la familia. Hola, Pepa. Cojo esto, Pepa. Salgo, Pepa. Sí, cari. Etcétera. En el móvil está mi número de cuenta. Se lo paso a la chica del KGB



para que lo lea ella. Me grita que no me acerque. Me dan ganas de cuadrarme.

Salgo de allí y voy al despacho de Pepa. Allí ya hay otra chica que me va a llevar por fin a mi destino. Intento meter los papeles que me han dado en el cilindro. Forcejeo con él de todas las maneras posibles, pero nada. Si meto un papel, se sale otro por el otro extremo. Así estoy varios minutos. Pepa y la otra chica como que me miran raro. Vale. Lo dejo tirado en el suelo y me voy con la chica, que lleva todo el súper epi puesto. Vuelvo a cruzar los senderos de Iván Denísovich. Sigue nevando. 27 de marzo y nieva en Madrid. Hay que joderse. Mi pabellón es el de medicina interna. Me presentan a Paco, el jefe de planta. Me pongo los guantes, la mascarilla. Paco me manda al fondo norte del pasillo (toda la planta es un larguísimo pasillo con habitaciones a los lados). Es tan largo que me dan ganas de cantar el himno ruso. Allí me encuentro a mis nuevos compañeros: Juan, Jesús y Virginia. Están entrando en las habitaciones para limpiar a los pacientes, reponer toallas y demás material. Entran dos, vestidos con el súper epi (cubiertos de arriba abajo como los malos de la guerra de las galaxias). Hay todo un protocolo que se debe seguir a rajatabla. Nada de tonterías. Más bien cierta tensión. Miro lo que hacen y me lo aprendo. Nos piden cosas y se las vamos pasando sin superar el umbral de la puerta de la habitación. Casi sin que me dé cuenta, Jesús me pone una bata de epi, no de súper epi. La bata se rompe inmediatamente. Es como de papel. Tengo las muñecas descubiertas porque la bata se ha roto, entre otros sitios, ahí. Seguimos pasándoles material y recogiendo el de desecho. Unas cosas van a la bolsa roja y otros a la azul. La bolsa roja, una vez llena, hay que impregnárla con un desinfectante rosa y luego meterla en otra bolsa roja y llevarla al cuarto de residuos. Me dan una caja de plástico donde están los residuos más chungos y

me dicen que la lleve allí. A mitad de camino, Paco me para y me dice que no se lleva así, sino por el asa, y que hay que cerrarla herméticamente, y que ese trabajo es del servicio de limpieza. Le digo que las dos chicas de la limpieza están en otras cosas. Me dice que lo haga yo, pero que lo haga bien, que pregunte. Sí, sí, jefe.

Nos pasamos la mañana con esas operaciones. Hay dos chicas que no son enfermeras ni auxiliares. Yo soy el único celador en planta. Hablo con ellas porque al final hablas con todo el mundo. Aunque solo se les vean los ojos. Son fisios, pero como su sección está cerrada, vienen aquí a echar una mano.

Los médicos hacen su ronda. Pongo la oreja siempre que puedo ¿Qué se cuece aquí? Dos altas. El médico les dice a dos ancianas que si quieren ir al hospital de la Cruz Roja para seguir la recuperación allí. Les pide su opinión, como si ellas pudieran elegir. No pueden, pero el médico les hace sentir que sí. El trato a los pacientes es maravilloso. Las enfermeras entran en las habitaciones con el súper epi puesto y les dicen a las ancianas: «¿Cómo están mis señoritaas?». Les hacen reír, las miman. Hay otros pacientes que están sedados, que están mal. Aquí todos los días muere gente, me dicen las chicas. Rafael Reig decía: «No hay que vivir como si fuera el último día de tu vida, sino el último día de la vida de los demás». Sí, sí. Miro a las ancianas y me pongo triste. ¿Van a morir?

Corro por el pasillo, es tan largo, es tan adecuado para correr, que no hay manera de resistirse. Lo hago, por supuesto, cada vez que tengo que ir a por algo, a llamar a alguien o a lo que sea. En el pasillo no hay nadie más que los trabajadores, porque no hay visitas, así que está perfecto para correr. Corro porque llevo semanas sin hacerlo. Las chicas me dicen que dónde voy, que me voy a cansar, y yo les digo dejadme correr, dejadme, dejadme correr con mis zapatos de bailarín, con mis zapatos de Fred Astaire, quiero que los ancianos me vean correr, quiero que corran ellos también.

Ah, llega mi oportunidad de meterme en una habitación. Hay que llevar a un paciente a rayos. Una celadora con súper

epi me dice que me ponga un súper epi. Empiezo a hacerlo. Pero una enfermera me dice que no. Se van a poner los súper epis ellas porque llega el turno de las comidas y ya de paso ayudarán a sacar al paciente de la habitación para llevarle a la ambulancia, al pabellón de rayos. No quieren que entre en la habitación. Pero fuera también hay riesgo. Sientes que tienes al covid por todos lados. Cada vez que cojo bolsas de material contaminado me quito los guantes de arriba y limpio los de abajo. Cada cierto tiempo, me quito todos los guantes y me lavo a conciencia. Solución alcohólica, agua y jabón, nuevos guantes. Así todo el rato. Pero la sensación de que el bicho se te ha colado no desaparece. Pienso que es cuestión de tiempo. La más pequeña falta de concentración y ya está.

Volvemos a limpiar alguna habitación y Jesús hace algo mal dentro. Se pone nervioso. Tiene que ponerse mogollón de desinfectante. Antes de que salgan hay que ayudarles a quitarse las batas del súper epi, y las gafas. Me doy cuenta de que todavía no lo hago bien. Cambiarse de guantes otra vez. Limpiables las manos otra vez.

No me he traído comida. Ni bebida. Las enfermeras y enfermeros (dos de diez) sí. Yo no podría comer aquí. Me tiro las siete horas del turno sin comer ni beber. No importa, soy guía de montaña y aguento lo que sea. Creo que me cogieron por eso. En el mail que mandé a recursos humanos decía que era guía de montaña y que estaba acostumbrado a gestionar el riesgo, a llevar grupos y a cuidarlos.

Se acaba el turno. Vuelvo a cruzar el hospital chejoviano. Yo puedo volver a casa, no como Iván Denísovich. Ya no nieva. Sale el sol. Subo al despacho de Pepa, a por mi mochila. Me cambio. Me lavo. Los zapatos son para mí. Zapatos de mafioso, zapatos de bailarín. El lunes vuelvo. Las enfermeras me han dicho que muchos pacientes ya no serán los mismos. Unos habrán sido trasladados a la Cruz Roja, para seguir la recuperación con vistas a su presumible alta. Otros habrán muerto. Por eso, las chicas, cuando entran con los súper epis en las habitaciones, les dicen: «¿Cómo están mis señoritaas?».

Hospital en el que trabaja el «celador insomne»
(imagen compuesta por Daniel G. Pelillo a partir
de una fotografía de la página web
de la Comunidad de Madrid y material de Freepik)

COLABORACIÓN ESPECIAL

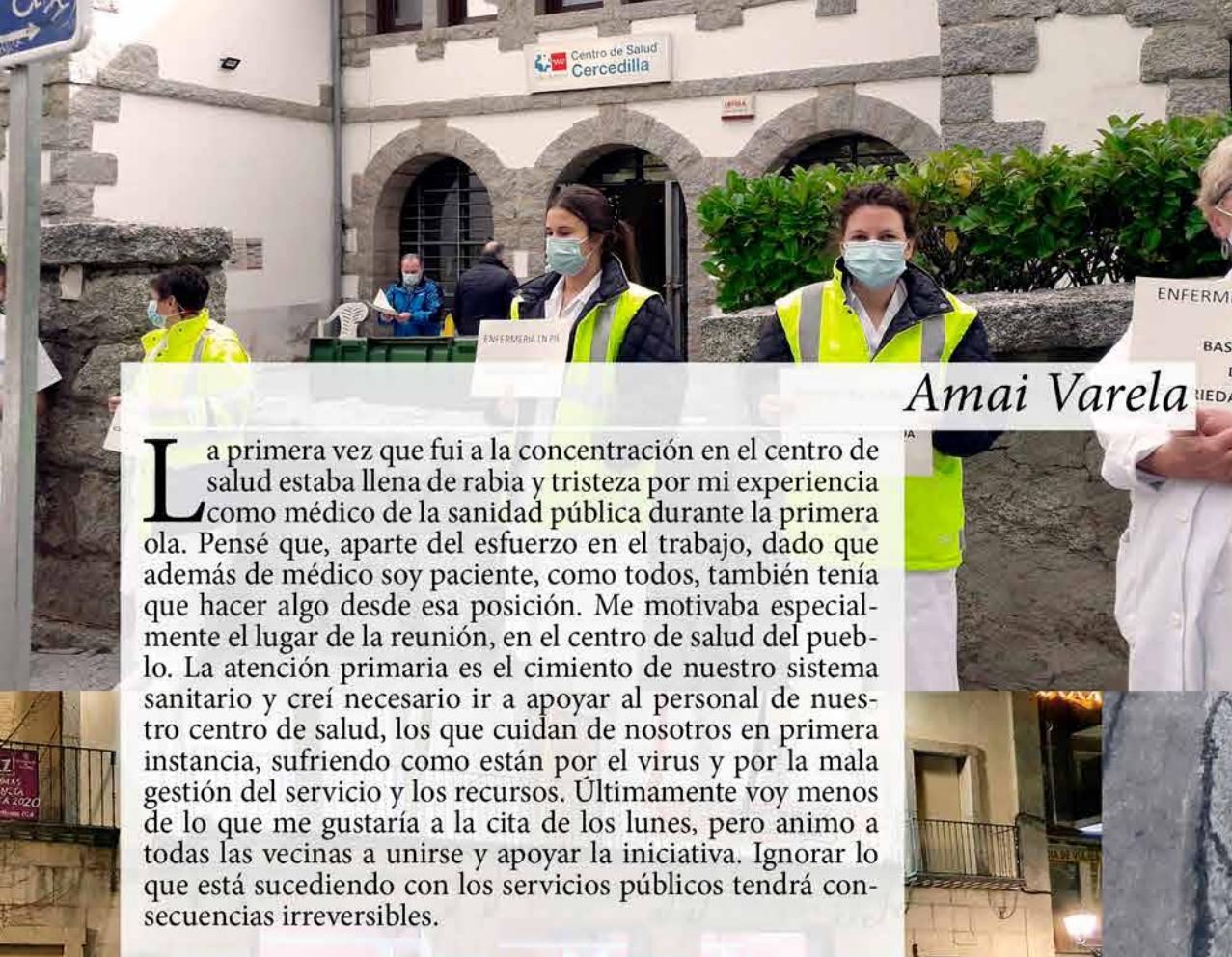
MOVILIZACIONES FRENTE AL CENTRO DE SALUD DE CERCEDILLA

Vecinos de Cercedilla

Ana de la Hoz Trapero

Desde junio me manifiesto cada semana junto con muchas otras vecinas y vecinos en el centro de salud de Cercedilla. Ahora que debería reforzarse más que nunca la atención primaria y, en general, un sistema sanitario público y universal, en nuestra comunidad autónoma estamos viviendo una brutal escalada de recortes y precarización. De verdad creo que recortar en sanidad es un acto criminal. Porque movilizados o no, con privilegios o sin ellos, habiendo sufrido o no las consecuencias de los recortes, el desmoronamiento del sistema sanitario nos afectará a todos antes o después.





Amai Varela

La primera vez que fui a la concentración en el centro de salud estaba llena de rabia y tristeza por mi experiencia como médico de la sanidad pública durante la primera ola. Pensé que, aparte del esfuerzo en el trabajo, dado que además de médico soy paciente, como todos, también tenía que hacer algo desde esa posición. Me motivaba especialmente el lugar de la reunión, en el centro de salud del pueblo. La atención primaria es el cimiento de nuestro sistema sanitario y creí necesario ir a apoyar al personal de nuestro centro de salud, los que cuidan de nosotros en primera instancia, sufriendo como están por el virus y por la mala gestión del servicio y los recursos. Últimamente voy menos de lo que me gustaría a la cita de los lunes, pero animo a todas las vecinas a unirse y apoyar la iniciativa. Ignorar lo que está sucediendo con los servicios públicos tendrá consecuencias irreversibles.



Ana Julia Salvador

Siempre me he sentido muy bien tratada, muy bien atendida y muy segura en el centro de salud de Cercedilla, cuando he ido a urgencias, en las consultas presenciales o en las telefónicas, antes y durante la pandemia. Desde aquí quiero agradecer a todos los profesionales sanitarios que durante la última década han luchado por sacar a flote un sistema de salud pública que hace aguas por la falta de inversiones, la precariedad laboral y las privatizaciones. La sanidad pública es un derecho y por eso tenemos el deber de exigir que sea digna y de calidad. Gracias al movimiento colectivo en defensa de la sanidad y a las actuaciones que están promoviendo, todas y todos podemos contribuir a evitar el naufragio de nuestro sistema sanitario.



Maria Ángeles Navarro Girón

Mi experiencia ha tenido tres fases. Yo comencé a ir porque me lo pidió un enfermero del centro de salud. Durante meses, años incluso, se han portado de lujo con mi madre, que es muy mayor y, además, tiene cáncer de mama. De modo que al principio fui por gratitud. Pero, a medida que pasaban los lunes, esa motivación digamos que personal dio paso a algo más grande. Siempre había sido consciente de que la sanidad pública y universal es de justicia, pero ahora esa conciencia se estaba transformando en conciencia. Y la conciencia, que es muy constante, me obligaba a volver. Hasta que finalmente —y aquí va la tercera fase— a ese sentimiento de obligación se le añadió otro motivo: encontrarme todos los lunes con este grupo de vecinos comprometidos con la defensa del bien común es algo que merece la pena.



(fotografías cedidas por los vecinos)

ISABEL GÓMEZ LIEBRE

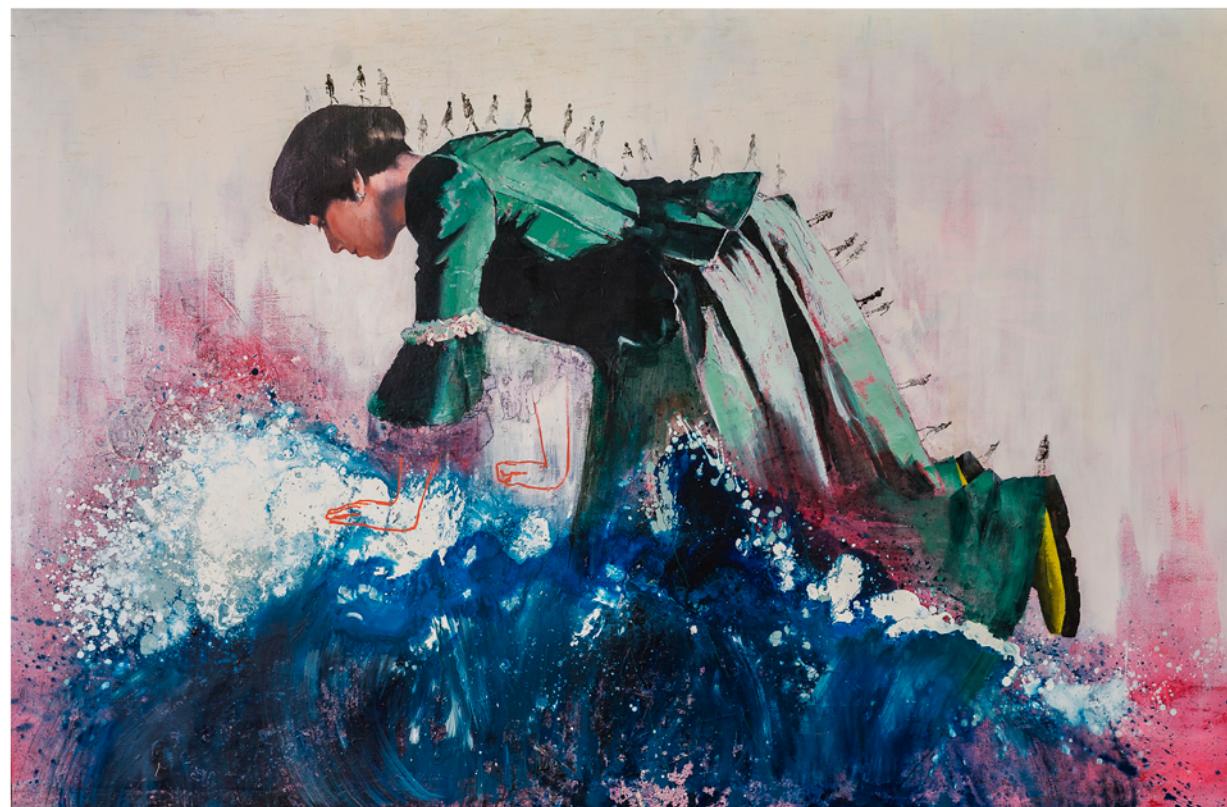
Isabel es artista visual y vive en Cercedilla desde hace ocho años. Licenciada en Bellas Artes, fundó en 1999 el Estudio Isabel Gómez Artes Plásticas, en Madrid. «En este tiempo —nos cuenta—, hemos sufrido varias crisis. Esta última, la pandemia covid-19, ha supuesto una auténtica revolución de la que seguro salimos fortalecidos. Actualmente estamos ofreciendo tanto clases presenciales como una nueva línea de desarrollo y formación *online*. Esta modalidad, curiosamente, nos permite complementar y enriquecer la enseñanza de las artes plásticas desde otros puntos de vista que no son fáciles de abordar en el día a día del taller».

El impulso emprendedor de Isabel la llevó a abrir en 2011 su propio espacio de exposiciones, la Galería Liebre, centrada en artistas emergentes, lo que le ha permitido conocer a fondo el mundo de la creación, la producción y el mercado del arte contemporáneo en nuestro país. Participa en ferias como Art Madrid, Estampa, Mulafest, Swaab o Photoespaña. «Tenemos la satisfacción de que la mayoría de los artistas con los que trabajamos continúan exitosamente su carrera y son reconocidos después», afirma Isabel.

En cuanto a su propia obra, actualmente está investigando en torno a lo figurativo: «Me interesa la representación y rescate

del papel de la mujer utilizando como punto de partida textos literarios». Su última exposición, *Quijota Primera parte*, se pudo ver en Matadero, Madrid, en enero de 2020.

En este número especial de *El Papel de Cercedilla* publicamos algunas imágenes de su proyecto de pintura en gran formato llamado *Liliput*, expuesto en diversos espacios, donde Isabel reinterpreta algunos pasajes de la célebre novela de Jonathan Swift desde la perspectiva de la mujer. «Aquí la protagonista de la historia es una joven mujer, una giganta que observa, interviene y se posiciona en el mundo».



De la serie *Liliput*, a la izquierda *El puente* (técnica mixta sobre tela, 107x164 cm) y en la página siguiente *Que todos los creyentes casquen sus huevos por el extremo conveniente* (técnica mixta sobre tela, 130x150 cm)
www.isabelgomezliebre.com

ISABEL GÓMEZ LIEBRE



... AUNQUE ESTEMOS EN PLENA PANDEMIA

José Manuel Ribera Casado

Pues sí, Cercedilla puede ser un buen lugar para los viejos. Por lo menos, este viejo y su mujer (no tan vieja, pero que ya tampoco hace la mili) lo hemos elegido como alternativa a Madrid para disfrutar de la cuarentena que nos impone el covid-19. Dado que pertenecer a lo que llaman «población en riesgo» obliga a extremar las precauciones..., ¡dónde mejor que en Cercedilla! Tranquilidad —aunque en estos días parece que esa es también la tónica de Madrid—, mayores posibilidades de estar al aire libre aunque sea en la propia casa, ausencia de ruidos, buenos amigos a la hora de comprar lo que nos dejan —como por ejemplo el periódico (saludos a Carlos y Mari Carmen) o medicinas en la farmacia—, supermercado abastecido y con gente amable, ambiente luminoso y panorama relajante: montes, prados y vacas en lugar de coches, casas y asfalto. Todo son ventajas.

Estos días parece obligado hablar del coronavirus y de su lista de desgracias asociadas. En mi caso desde el prisma de la geriatría. Comentaré un par de puntos más allá de los problemas locales. Me he quejado en voz alta de que periódicos, radios y televisiones asocian, sobre todo en los inicios, la edad y la mortalidad como elementos que, inexorablemente, van unidos. Pues bien, muchos de los enfermos y de los muertos no son viejos. Y hay además personas mayores que enferman, sobreviven y se curan. La edad en sí misma no es determinante de nada. Puede serlo cuando se asocia a otras condiciones, no siempre vinculadas a la salud. Asociar oficialmente edad

y mortalidad solo sirve para estigmatizar aún más a la población mayor. Incluso puede conducir a su exclusión de medidas que han demostrado ser útiles pero que en un momento de gran demanda no alcanzan para todos. Mensaje repetido: la edad en cuanto tal no debe utilizarse nunca en medicina como criterio de decisión diagnóstica ni terapéutica. Lo dice la bioética y lo dice también el sentido común.

Otro tema que sale una y otra vez en estos días es el que tiene que ver con el mundo de las residencias. Se ha utilizado, esencialmente, como munición política para atacar al Gobierno y al grupo de expertos designados por él, denunciando falta de previsión e incompetencia. Se trata de una cuestión que, en efecto, merece un análisis sosegado y profundo. Sobre todo porque cuando llegue la normalidad habrá que extraer lecciones para el futuro. En todo caso cualquier tipo de reflexión debe partir de unas bases previas. La primera y más obvia es que las residencias son necesarias. Idealmente la gente desea estar en su casa, pero hay personas mayores que no disponen de ella o, por razones derivadas de su mala salud, situación de dependencia u otras, requieren de estas instituciones. En España se aproximan a medio millón quienes las necesitan.

La segunda premisa es que las residencias constituyen un colectivo muy heterogéneo que difícilmente se puede valorar en bloque. Lo son en relación a su adscripción: públicas, concertadas, privadas con o sin ánimo de lucro, etc. También a su tamaño, desde diez o doce camas hasta

varios cientos. Incluso en lo referido a las normas por las que se rigen, con disposiciones de ámbito estatal, comunitario o municipal. Y, por supuesto, existen enormes diferencias en cuestiones que tienen que ver con la dotación material y de personal, así como con la cantidad y calidad de los servicios ofertados.

Un tercer factor es la evidencia de que quienes viven en ellas son muy vulnerables a cualquier agresión externa que afecte a la salud. En este caso, el coronavirus. La edad media del residente se aproxima a los noventa años. Muchos requieren ayudas (son dependientes) para diversas actividades de la vida diaria. La norma es que estén polimedicados y con pluripatología física y/o mental. Su vida transcurre en un entorno muy cerrado, con poca intimidad y con unas rutinas diarias compartidas en espacios comunes. Además, al tratarse de una alternativa al propio domicilio, el nivel de medicalización de las residencias suele ser bajo, lo que las obliga a estar a expensas de la atención primaria del centro de salud más próximo para cualquier problema de salud sobrevenido.

A partir de estas premisas no debe extrañar que el virus se haya ensañado con las personas que viven en este medio. Es cierto que en un primer momento no se prestó demasiada atención al colectivo. Se insistió en medidas generales orientadas a la ciudadanía e incluso en establecer protocolos hospitalarios ante la avalancha que se venía encima. La responsabilidad en el retraso en la atención al medio residencial está muy repartida. El equipo

coordinador central no fue el único —ni probablemente el principal— culpable de actuar con retraso. No detectaron el problema las comunidades autónomas competentes en estas materias, o, si lo hicieron y se lo callaron, sería aún peor. La mayoría de las empresas responsables de las residencias también reaccionaron tarde y mal. La lista puede ser larga. A esta tardanza culposa cabe añadir un ambiente social caldeado que explica bien los dos principales problemas de atención cuando todo se desborda. El rechazo por parte de las urgencias y de las ucis hospitalarias, y las enormes dificultades para aislar a estos enfermos en unos centros que no estaban diseñados para la situación.

Bien mirado, ha habido ejemplos para todo, desde los desastres que nos han mostrado los telediarios hasta residencias en las que no se ha producido ni un solo caso de contagio —alguna de ellas, por cierto, aquí en Cercedilla—. La interpretación parece clara y pasa por la ya citada heterogeneidad de este mundo. Probablemente también por factores derivados de un mal control por parte de las administraciones y de muchas de las propias empresas, responsables directas de vigilar las medidas preventivas y las señales de alarma. El edadismo social, fomentado a través de los medios, es otro factor que contribuye a explicar la mala atención prestada al colectivo. Probablemente es pronto para intentar extraer cualquier tipo de conclusión más o menos definitiva, pero lo que parece claro es que la cuestión ha quedado sobre la mesa, pendiente de la búsqueda de fórmulas que mejoren el futuro del mundo residencial.

Otro comentario de carácter general que no me resisto a hacer tiene que ver con la miseria mental exhibida sin pudor desde ámbitos a los que cabría atribuir un mayor grado de solidaridad en la lucha contra una plaga que a todos nos afecta. «Al enemigo ni agua», dijo alguien en plena batalla. El caso es que aquí el enemigo es el coronavirus, pero para algunos no lo parece. Desde luego no son enemigos quienes se están dejando la piel por hacer las cosas lo mejor posible. Pero vemos cada día cómo, ante cualquier toma de decisión —da igual el tema—, si se propone blanco habría que haber propuesto negro, y si negro lo correcto hubiera sido blanco.

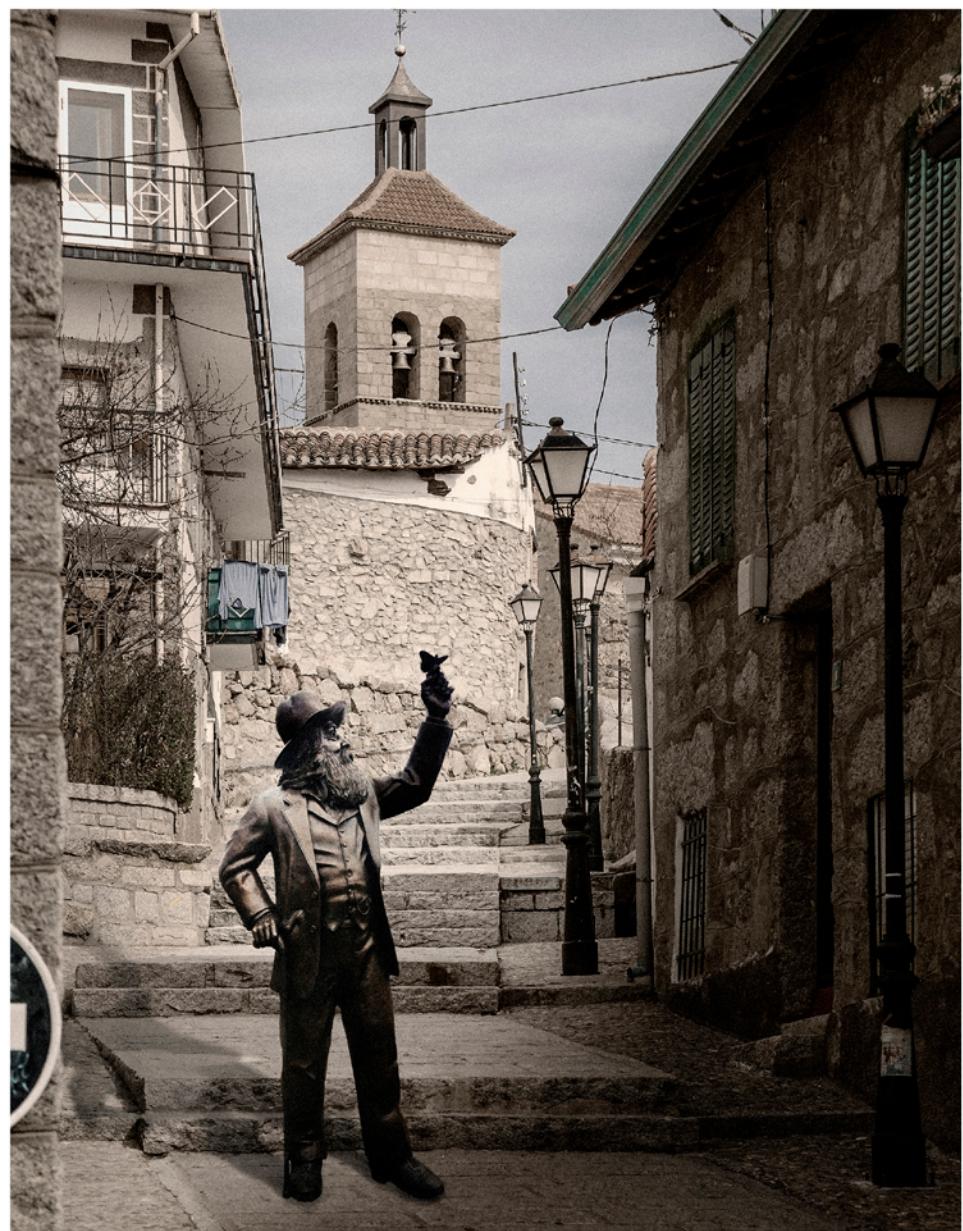
Parece, visto lo visto, que rememos en barcos distintos, que no todos deseemos el fin de la pandemia. Lo importante es erosionar al contrario, barrer para casa,

condicionar cualquier colaboración a lo que se supone es el interés de mi colectivo o de mi partido. Amenazar con los jueces que, por cierto, no creo que pinten mucho en este panorama, y un etcétera larguísimo. Estamos ante un problema nuevo sobre el que no hay experiencias previas. Es evidente que hay que improvisar, que se cometan errores, que estos deben ser señalados cuando se detectan y que las rectificaciones tienen que ser frecuentes. Pero el objetivo final debiera ser único para todos.

Dicho todo lo anterior, vuelvo a Cercedilla. Mi experiencia personal en este encierro local que, en mi caso, ya ha superado las seis semanas está siendo muy positiva. Aunque sea confinado y con unas salidas muy limitadas, siempre dentro de las excepciones previstas,

mi percepción de cómo viven sus habitantes este periodo es sin duda muy buena. Apenas gente en las calles, protecciones con mascarillas y guantes en los supermercados, colas que respetan las distancias tanto para entrar en los locales autorizados como a la hora de pagar en las cajas correspondientes, y mi vecina haciendo batas para hospitales y residencias. Sobre todo, una actitud de educación y enorme respeto hacia el resto de los conciudadanos. Disciplina, solidaridad vecinal y buen rollo. Yo veo y escucho en las conversaciones que me quedan a mano ambiente de esperanza, de que esto no va a durar siempre y que pronto volverán los encuentros, los abrazos y las salidas a cenar juntos.

Hagamos todos por que sea así.



Walt Whitman con bastón y mariposa en la carrera del Señor de Cercedilla (fotomontaje de Daniel G. Pelillo a partir de la estatua de John Gianotti ubicada en Long Island y una foto propia de Cercedilla)

POESÍA

SIETE PICOS

Miguel Ángel Moreno Huart

Ilustración de *Eduardo Acaso Deltell*

De sol a sol, la muralla de gneis,
con su faz agrietada, dolorida,
está delante nuestro, celebrando,
con aplauso telúrico,
el entusiasmo de la creación.

Con majestad de elenco en el proscenio
nos saluda y abraza, protege a Cercedilla,
y hacia el valle se tiende señorial
con la calma del magma que descansa
tras la ovación ardiente de la roca,
brazos alzados, manos que llamean,
cuando aquella orogenia apasionada
se clavó contra el cielo.

Al pasear su adarve se recorre la linde
que sobrevuela el águila entre las dos Castillas;
los túmulos ciclópeos que lo almenan
protegen un delirio de ingente clamoreo
que emula y manifiesta lo que duerme en el gneis,
lo temido que esconde su belleza convulsa,
las piedras conmovidas por doquier.
Lo que está ante los ojos es la inercia
de cuanta libertad dispuso el astro
para ganar su sitio y expresarse
sin que apenas eones de erosión
suavizasen las máscaras,
los raptos de emociones ancestrales
compartidas con todo lo viviente,
lo mudo en desazón, fervor, ansia o deseo,
representando el drama de aceptar su límite.



Cabecera del Valle de Cercedilla, tal como tituló el autor de la ilustración su libro sobre geología publicado por la Fundación Cultural de Cercedilla en 2016
(óleo de Eduardo Acaso, pintor, escritor y geólogo, miembro de la FCC, que residió en Cercedilla)

Toda cima es un teatro vacío,
un ambiente solar de barroca aridez,
la llegada a lo alto
del común mineral que el planeta trasmina
gesticulando aún.
Con afán andariego investigamos
por entre los meandros del atrezo
lo que una vez quedose interrumpido,
congelado en su trance,
como si lo que fuera aspiración,
locura de la estrella por darnos existencia
hubiera decaído,
y por eso las formas de las piedras
tienen algo patético, rebelde,
una furia tenaz
con escorzos de agónica tensión,
a la espera de que el telón se alce
y el clímax de la escena se reanude.

La abstracción de lo inerte
anticipa la historia de lo vivo.
Los impulsos más nuestros, fervor, ansia o deseo
están en la latencia de la roca,
son tránsitos del eco del placer primigenio,
su silente energía nos es consustancial,
la angustia por no ser el vaciado
de un molde sin sentido, sino la creación
que aún se muestra, vertida y espontánea,
la colada del gneis en la conciencia,
el magma originario que en la piedra perdura,
lo que no se termina ni deja de expresarse,
lo vivido y lo nuestro por vivir
igual que en Siete Picos continúa
la callada ovación de aquel primer aplauso.

A la memoria de Eduardo Acaso, que inspiró este poema.

LOS NARCISOS SILVESTRES DE GUADARRAMA

Manuel Peinado

En la mitología griega, Narciso era un joven hermoso y engreído. Para castigarlo, Némesis, la diosa de la venganza, hizo que se enamorara de su propia imagen reflejada en una alberca.

Sin duda el botánico francés Tournefort recordaba bien este episodio cuando en 1694 eligió el nombre de *Narcissus* para nombrar el género que agrupa a esas plantas cuyas hermosas flores aparecen muchas veces inclinadas, como si quisieran mirar su reflejo en el agua.

Cada primavera, los narcisos aparecen por todas partes. Son popularísimos en jardinería, y se encuentran entre las primeras flores que vemos cuando terminan los fríos y florecen a partir de los bulbos enterrados el invierno anterior.

Es posible que no hayas notado mucha diferencia entre las distintas variedades de narcisos de jardín. Y aunque seas muy observador, apenas conocerás una mínima parte de ellas porque desde 2008 se han nombrado más de veintio-

cho mil variedades, y el número continúa creciendo cada año. Incluso entre las plantas silvestres, los botánicos especializados en el género mantienen un sesudo debate sobre cuántos narcisos merecen la categoría de especie, lo que en buena medida se debe al concepto de lo que constituye una verdadera especie dentro de este género.

El debate ha hecho que el número estimado de especies de narcisos varíe entre cincuenta y ochenta, y de ellas veinticinco florecen en España. El género se originó en un lugar desconocido en algún momento entre el Oligoceno tardío y el Mioceno temprano, hace entre dieciocho y treinta millones de años (no es mucho precisar, pero es lo que hay). A pesar de su distribución global actual, los narcisos son en su mayoría plantas mediterráneas, y presentan su máxima diversidad en la península ibérica. Sin embargo, debido a

la larga y complicada historia de su cultivo, se ha hecho bastante difícil entender la gama completa de diversidad en forma y hábitat de muchas especies.

Gran parte de la interpretación evolutiva de los narcisos se centra en la morfología floral y en el aislamiento geográfico. En lo que se refiere a la flor, la longitud de la corona y la posición de los órganos sexuales en su interior determinan quién puede polinizarlas con éxito. La corona en sí no está hecha de pétalos o sépalos, sino que tiene apariencia de tubo, lo que se debe a una fusión de los estambres en forma de trompeta, embudo o cuenco. Esto nos permite reconocer el género, aunque algunas especies parezcan bastante diferentes entre sí.

Como decía, la forma de cada corona se relaciona con un tipo diferente de insecto polinizador, y eso ha dado lugar a un



Flor de *Narcissus rupicola* asoma a través del manto de nieve de abril en Cercedilla a una cota aproximada de 1350 metros (foto de Daniel G. Pelillo)

PLANTAS DE AQUÍ



Narcissus jonquilla



Narcissus pseudonarcissus subsp.
portensis



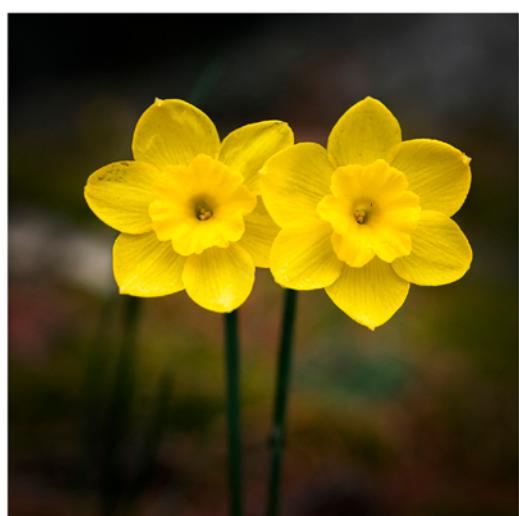
Narcissus bulbocodium



Narcissus triandrus subsp. *pallidulus*



Narcissus cantabricus



Narcissus rupicola

Las seis especies de narcisos que aparecen en el sistema Central
(fotos: *N. jonquilla*, Cillas, Real Jardín Botánico de Madrid; *N. pseudonarcissus*, Marc Ryckaert;
N. bulbocodium, Maite Santisteban Rivero; *N. triandrus*, Daniel García Pelillo;
N. cantabricus, Gonzalo Astete; *N. rupicola*, Daniel García Pelillo)

gran aislamiento reproductivo entre las distintas poblaciones. Las plantas que permiten un tipo de polinizadores generalmente lo hacen excluyendo a otros. Se piensa que el aislamiento reproductivo, unido al aislamiento geográfico que provocan las diferencias en los tipos de suelo, de hábitat y de altitud, desencadenó la rápida radiación de los narcisos por todo el Mediterráneo. Y la cosa se complicó aún más desde que los humanos se aficionaron a sus bulbos.

El aislamiento reproductivo en estas plantas no es perfecto, y con frecuencia existen zonas híbridas naturales donde las áreas de distribución de dos especies se superponen. Sin embargo, la hibridación se hace mucho más fácil con ayuda de los humanos. Bien sea por la modificación secular de los ecosistemas, bien por intervención directa e intencionada, la actividad humana ha provocado un aumento en la hibridación de los narcisos.

A pesar de toda la confusión que rodea a la taxonomía de los narcisos, hay muchas especies indiscutibles que vale la pena conocer. Estas especies varían en forma y hábito mucho más de lo que cabría esperar. Hay narcisos grandes y pequeños. Hay narcisos con flores amarillas y narcisos con flores blancas. Algunas especies producen flores verticales y otras, flores colgantes. Incluso hay un puñado de narcisos que florecen en otoño. La variedad en este género es asombrosa.

Las plantas han resuelto de maneras muy diversas el problema de la supervivencia durante épocas adversas. Las bulbosas, como los narcisos, sobreviven gracias a sus bulbos subterráneos, que constituyen una reserva para pasar el invierno en estado de latencia, protegidos de las temperaturas extremas de la superficie gracias al poder atemperador de los suelos. Son increíblemente resistentes en esta etapa.

Durante la primavera, cuando aparecen las hojas, las plantas bulbosas activan su metabolismo, fotosintetizan aprovechando las largas horas de insolación y movilizan los compuestos elaborados gracias a la luz hacia los bulbos subterráneos. Mientras lo hacen, producen flores, por lo general muy numerosas y vistosas porque la mayoría de las bulbosas son polinizadas por insectos libadores.

Cuando aprieta el calor al inicio del verano, las flores ya han producido frutos, y las hojas comienzan a secarse. Duran-

LOS NARCISOS SILVESTRES DE GUADARRAMA

te el verano no queda más rastro de las bulbosas que un manojo de hojas secas y un puñado de frutos que, agitados por el viento, liberan decenas de semillas menudas.

Después de la polinización, los distintos narcisos emplean una sofisticada estrategia de dispersión de semillas. Unidas a cada semilla dura y negra hay unas acumulaciones grasas conocidas como eleosomas, una fuente energética que subyuga a las hormigas. Como hacen otras muchas especies de plantas de floración primaveral, los narcisos uti-

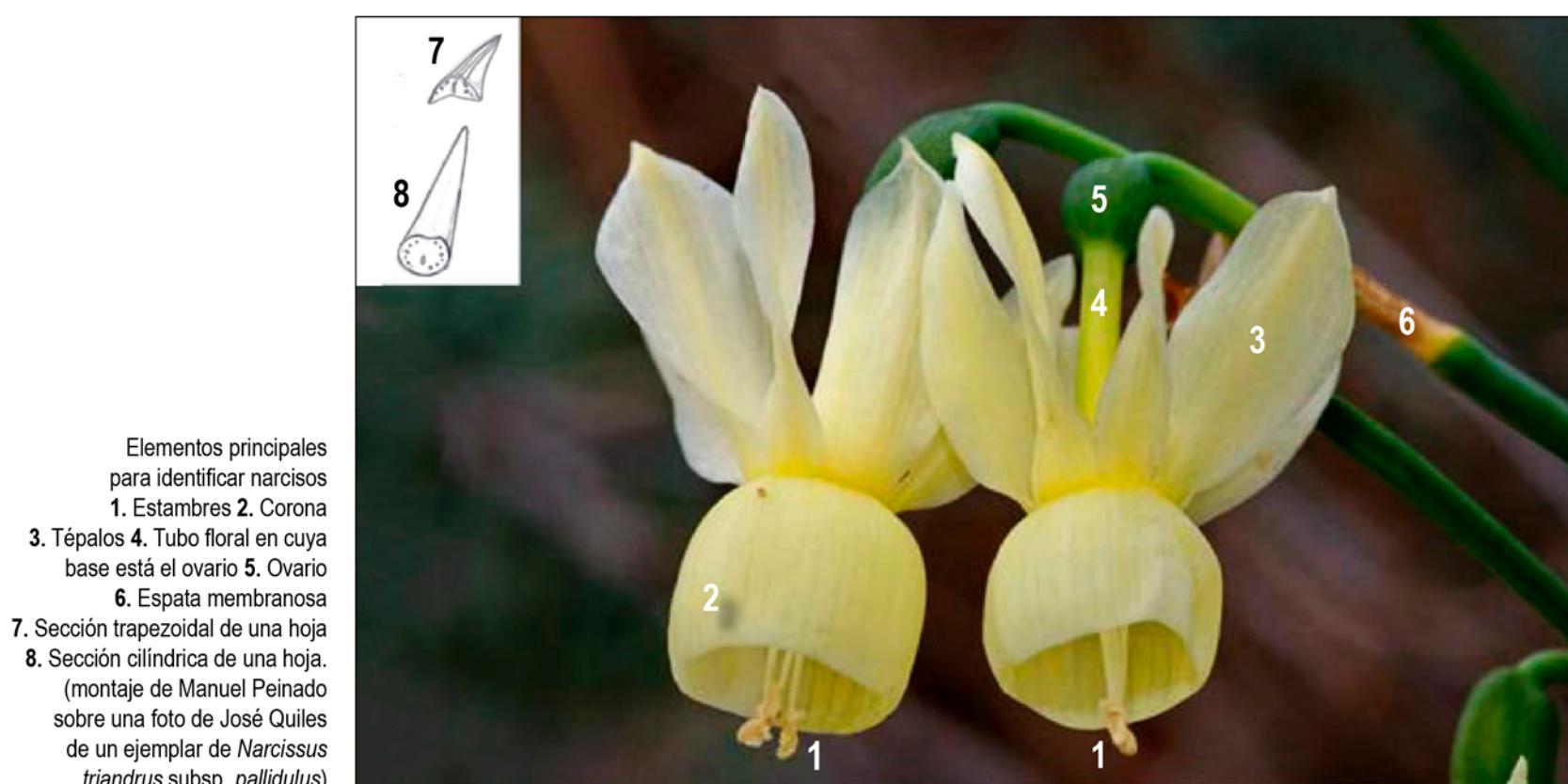
lizan a las hormigas como dispersores de semillas. Las hormigas recogen las semillas y se las llevan a sus nidos. Allí, se quedan con el eleosoma y descartan la semilla, que contiene el embrión. La semilla, escondida de forma segura en un hormiguero rico en nutrientes, tiene una probabilidad mucho mayor de germinar y sobrevivir que si las cosas se dejaran al azar.

Y ahora vamos a introducirnos en el conocimiento de las especies de narcisos que podemos encontrar en Cercedilla y sus alrededores. En las

imágenes de la página anterior he situado las seis especies registradas en el sistema Central. De ellas, las más comunes en Cercedilla son *Narcissus triandrus* subsp. *pallidulus*, *Narcissus bulbocodium* y *Narcissus rupicola*. Abajo, en la fotografía de *Narcissus triandrus*, he marcado los caracteres más importantes en los que hay que fijarse para identificar cualquier especie de narciso. Con eso y con la pequeña clave que sigue es más que suficiente para familiarizarnos con todos los narcisos que crecen en el sistema central.

Clave de los narcisos del sistema Central		
1 Tépalos y corona blancos		<i>N. cantabricus</i>
Tépalos y corona amarillos o amarillentos		2
2 Tépalos dirigidos hacia atrás (reflejos)		<i>N. triandrus</i> subsp. <i>pallidulus</i>
Tépalos patentes (\pm verticales)		3
3 Corona tan larga o más larga que los tépalos		4
Corona mucho más corta que los tépalos		5
4 Corona con forma de embudo		<i>N. bulbocodium</i>
Corona cilíndrica		<i>N. pseudonarcissus</i> subsp. <i>portensis</i>
5 Hojas de sección trapezoidal con dos quillas a lo largo de su envés		<i>N. rupicola</i>
Hojas de sección semicilíndrica; sin quillas		<i>N. jonquilla</i>

Para seguir la clave dicotómica se debe comprobar en la segunda columna, empezando desde el 1, cuál de las dos descripciones coincide con la flor observada. Despues debe seguirse esa fila hacia la tercera columna: si es la única flor con tal característica figurará ya aquí el nombre de la especie; si hay más especies con esa característica, nos conducirá a otro número en el que encontraremos una nueva dicotomía entre distintas características, y así sucesivamente hasta llegar a la especie buscada.



PLANTAS DE AQUÍ

Narcissus cantabricus es un buen ejemplo de que los topónimos no son la mejor elección para denominar especies. En 1816 el gran botánico francés Alphonse de Candolle dio por supuesto que unos bulbos que había recibido de España y había hecho crecer en su jardín procedían de algún lugar de la cornisa cantábrica. No los busquen por allí. Lo más al norte que llega es al sistema ibérico turolense, pero es mucho más abundante desde el sistema central hacia el sur, hasta las altas montañas del Magreb. En Guadarrama se refugia en enclaves abrigados y algo húmedos de encinares, jarales y enebrales.

Por sus flores blancas, esta especie es muy fácil de distinguir en vivo de *Narcissus bulbocodium*, con la que convive en Guadarrama, aunque esta última es mucho más frecuente, con toda probabilidad, el más abundante de los narcisos de Guadarrama. Ahora bien, la cosa cambia si se recolectan ejemplares para herbario, porque las flores prensadas de *Narcissus cantabricus* adquieren un tono amarillento. Sin embargo, este se diferencia de su congénere por su corto pedicelo floral, sus hojas más estrechas y su corona más corta en relación con los tépalos. Ambas prosperan en prados, herbazales, roquedos, claros de jarales, brezales y piornales, y a la sombra de encinares, melojares y pinares.

Narcissus rupicola se identifica con facilidad por sus flores solitarias, de un amarillo vivo, que nacen casi directamente desde los tallos, sin pedúnculo floral, y por su corona corta con dientes irregulares siempre bien visibles. Su ecología es variable, aunque, como indica su nombre (*rupicola*, de ‘rupestre, roca’), muestra preferencia por las fisuras anchas de roca y los prados pedregosos en claros de piornales, jarales o pinares.

Por su corona corta y su corola de color amarillo vivo, *Narcissus jonquilla* puede confundirse con *Narcissus rupicola*, pero se diferencia de este por su tubo floral largo y recto; este pequeño narciso, además, crece en los bordes de los arroyos, en turberas y en herbazales húmedos. No lo he visto en el término de Cercedilla, pero sí en el arroyo Perales, en Navalagamella, en el pie de monte de Guadarrama, y en Somosierra. Tampoco es raro que pase desapercibido porque es de pequeño tamaño y, además, es la especie de floración más breve. Mientras que el resto de los narcisos guadarramicos florecen de enero a junio, *Narcissus jonquilla* lo hace dos meses, entre marzo y abril, cuando el

deshielo empapa los suelos en los que reposan sus bulbos y semillas.

Un narciso muy característico por sus flores inclinadas y sus tépalos dirigidos hacia atrás, unos y otros de un color amarillo muy apagado, es *Narcissus triandrus* subsp. *pallidulus*, la especie más frecuente en Cercedilla, que florece en prados sombríos y sobre todo en los bosques de *Quercus pyrenaica* y en los pinares de sustitución.

Narcissus pseudonarcissus es un complejo de plantas muy semejantes que se extiende por el suroeste de Europa; son tan parecidas entre sí que la subespecie ibérica se conoce con el nombre de *confusus*. Este narciso, localmente conocido como «trompón» por su gran corona alargada, es escaso en la comunidad de Madrid y se cría en enclaves montañosos con suelos provistos de abundante humus.

A pesar de su popularidad como plantas ornamentales, muchos narcisos silvestres están pasando por serias dificultades en el medio natural. La destrucción de los hábitats, el cambio climático y la recolección excesiva de bulbos salvajes están teniendo un serio impacto en muchos de ellos.

De modo que espero haber logrado con este artículo que, armado con el conocimiento recién adquirido, admires y respetas el narciso que encuentres en el camino.

Estructura radical y aérea de un narciso a principios de mayo tras una primavera lluviosa y relativamente fría; se observa el bulbo en la parte subterránea y el fruto, aún inmaduro, sostenido por el tallo
(foto de Daniel García Pelillo)



QUIETO EN EL AIRE

Santiago Herraiz

El romero inunda la tarde
de aroma violeta.
Está quieto en el aire
el pájaro.
Los días pasan
sin apenas detenerse.

En el sinfín de la naturaleza
se hace silencio.
El cielo, malva.
A sus pies praderas dormidas.
El pico real redobla
en el viejo tronco de siempre.
Las ramas tensan sus arcos.
El viento calla.

Aún no ha llegado el momento
de que el árbol
hable.
El momento
de que la voz y el gesto
sean uno.

Lento el paso,
los ojos distraídos,
el viento entre las manos.
Qué sola está la gente
entre tantos.

Cada vez tengo más palabras
en el corazón,
más silencio en la voz.

Poemas extraídos del libro
Con silencio en la voz, Madrid, Arbolé,
Editorial Oriens, 1977.



Periparus ater y Prunus spinosa, de la serie *Alas*
(fotografía de Daniel G. Pelillo)

LAPIS SPECULARIS LA LUZ BAJO TIERRA

Miguel Ángel Blanco

Los lectores de El Papel pudieron asomarse a los misterios de la Biblioteca del Bosque de Miguel Ángel Blanco en el primer número de la revista. Entonces —septiembre de 2018— la Bilioteca de MAB, que se gesta desde hace más de tres décadas en su taller de Cercedilla y en su estudio madrileño de Pinar del Rey, tenía mil ciento setenta y un ejemplares.

En la actualidad son ya mil doscientos tres libros-caja celebrando cada uno, como nos explicaba Rafael SM Paniagua, el pacto secreto entre la creación artística y la naturaleza como fuerza creadora.

En los meses que siguieron Miguel Ángel construyó una nueva sala en la Biblioteca, dedicada a contener los libros protagonizados por el lapis specularis, el yeso cristalizado. Y esa sala se materializó en una exposición que se inauguró en el Museo Arqueológico Nacional en abril de 2019.

Él nos lo cuenta.

En la oscuridad subterránea, el tiempo geológico produce prodigios minerales. La realidad física del subsuelo es otra y también lo es su universo mítico y simbólico. Los humanos han arrancado de las entrañas de la tierra diferentes piedras y metales que les han procurado beneficios prácticos y riqueza, y han proyectado sobre las paredes de la caverna, la gruta, la sima o la mina las imágenes de una magia primigenia. En esas honduras negras y silenciosas existe un material asombroso que se somete por primera vez a la luz de la creación artística: el *lapis specularis*, el yeso cristalizado que nos acerca al «ideal de la transparencia».

Con este proyecto persigo un doble objetivo: explorar las cualidades plásticas y poéticas de este sorprendente mineral y actualizar la Historia Antigua al recordar el uso que el Imperio romano hizo de las placas de *lapis specularis* en la arquitectura y en la vida simbólica.

Todas las piedras translúcidas son hechizantes. Una de las más desconocidas es el *lapis specularis* o yeso selenítico (sulfato de calcio deshidratado, $\text{CaSO}_4 \cdot 2\text{H}_2\text{O}$), que recibe diferentes nombres, todos evocadores: espejuelo, piedra espectral, piedra del lobo, espejillo de asno, piedra de la luna, selenita, *lapis lunaris*, *sapienza*, aljez o reluz. Se trata de una roca se-



Detalle de una de las páginas, con cristales de yeso, del libro-caja 1180 de Miguel Ángel Blanco (fotografía de Pablo Linés)



Miguel Ángel Blanco en el valle de la Fuenfría junto al pino MAB, marcado por la guardería forestal como 000 en homenaje a la conexión de su obra con el bosque y reconocimiento de su intervención para salvar de la tala algunos árboles singulares
(fotografía de Daniel G. Pelillo)

dimentaria, formada por precipitación de agua salada en mares cerrados y lagos, y debe su pureza única a un proceso de disolución por aguas subterráneas (que limpian arcillas e impurezas) y recristalización. Diáfana como el hielo y dura como el mármol, pero fácilmente cortable, esta variedad macrocristalina de yeso secundario se caracteriza por su configuración en estratos, que permite su exfoliación en láminas finas de amplia superficie.

El lapis supuso una revolución en la vida cotidiana de los romanos. Hasta su llegada, las ventanas de residencias y edificios públicos se cubrían con maderas o cortinas, que oscurecían las estancias y apenas las aislaban térmicamente. La piedra especular aportó belleza y confort. Encajada en marcos de madera o metal, iluminaba los *triclinia* y los *cubicula*, y, en paneles móviles o correderos, servía para unir o separar estancias y para cerrar en invierno los *peristila* (así lo describía Plinio el Joven en la villa de Laurentum). Impresionaba a los extranjeros que visitaban la metrópoli latina, como Filón de Alejandría, que en el 40

d. C. lo vio en el palacio de Calígula, y afrentaba a los partidarios de la vieja austeridad, como el español Séneca, que lo veía como manifestación de un modus vivendi que corrompía las costumbres e inducía a la molicie y a la luxuria. Se usaba en las termas, donde era importante mantener la temperatura —se han encontrado restos en las de Pompeya, Herculano, Roma y Cagliari—, y en los pórticos, para cerrar parte de los *ambulacri*, pero también a escala menos monumental: para proteger las ventanillas de las literas, para el cultivo en invernaderos o para construir colmenas que dejaran ver el trabajo de las abejas, como relata en su *Historia Natural* Plinio el Viejo, el autor que con más detalle habló de las minas españolas —que visitó en tiempos de Vespasiano— y de las cualidades del mineral.

El vidrio no era entonces tan transparente, y su fabricación era muy costosa, por lo que la fuerte demanda de lapis hizo que sus minas adquirieran una enorme relevancia. Las minas eran públicas, aunque se podía delegar su gestión temporalmente, y en ellas trabajaban

tanto hombres libres asalariados como esclavos y convictos, los condenados *ad metalla*. El lapis más transparente se halla a considerable profundidad y para acceder a los espacios más reducidos se empleaba mano de obra infantil. En el Museo Arqueológico se conserva una estela funeraria procedente de Baños de la Encina (Jaén) con una figura que empuña un pico de minero y porta un cesto de esparto; en ella se lee: «Quartulus, de cuatro años de edad. Que la tierra te sea leve». Estos trabajadores que extraían y elaboraban el lapis eran conocidos como *speculariarii* o *specularii*, muy bien considerados y con ciertos privilegios, y en los palacios existían cuerpos jerarquizados que se ocupaban de la colocación y el mantenimiento de las *specularia* o ventanas.

Las primeras y mejores minas de lapis del Imperio estaban en Hispania. Después se extrajo igualmente de Túnez, Chipre, Siria, Anatolia e Italia (en Bolonia y Sicilia), pero el nuestro siguió siendo el de mejor calidad y tuvo un considerable peso en la economía de la Hispania romana. Estas minas se explotaron desde

LAPIS SPECULARIS. LA LUZ BAJO TIERRA

el principado de Augusto y, con mayor intensidad, en el Alto Imperio (siglos I y II d. C.), aprovechando la red viaria que facilitaba su transporte en carros hasta el puerto de Carthago Nova, desde donde se llevaba a Roma y a otras grandes ciudades. El área más rica en este mineral era la cuenca de Loranca-Huete, a cien mil pasos en torno a la ciudad de Segóbriga, que creció y se enriqueció gracias a esa actividad minera.

Desde que visité la mina de La Condenada, en Osa de la Vega, quedé preso en el espejuelo. El hecho de que una piedra tan fascinante nunca haya sido tratada como material creativo —en el pasado romano su uso pudo ser en ocasiones ornamental pero no artístico— suponía un atractivo reto. Para llevarla a mi territorio me he apoyado no tanto en sus funciones prácticas como en sus usos rituales y mágicos —menos docu-

mentados pero sin duda existentes—, con un enfoque más visionario que arqueológico. Del lapis me interesa la «clarividencia», los aspectos relacionados con la visión a través del cristal, su halo místico, la luz atrapada en el espejo. Plinio el Viejo explicaba en su *Historia Natural* que esa mirada a través del espejuelo era emulada por el más grande de los pintores, el mítico Apeles: «Cuando terminaba una obra, le daba una capa de *atramentum* tan fina que reflejaba y producía un color blanco de gran claridad, preservando al cuadro del polvo y la suciedad; no era visible más que a corta distancia, pero incluso de ese modo, debido a la maestría con que estaba hecha, la claridad de los colores no dañaba a la vista, como si se mirara a través de una piedra espectral, y daba al mismo tiempo, de manera imperceptible, un tono más apagado a los colores demasiado vivos».

Al introducirlo en mis libros-caja he construido con el «cristal del Imperio» ventanas que se abren al pasado histórico y geológico. Y para ver mejor a través de él me he puesto el colirio con cenizas de ojos de búho con el que se aliviaban los *speculariarii* las dolencias de los suyos, opacados por el polvo del yeso.

Venid, vamos a «leer» despacio las piezas en cuya creación el lapis specularis se alió con las fuerzas de nuestro paisaje.

Si la selenita es la piedra lunar, el espato de Islandia —otra forma de yeso cristalizado que he utilizado en este conjunto de obras— es la piedra solar, o Sólársteinn. Conocido asimismo como calcita óptica, fue utilizado por los vikingos para ubicar el Sol en el cielo incluso en los días más oscuros, lo que les permitió navegar por el Atlántico Norte. En el libro-caja 1172, *Mina en Siete Picos*, el espato de Islandia es mi entrada al centro de la Tierra, que en la novela de Julio Verne se efectúa a través de una cueva de este mineral.



Caja-libro 1172 • Mina en Siete Picos • 13.11.2017 • 200 x 285 x 45 mm
6 páginas de papel verjurado, papel vegetal con fotografía y papel de grabado con gofrado de acículas y cenizas;
caja: 8 fragmentos de roca de la escombrera de la mina de pirita arsenical y wolframio de Las Cortes, en Navacerrada
(Madrid), espato de Islandia y piritas sobre cenizas volcánicas de Lanzarote (fotografía de Pablo Linés)

El *lapis specularis* es agua petrificada y tiene la virtud mágica de franquear el camino hacia las profundidades acuáticas y hacia el submundo para comunicarse con los dioses y los seres que lo habitan. En varios libros-caja dejo constancia de las múltiples ofrendas de espejuelos que he hecho a las aguas, a ejemplo de los romanos: en el British Museum se conservan tablillas de yeso cristalizado en las que los habitantes de Amathus (Chipre) escribían maldiciones que arrojaban a los pozos, probablemente por influencia de tradiciones mágicas judías. Entre otros lugares, he realizado lanzamientos rituales en el pantano de las Berceas (**1173, Espejuelo bajo el agua**) y en el río Guadarrama bajo los puentes romanos de El Molino y el Descalzo, en Cercedilla.



Caja-libro 1173 • Espejuelo bajo el agua • 16.1.2018 • 200 x 285 x 50 mm
 4 páginas de papel verjurado y papel Fabriano con gofrados y dibujo; caja: bloque de *lapis specularis* de la mina romana de La Condenada, en Osa de la Vega, Cuenca, y rizomas del embalse de las Berceas, en Cercedilla, Madrid
 (fotografía de Pablo Linés)

Si hay dioses subacuáticos, deben tener sus templos. En Navacerrada, en el río Samburiel, puse con lapis los cimientos de un templo sumergido, en el libro-caja **1180, Templi sub aqua**.



Caja-libro 1180 • Templi sub aqua (Samburiel) • 12.3.2018 • 200 x 285 x 55 mm
 4 páginas de papel nepalí de corteza de lokta y cáñamo y papel gris con gofrado de plantas con dibujos y cristales de yeso; caja: *lapis specularis* de la mina romana de La Condenada, en Osa de la Vega, Cuenca, cristal romboidal de yeso, ágata y tocón sumergido en el pantano de Navacerrada, Madrid
 (fotografía de Pablo Linés)

LAPIS SPECULARIS. LA LUZ BAJO TIERRA

Cada piedra es un paisaje, un territorio. Los cristales de lapis presentan una orografía casual, por la ruptura de los bloques y las placas, o dibujada con la sierra por el hombre. En el fragmento turbio, fascinante, que he introducido en el libro-caja 1185, *Sierra*, he adivinado el perfil de Siete Picos, mi montaña sagrada en el Valle de la Fuenfría, atravesada por franjas de sombra de la misma manera que la calzada XXIV cruza mis bosques para unir Emerita Augusta y Caesar Augusta.



1185 • Sierra • 27.4 2018 • 200 x 285 x 45 mm
4 páginas de papel verjurado y papel de grabado con gofrados de plantas de marihuana, lava y perfiles de espejuelo;
caja: bloque de *lapis specularis* turbio de la mina romana de La Condenada,
en Osa de la Vega, Cuenca, lava y olivino de Lanzarote
(fotografía de Pablo Linés)

El lapis sanó árboles y mató árboles. En las zonas mineras se consumía una inmensa cantidad de madera para la fabricación de escayola a partir de los deshechos de yeso calcinados, lo que resultó en la deforestación del entorno. Para hacerlos renacer he intercalado en *Raíces seleníticas* (libro-caja 1176) cristales de lapis con raíces de pino silvestre del Valle de la Fuenfría.



1176 • Raíces seleníticas • 19.2.2018 • 450 x 450 x 50 mm
4 páginas de papel verjurado y papel Fabriano con gofrados y placas de espejuelo; caja: raíces de pinos silvestres del valle de la Fuenfría, Madrid, fragmentos de *lapis specularis* de las minas romanas de La Condenada, en Osa de la Vega, Cuenca, y del Espejuelo, en Arboleas, Almería
(fotografía de Pablo Linés)

Desde el Museo Arqueológico de Madrid la exposición viajó hasta el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, después a la Real Academia de España en Roma y a la sede del Instituto Cervantes en Palermo, en la iglesia de Santa Eulalia de los Catalanes, donde pasó un breve periodo de confinamiento. Proximamente visitará el Museo del Bardo de Túnez y el Museo Arqueológico de Sofía, entre otros lugares.

En la página siguiente, detalle de las marcas en la corteza del pino MAB junto a un pequeño fragmento de espejuelo depositado como ofrenda por el artista antes de inaugurar la exposición
(fotografía de Daniel G. Pelillo)



SÁHARA STOP

Clare Painter Fernández

¿A qué época te transporta la palabra *colonización*? Eso me imaginaba. Pues, de hecho, actualmente existen diecisiete territorios «no autónomos» en proceso de descolonización, y hoy voy a darle voz a uno de ellos, el más cercano a nosotros geográfica e históricamente. El Sáhara Occidental, un territorio norteafricano que viene sufriendo las olas del colonialismo desde 1884, cuando se lo apropió España. La ocupación se hizo efectiva varias décadas después y se prolongó hasta 1975, año en que el reino de Marruecos emprendió la conocida Marcha Verde hacia el bien que tanto ambicionaba: una de las diez minas de fosfato más grandes del mundo. Hoy día Marruecos sigue siendo el ocupante *de facto* del Sáhara Occidental, y mantiene el control de una forma brutal y totalitaria sobre casi todos los aspectos de las vidas de los saharauis que aún habitan el territorio. En este artículo me propongo explicar el papel que juega España en este entresijo geopolítico, al tiempo que cuento mi experiencia en los campamentos de refugiados saharauis, que comenzó cuando el coronavirus estaba a punto de llamar a las puertas del mundo.

Pasan los años y cambia el color de nuestro Gobierno, pero algo se mantiene intacto con el paso del tiempo: la firmeza de nuestros representantes al afirmar la «no necesaria gestión española» del Sáhara. Sin embargo, la responsabilidad de España en este caso ha de determinarla el derecho internacional, que establece que todo territorio «no autónomo» requiere de una potencia administradora de derecho que, entre otras cuestiones, se encargue de informar a la ONU de las condiciones (sanitarias, educativas, económicas y sociales) que existen en ellos. La situación del Sáhara Occidental es única en el mundo, ya que no existe ningún otro territorio colonizado que haya sido abandonado durante décadas por la potencia administradora. Y se trata de un abandono completamente ilícito, dado que el derecho internacional prohíbe a los países ocupantes que desasistan a las gentes de los territorios ocupados antes de que hayan podido organizarse para alcanzar su autodeterminación. Sin embargo, España sigue negando sistemáticamente su responsabilidad sobre el territorio saharaui, una y otra vez se limita a esgrimir la carta que

en 1976 remitió a Naciones Unidas para expresar su renuncia. Pero nuestro país aún aparece en la lista de territorios no autónomos del mundo, como potencia administradora. ¿Y qué significa eso? Según el auto del pleno de la Audiencia Nacional del 4 de julio de 2014 dictado por Fernando Grande-Marlaska (entonces presidente de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional y actual ministro de Interior), los delitos que se cometan en tierras saharauis son competencia de las autoridades jurídicas españolas. ¿Qué dice el gobierno español al respecto? Calla. Pero la justicia, afortunadamente, ha hablado: España abandonó a su suerte a los saharauis ilegalmente, y hoy sigue teniendo el deber de su cuidado y empuje hacia la libertad.

Cuando Marruecos entró en tierras saharauis, sometió a la población a una persecución tan cruel que miles de personas se vieron obligadas a huir en busca de un lugar seguro. Muchos llegaron hasta el desierto argelino de Hamada, que en hassanía —el dialecto árabe de los saharauis— significa «nada». Una



Campò de refugiados en Tindouf (fotografía de Clare Painter Fernández)

languida caravana compuesta fundamentalmente por mujeres y niños, ya que los cabezas de familia se habían quedado luchando en la sangrienta guerra que todavía hoy se libra en las sombras, atravesó durante meses la llanura eterna. En ese paraje aterricé el pasado 10 de marzo, y por supuesto en aquel momento no podía imaginar las maniobras que serían necesarias para salir de él.

Llegué invitada por el Frente Polisario y la UJSARIO (Unión Juvenil Saharaui) para representar a Libre-Pensadores de la Sierra en el primer foro internacional de apoyo a la causa saharaui que se celebraba en los campamentos de refugiados de Tindouf. Decenas de organizaciones de todo el mundo iban a reunirse allí para establecer unas bases de cooperación internacional destinadas a mostrar las condiciones de vida inhumanas de cientos de miles de saharauis y formular un plan de acción. Es un viaje largo, ya que ninguna compañía ofrece vuelos directos hasta Tindouf, por lo que es preciso viajar hasta Argel y coger otro avión desde allí.

Era la una de la mañana cuando por fin llegué a los campamentos, pero Puja me esperaba con un té humeante. Ella es la madre de las pequeñas Musad y Salka, y cuida también de su hermana, de su marido, de su primo y de su pueblo entero, con el que comparte alimentos siempre que puede. Puja y su extensa familia iban a ser mis anfitriones esos días. Y lo del té merece también una pequeña digresión. La hora no importa: en el Sáhara, el té siempre está servido y puesto en tus manos. Es un ritual lleno de espiritualidad y simbolismo: los saharauis no toman el té de cualquier manera, creedme. Toman tres tés uno después del otro, el primero amargo como la niñez, el segundo dulce como el amor y el tercero suave como la muerte.

No hicieron falta más de veinte minutos para que me diera cuenta de hasta qué punto aquella familia y yo veníamos de experiencias radicalmente distintas, éramos personas separadas por la brecha de los derechos, que para mí son consustanciales a la vida y para ellos un lujo. Todos reunidos en torno al ritual del té, en la oscura madrugada del desierto.

Solo pude permanecer en Tindouf cuatro días. El brote de covid-19 en Europa interrumpió bruscamente nuestra estancia. Sin conexión a internet, en aquella solitud acompañada de la vida en los campamentos, durante esos pocos días me sentía ya en la primera etapa de un viaje hacia mí misma, y a la vez entendía que nuestra presencia allí significaba para ellos una oportunidad de mostrarse al mundo y de hacer sonar alto su necesidad de justicia.

El viernes 13 de marzo empezaron a sonar las alarmas respecto a lo que estaba pasando en el exterior. Se cerraban los colegios, los representantes políticos instaban a la población a quedarse en casa, se cancelaban eventos multitudinarios y las aerolíneas empezaban a temerse el cierre de los espacios aéreos. ¿Hasta cuándo se mantendrían las fronteras abiertas? Hasta ese mismo día, de hecho. Italia declaró el colapso sanitario y el resto de la eurozona, junto con el norte de África, comenzó a aplicar estrictas medidas de seguridad, entre ellas el cierre de fronteras. Argelia anunció la cancelación de todos sus

LIBRE-PENSADORES DE LA SIERRA

vuelos internacionales a partir del siguiente lunes, y Madrid cerraría pronto su espacio aéreo. En Tindouf, más de cien personas nos preguntábamos qué suerte íbamos a correr. Esa mañana habíamos cruzado parte del desierto en varios camiones, amparados por la guardia del Frente Polisario y algunos otros activistas, como Darak, una chica que bulle siempre de ideas y encuentra soluciones donde parece que no las hay. Íbamos a los territorios liberados para manifestarnos frente al Muro de la Vergüenza, que separa las zonas ocupadas de las liberadas. De vuelta, se tomó la decisión de que se intentaría que todos viajásemos de regreso a nuestros países esa misma noche. *Spoiler:* para algunos no funcionó.

A todo esto, se iba sintiendo el miedo de que el virus llegase a los campamentos. El único hospital está en Rabuni, la *whilaya* (provincia) de administración de gobierno, a unos treinta y cinco kilómetros de donde se concentran la mayoría de refugiados en asentamientos que ni de lejos reúnen las condiciones necesarias para hacer frente a

una crisis sanitaria. El agua llega semanalmente en camiones cisterna de ACNUR, y su escasez imposibilita que se apliquen medidas de higiene como las que ya empezaban a generalizarse en Europa después de haberse impuesto en Asia. Por otro lado, las costumbres locales representan un importante peligro. En el desierto las horas pasan como lustros y es imposible imaginar a los saharauis —un pueblo sociable por naturaleza— asumiendo la necesidad de ningún tipo de distanciamiento social. Durante el día las familias se juntan para tomar el té y los niños juegan en grupo; por las noches, pasean en comunidad. La única manera de hacer que el tiempo pase es rodearse de gente de una u otra forma.

Ese viernes, salté del camión y me dirigí rápidamente a mi casa de acogida para preparar la mochila, comer algo y despedirme antes de tiempo de quienes hoy considero mi familia saharaui para después saltar de nuevo al autobús rumbo al pequeño aeropuerto de Tindouf. La distancia entre los campamentos y el aeropuerto es relativa-

mente corta, lo que dificulta la movilidad son los procesos burocráticos intermedios. Fronteras, fronteras y más fronteras.

En el *checkpoint* argelino el procedimiento es registrar los vehículos y comprobar la documentación de quien pretende cruzar —en ese momento, más de cien personas—, de modo que la espera fue larga. Por fin llegamos al aeropuerto, del que solo sale un avión diario hacia la capital. Las siguientes horas fueron un caos de información cruzada y cambios de planes. Los participantes del foro hacíamos cola fuera del aeropuerto para intentar entrar a ese único avión. Ni siquiera las autoridades aparentaban saber cuál era el plan. Lo único que parecía claro era que no entraríamos todos, y se nos comunicó que tenían preferencia las personas que al día siguiente tuviesen que coger un vuelo en Argel. Primera mala noticia: mi vuelo de vuelta a Madrid era en cuatro días. De madrugada conseguimos entrar al aeropuerto, donde la espera se alargó otro par de horas. Algunos ya habían conseguido pasar los controles y entrar en el avión, así que



Campò de refugiados en Tindouf (fotografía de Clare Painter Fernández)



Campo de refugiados en Tindouf (fotografía de Clare Painter Fernández)

asumí mi derrota y me tumbé en el suelo a esperar que se organizara el regreso a los campamentos; había sido otro largo y desértico día. A punto de quedarme dormida, escuché mi nombre a lo lejos. Era Darak, la *superwoman* saharaui, que con su energía infinita venía hacia mí agitando en la mano mi pasaporte y un billete de avión. ¿Cómo era posible? Todavía no lo sé. Me levanté y corrí hacia el avión que me esperaba, aturdida y triste por toda la gente que se quedaba atrás. Pero cuando por fin ocupé aquel asiento me dije que era hora de descansar, al día siguiente, en Argel, de nuevo sin billete y ahora sin una Darak que pudiera salvarme, me esperaba sin duda otra jornada caótica y extenuante. Necesitaba recuperar fuerzas.

Esa era mi impresión, sin embargo, para mi gran sorpresa, un hombrecillo desconocido me aguardaba en el aeropuerto,

dispuesto a conseguir nuevamente el billete que necesitaba. ¿Por qué? ¿Quién era esta vez mi salvador? Tampoco tengo esta respuesta, solo sé que poco después estaba montada en el primer avión de la mañana Argel-Madrid, con la cabeza llena de preguntas sin respuesta. Ahora mi mente no descansaba. Se habían creado muchos vínculos en muy poco tiempo y no podía dejar de pensar en todas aquellas personas y en el peligro que correrían si ese maldito virus llegaba a sus casas. Sentí que estábamos abandonándolos; nosotros volvíamos a nuestros países con sus fuertes sistemas sanitarios y equipos de protección y ellos quedaban atrás, sin agua, sin mascarilla, sin tener apenas acceso a una atención médica mínima.

A la llegada, Barajas era un espectáculo de controles de temperatura y extraños trajes futuristas como salidos de una película del fin del mundo. Solo había

estado fuera cuatro días y de pronto España parecía la viva imagen de un escenario apocalíptico.

14 de marzo. Calles desiertas entre Barajas y Moncloa, establecimientos con las persianas echadas, muchos coches de policía y parques abandonados. Ya en el 684, con la mirada atónita por la ventanilla sobre la autopista vacía, una voz en la radio se mete en mi cabeza: habla el presidente Sánchez; se ha decretado el estado de alarma y el confinamiento de toda la población.

De nuevo estaba a punto de iniciar un viaje, pero esta vez solo interno, y sin salir de casa.

QUÉ CUENTO TIENES, JIMENO

MI PRIMO

Jorge Jimeno

Aquellos que tienen la suerte de conocerme convendrán conmigo sin duda en que la característica que más destaca de mi persona es mi arrolladora seguridad. O puede que no. No estoy del todo seguro. Puede que oscile entre la confianza plena en mí mismo y la personalidad más dubitativa. No lo sé. Eso sí, puedo afirmar con absoluta certeza que nunca me encuentro en un término medio: o lo uno, o lo otro, pero sin ambigüedades.

Puede ocurrir..., de hecho ocurre con frecuencia, que me acueste un día sintiéndome la persona más insegura y torpe del planeta para levantarme al día siguiente con una confianza de hierro, capaz de acometer cualquier empresa. Ignoro los secretos del sueño responsable de tal transformación, pero así sucede y así me sucedió aquella noche.

Sin avisar, con cierta nocturnidad y tremenda alevosía, el váter había comenzado a expulsar agua —y otras sustancias que es mejor no recordar— a borbotones. Cerré la llave general y estudié el inodoro sin siquiera encontrar cómo podía empezar a desmontar alguna pieza. Decidí llamar a alguien que supiera de esas cosas.

Encontré un número en la agenda de mi teléfono móvil: «Fontanero Cercedilla Manuel». No recordaba quién me lo había dado, pero daba igual. Había tenido un día de mierda —nunca mejor dicho— y necesitaba saber que alguien vendría a arreglarlo al día siguiente.

Al despertar, un sol maravilloso se asomaba por las rendijas de la persiana. Recordé el atasco. Fui al baño para analizar la situación y reparé en una tapa

que juraría no se encontraba allí la noche anterior. La abrí fácilmente con un destornillador y mirando por el agujero pude hacerme una composición aproximada de las conexiones entre cañerías y desagües. Justo cuando más convencido estaba de que tenía la situación controlada, sonó el timbre.

—Mierda, el fontanero.

Le abrí, le conduje al aseo y le traté con toda amabilidad a pesar de que me arrepentía de haberle llamado la noche anterior.

—Vaya, esto tiene pinta de ser un atasco que debe haber afectado a alguna pieza...

El fontanero siguió hablando con las mismas palabras que yo había encontrado en Google minutos antes de que él llegara.

No es que yo sea un agarrado, pero empecé a hacer cábalas sobre cuánto iba a costarme la visita de aquel señor. Un pico, seguro. Y totalmente innecesario después de lo que me había dado tiempo a leer en Internet. Probablemente ese hombre no entendiese ya de cañerías mucho más que yo.

Estaba resignándome al despilfarro cuando un detalle de suma importancia me vino a la cabeza. Cuando le llamé no le dije quién me había dado su teléfono. Todo el mundo sabe que cuando se llama a un técnico hay que decirle de parte de qué *parrao* se hace; si no, serás tomado por un *veraneante* sin verdaderos lazos en el pueblo al que se le puede cobrar cualquier cantidad. La factura iba a ser de las que quitan el hipo.

—Manuel, te agradezco un montón que hayas venido tan rápido esta mañ-

na, pero resulta que tengo un primo que es fontanero, y ayer me dijo que no podía venir, pero me acaba de mandar un mensaje diciendo que al final sí que puede. Así que no te molestes, me cobras lo que esté estipulado por la salida, y ya cuando venga mi primo que lo arregle él.

El hombre me miró confuso.

—Bueno, como quieras. ¿Estás seguro?

—Sí, perdona las molestias, pero ya sabes cómo es la familia. Luego se enfadan si se enteran de que alguien de fuera ha metido las manos en la mierda de casa —intenté bromear.

—Pues nada, me voy.

—Y bien, ¿cuánto es?

—Nada, hombre, si no he llegado a hacer nada.

—¿Y por la salida?

—Vivo aquí al lado.

—Muchísimas gracias, eres muy amable. Lo siento de nuevo. Mi primo, que es un indeciso, que voy, que no voy.

Al cerrar la puerta de la calle en la espalda de Manuel sopesé por unos brevísimos instantes si mi decisión habría sido la correcta.

—Sí, claro que sí, Jimeno —me dije—, esto lo arreglo yo en un periquete y además totalmente gratis.

El destino me estaba dando una segunda oportunidad.

Volví al baño y proseguí con mis investigaciones. Siempre he sospechado que debí de ser un niño prodigo, aunque nadie se diera cuenta. No es normal que todo se me dé tan bien. Estaba a un paso de arreglar por mí mismo aquella avería. Solo tenía que acceder al codo que

sin duda estaba obstruido. Ya hasta me expresaba como los profesionales, así, en un ratín de nada... Y para acceder al codo ese solo tenía que aflojar la pieza que había antes. Rebusqué en mi cajita de herramientas. Vaya, no tenía la llave necesaria, pero seguramente podría hacerlo con un cuchillo y un tenedor.

Apliqué toda mi destreza en la maniobra, pero un pequeño exceso de fuerza hizo que la pieza se partiese en dos sin llegar a moverse. Vaya. Esto no entraña en mis planes.

Salí del baño, apagué la luz y cerré la puerta. Estoy acostumbrado a resolver mis problemas reiniciando el ordenador. Pero cuando volví a entrar todo seguía igual: la pieza rota y obstinadamente inmóvil.

El día se estaba nublando, pero me quedaban fuerzas para solucionar la situación, qué demonios. Le hice una foto a la pieza rota y me fui a la ferretería.

De camino pensé que era mejor ir a la que frecuento menos. Tampoco es que sea un cliente habitual de ninguna de las dos ferreterías que tiene el pueblo, pero estimé que era mejor adoptar un perfil lo más bajo posible.

—Buenos días. Mira, se me ha roto esta pieza de las cañerías del baño. ¿No tendrás algo que me pueda servir?

—Pero ¿esto qué es? —dijo secamente.

—No lo sé muy bien. Por eso traigo la foto. Es que la pieza se ha quedado encajada. Igual con un destornillador grande puedo hacer palanca —dije, aún con mucha confianza.

El ferretero me miró unos instantes antes de contestarme ásperamente.

—No sé ni lo que es eso.

—Y así, por intuición..., o con alguna llave que sirva un poco para todo...

—Pero, a ver, ¿cómo se ha roto esa pieza?

Soy partidario de decir siempre la verdad, pero en esta ocasión no era una opción.

—Mi primo, que me ha liado una...

—Lo mejor es que eso lo vea un fontanero.

—¿Tú crees? Parece más de lo que es. Si conseguimos sacar esa pieza, luego ya es cuestión de reconocerla y comprar otra igual.

—Yo así solo con la foto no sé ni de lo que me estás hablando.

—Ya... Es que a mí, así con palabras, me cuesta explicarlo...

La ferretería se había ido llenando de clientes que me miraban cada vez más impacientes.

—¿Y tienes el número de algún fontanero?

—Sí, anota, se llama Manuel...

Simulé que anotaba el número mientras comprobaba que se trataba del mismo Manuel que había echado de mi casa hacía un rato.

—Muchas gracias. Luego, si eso, le llamo.

Según caminaba hacia mi segunda y última opción, sentí que mi confianza se estaba empezando a disolver en un mar de remordimientos. Pero traté de serenarme y analizar la situación. Me daba la impresión de que no me habían tomado muy en serio en la ferretería. Tenía que demostrar que sabía de lo que estaba hablando. Que yo era un tipo acostumbrado a lidiar con tuberías, con atascos y con Cercedilla.

—¿Qué pasa, galán? —dije nada más entrar.

El ferretero me miró seriamente sin contestar.

—Mira, ¿no tendrás una pieza como esta y algo con lo que poder sacarla? —dijo con gracia a la vez que le enseñaba la foto.

—¡Menuda la que te ha liado tu primo!

Me quedé ojiplático, en silencio, sin saber qué contestar.

—Tú vives en la calle Auroriña, ¿no?

—Sí —dije con un hilo de voz.

—Es que ha estado aquí antes Manuel y me ha contado que uno de la calle Auroriña tiene un primo fontanero.

—Bueno, fontanero fontanero..., un chapucillas.

—Ya se ve, mira cómo te ha dejado el baño. Pues lo mejor es que vuelvas a llamar a Manuel porque así solo con esa foto no vas a poder hacer mucho.

—Pero ¿cómo voy a llamarle otra vez? No hace ni una hora que le pedí que se fuera de mi casa —dije conteniendo la desesperación.

—No te preocupes, galán, ¿tú sabes la de primos que dejan las cosas así a medias? Manuel ya está acostumbrado.

Me quedé en silencio.

—¿Quieres que le llame yo y le diga? Asentí sin abrir la boca.

—Manuel, mira, que tengo en la tienda al de la calle Auroriña. Sí, que su primo le ha dejado el asunto peor de lo que estaba y al hombre le daba apuro volver a llamarte.

Me dio la sensación de que escuchaba risas al otro lado del teléfono, y también de que el ferretero contenía magistralmente su propia risa.

—Que si te viene bien en un par de horas —me dijo apartándose de la boca el micrófono del teléfono para hablar conmigo.

Asentí, y guardé silencio mientras se despedían.

—Pues nada, asunto arreglado. ¿Querías algo más?

Me quedé pensando.

—Mira..., quería pedirte... —bajé la voz—, ¿tú crees que sería posible un poco de discreción? Es que mi primo es muy sensible.

—Claro, hombre, no te vayas a preocupar ahora por eso. Los asuntos de la ferretería se quedan en la ferretería.

—¿Y tú crees que Manuel también será discreto?

—No te puedes ni imaginar lo reservado que es. Nunca cuenta nada.

—Gracias.

Salí de la tienda. Había comenzado a llover. En el camino a casa fui menguando a medida que el agua me empapaba. A pesar de la lluvia, las calles me parecían inusualmente llenas de vecinos, que me saludaban con grandes sonrisas en la cara. Incluso me pareció que alguno le mandaba saludos a mi primo. Eran las doce. Qué ganas de que llegase la noche para volver a dormirme.

COLABORACIONES ESPECIALES

MI CAMISA SIN PLANCHAR

Elena Molina García

A los pocos días de haber comenzado este tiempo triste y extraño, me di cuenta de que cada vez que me ponía con la entretenida tarea doméstica de la plancha, al final de la tarde y del montón de ropa siempre quedaba en la bandeja una camisa sin planchar. Casualmente, la misma camisa siempre.

Tuvieron que pasar varias tardes de plancha hasta que fui consciente de que esa camisa sin planchar estaba tratando de decirme algo. No me daba cuenta en el *durante* de la sesión de plancha porque creo que los vapores y los éxitos musicales del rock español de los noventa —los mismos que antaño acompañaron

mis noches de sábado y que ahora me resigno a cantar sola y a grito pelado en mi habitación estas tardes confinadas— me nublaban la razón. Pero cada vez, tras desenchufar la música y la plancha, volvía a encontrarme con esa camisa sola y arrugada que inconscientemente había vuelto a abandonar en medio de una mini ciudad de torres de camisetas, jerseys y pantalones ordenada por tallas y colores.

La tarde en la que por fin me enfrenté a la camisa sin planchar recibí un duro golpe de realidad. Porque descubrí que lo que llevaba tanto tiempo tratando de explicarme era que en ella residía mi último vínculo con la vida tal y como fue hasta que llegó el confinamiento. Simboliza la rutina



foto de Daniel G. Pelillo

de una vida normal, esa que ahora tanto echamos de menos.

Mi camisa sin planchar no es una camisa cualquiera. Es *la camisa*. La que se guarda con mimo en el armario, la preferida. Esa que reservamos para las ocasiones especiales, la que nos ponemos para una reunión importante porque seguro que así vamos a tener éxito. Es la camisa que se prepara la noche anterior y se deja colocada en la perchero porque con ella no puede haber imprevistos. Y a la mañana siguiente nos la ponemos con cuidado, abotonando despacio, colocando los puños, comprobando que los picos del cuello estén per-

fectamente planchados, listos para salir a escena. Por eso nos esforzamos en que no se manche, que no se arrugue, que no sufra ningún desperfecto antes de su actuación estelar.

Ahora, cuando veo mi camisa sin planchar en mi particular bodegón textil, me invade una profunda tristeza porque no sé el tiempo que aún tendrá que esperar para volver a ser lucida.

A veces, a lo largo de estas semanas raras, he dejado volar mi imaginación y mi camisa ha cobrado vida... La he soñado madrugadora, esperando el tren de las 7:33; volviendo con prisas de la ciudad

para recoger a los niños del cole, e incluso la he imaginado disfrutando en El Colonial de una barrita con tomate un domingo de primavera, pegadita al vestido de mi amiga.

Luego salgo de mi nube y pienso que debería enfrentarme a mi camisa de una vez, plancharla sin demora. Devolverla a su perchero y dejarla colgando del pomo de la puerta, lista para mañana cuando me levante y nos reencontremos ahí fuera, en la vida que nos espera.

Ella está deseando ser lucida y yo estoy deseando plancharla. Pero por algún motivo seguimos esperando.

¿Y ENTONCES LA CULTURA?

VV. AA.

Luis Miguel Peña

Concejal de Cultura y alcalde de Cercedilla

14 de marzo de 2020. Se publica el Real Decreto 463/2020 por el que queda declarado el estado de alarma para la gestión de la situación de crisis sanitaria ocasionada por el covid-19. Punto y aparte para una sociedad habituada a permanecer largas horas en la calle, en los bares, en los teatros...

Como si se tratara de una guerra, hemos de confinarnos, quedarnos recluidos en casa. Cabría esperar que el encierro y la monotonía condujeran a la desidia, sobre todo si tu actividad, tu profesión no forma parte de los denominados servicios esenciales.

Pero no, no vagamos cabizbajos. Respondemos, nos defendemos, luchamos. Y para conseguirlo, pensamos, razonamos, estudiamos, investigamos.

Esta batalla contra un enemigo invisible requiere sin duda varias estrategias. La primera y esencial, la ciencia, a través de distintas especialidades como la biología y la medicina.

Pero la cultura también es imprescindible en estos días. Es la herramienta fundamental para combatir el tedio y modular las emociones.

La cultura, en todas sus vertientes, ejerce una acción terapéutica en la sociedad: la cultura nos sana. Los libros, el cine, las artes escénicas, la pintura, la música...; la alta cultura y la cultura popular; la cultura que circula por las redes y la cultura oral, la más antigua de todas las formas de comunicación cultural. Así que sí, desde luego, no tengo la menor duda de que la cultura es un bien esencial.

Max Hierro

Artista gráfico, vecino de Cercedilla

Entiendo por *cultura* la forma en que un grupo social, llámeselo nación, pueblo o tribu, interpreta el mundo desde puntos de vista simbólicos y espirituales. Esa interpretación en ocasiones deviene representación, y en ese proceso los individuos toman conciencia de su identidad y las sociedades se vuelven únicas. Es un movimiento de ideas, creatividad, curiosidad y conocimientos aplicados a los aspectos fundamentales del día a día que, a su vez, nos dota de valores y creencias —herramientas adecuadas (o no) para comprender nuestro entorno—. Sin todo esto no existiría sociedad, sino rebaño.



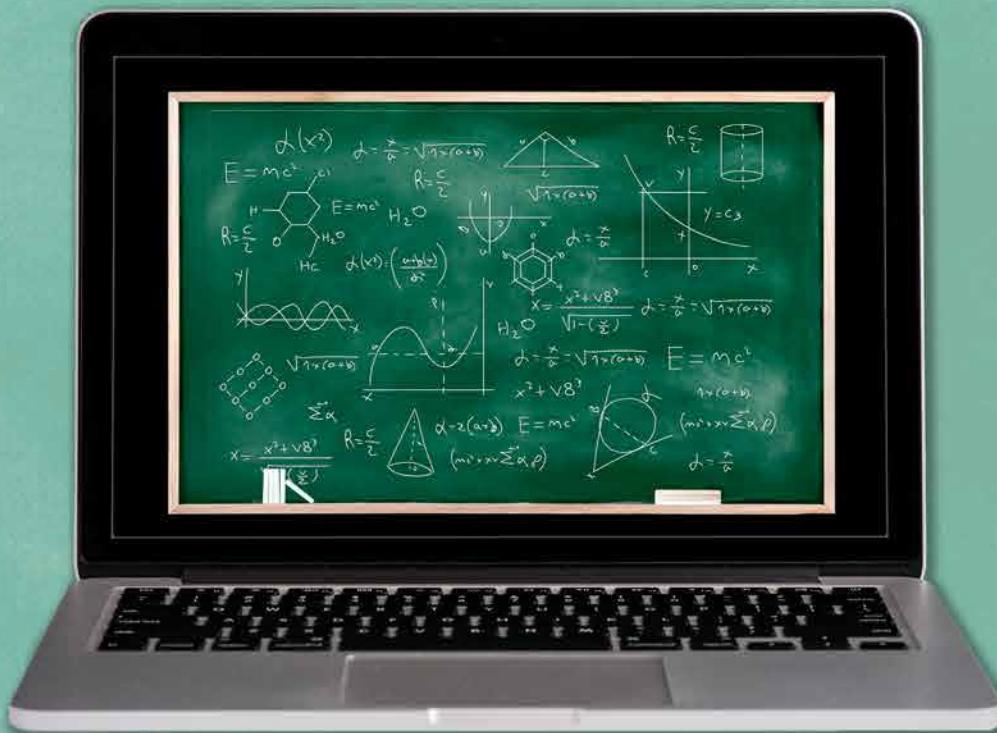
Tamara Somoza

Carpintera y vecina de Cercedilla

No sé si la pregunta tiene mucho sentido. Porque ¿no es inalienable la cultura? Pase lo que pase, los espíritus seguirán engrandeciéndose en contacto con las notas de una composición musical, con las palabras de un poema, con los colores del lienzo. Y seguirá habiendo alegría cuando los cuerpos marquen el ritmo, y la inteligencia, como siempre, hará brillar los ojos de los inspirados.

Si de lo que se trata no es del torrente imparable de la cultura en la vida, sino de los dineros que las instituciones públicas o privadas destinan a fines culturales, entonces, ¿quién puede preferir un museo a un hospital? Y solo después, cuando se pueda pensar en recuperar tejidos empresariales y puestos de trabajo, el sector cultural se merecerá su parte lo mismo que los otros sectores. Lo mismo un teatro que una carpintería... Pero claro, yo soy carpintera y barro para casa.

Fotomontajes de Daniel G. Pelillo
con material propio y de Freepik



El Papel de Cercedilla se acercó al instituto *La Dehesilla* para preguntarles a los estudiantes cómo habían vivido el confinamiento. Daniela, Elena e Isabella, cada una según su vena, nos hablaron desde sus encierros.

PARARSE A PENSAR *Daniela Gorgojo Rubio*

Esta cuarentena quedará registrada para la posteridad como una catástrofe económica, un parón en la sociedad, una cicatriz que atraviesa el mundo entero... Pero ¿no será también una lección para la humanidad?

El confinamiento es duro, sí, pero también estimulante. Al menos para mí. Las clases a distancia me han hecho pensar en lo mucho que necesitamos ir al instituto, aprender sin depender de la conexión a internet o de los medios de los que disponga cada uno en su casa, ver la cara de nuestros profesores y compañeros... Qué importante puede ser rodearse de gente nueva y sentir que de alguna forma somos una comunidad.

También el mundo que nos rodea ahora me ha hecho recapacitar. Mi madre me ha dicho que esta primavera va a ser diferente, especial, porque todo se ha detenido. Y tiene razón. Aunque sea desde la ventana de mi habitación, ahora veo cómo el verde se apropiá de la calle. Es como si la naturaleza reclamase lo que es suyo... Da algo de miedo a lo mejor, pero también es bonito que todas esas plantas crezcan desmedidamente en cualquier parte, y los vídeos en los que todo tipo de animales se pasean por lugares en los que no se había visto desde hacía años.

Todo me da que pensar. Leo, doy un paseo, escribo, escucho música. Y pienso.

Cómo vamos a vivir nuestra vida cuando quiera que esto termine, me pregunto. ¿Algo va a cambiar o todo seguirá de la misma forma? Creo que esta cuarentena puede servirnos para crecer como personas y explorar en nuestro interior. Solo hay que saber buscar en el lugar indicado...

¿Es en verdad tan malo este confinamiento? Puede que sí, pero al menos para mí está significando algo más que unas cuantas semanas de encierro. A veces un parón en seco es mejor que seguir sin mirar dónde se pisa. Me quedo quieto y, desde mis quince años, contemplo el paisaje de la vida.

$$= \sqrt{7 \times (a+b)}$$

PRIMAVERA 2020

Elena González Bodelón

Este año la primavera despertó sola.

Todos estábamos en casa y su belleza se adueñó del paisaje sin testigos.

Nos perdimos el nacimiento de las flores. El sonido de la naturaleza recién despierta nada más nos llegaba a través de la ventana.

Tuvimos que aprender a valorar lo que nos mostraban los cristales. El amanecer, el atardecer, la lluvia y el viento, un pájaro

que canta..., aparentemente salvando al mundo desde nuestras fortalezas.

Han pasado ya muchos días, semanas, meses...

El mundo se ha paralizado, ya no hay más besos ni abrazos. Todos tememos el contagio, pero a la vez amamos demostrar nuestro afecto. Así que nos quedamos quietos.

Y realmente descubrimos el valor de lo más puro, de lo que nos hace humanos. Extrañamos las caricias, el café de nuestro bar, los paseos...

Es duro, pero pienso que cuando esto acabe y hayamos salvado juntos al mundo, seremos todo lo que hemos aprendido a ser estos días.

Nos administraremos mejor el tiempo, valoraremos cada instante con nuestros hermanos, con nuestros amigos. Disfrutaremos de lo que tenemos. Respetaremos y amaremos más a la naturaleza, que ha consolado nuestros sentidos a través de las ventanas durante los días eternos. Seremos mejores.

NINGÚN TÚNEL ES INFINITO

Isabella Arévalo Annese

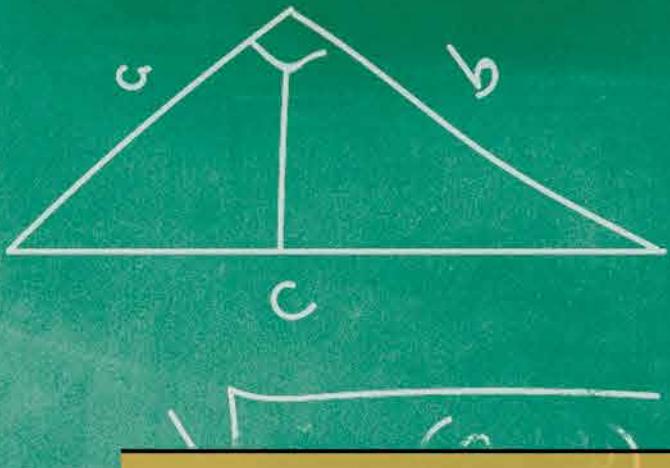
El mundo cambia constantemente. La tecnología influye cada vez más en nuestra vida, se ha vuelto imprescindible para la mayoría de las personas, y podemos usarla a nuestro favor, o todo lo contrario.

El coronavirus, esta pandemia mundial, llegó sin que nos diéramos cuenta ni pudieráramos imaginar los efectos que tendría. Es impresionante la devastación que ha causado este virus alrededor del mundo: se ha llevado la vida de miles de personas, ha golpeado a la economía mundial, al comercio, a la producción de petróleo, al turismo... y a la educación de los jóvenes por todo el planeta. Pero algunos, gracias a la tecnología, hemos podido seguir aprendiendo. Algunos estudiantes tenemos la oportunidad de estudiar en un instituto con profesores que se preocupan por nosotros y que nos siguen enseñando como

pueden. Así que debemos entender que, aunque a veces estudiar nos parezca un poco fastidioso, somos muy afortunados por poder seguir nuestros estudios, ya que en muchos países pobres los niños no tienen ni luz ni agua en sus casas, ni mucho menos pueden tener clases por videollamada, ya que la mayoría no tienen ni acceso a internet.

Mi nombre es Isabella Arévalo y vengo de Venezuela, un país lastimosamente liderado por la corrupción y el caos, que también han alcanzado a la educación. Los jóvenes venezolanos, incluso los que tenemos la oportunidad de tener una educación, muchas veces hemos perdido clases debido a la falta de luz o las protestas a nivel nacional, por lo que no es la primera vez que me he visto obligada a vivir una situación similar a la que los jóvenes en España y el resto del mundo estamos viviendo ahora.

Tuve la oportunidad de empezar una vida nueva aquí en España hace algunos meses, y cuando llegó esta pandemia pude notar el miedo y la incertidumbre de la gente, algo con lo que se vive diariamente en mi país. Por eso quiero decirles a los jóvenes que ahora se sienten desmotivados por todo lo que está sucediendo que siempre hay una luz al final del túnel, y que esa luz cada vez está más cerca.



$$R = \frac{c}{2}$$

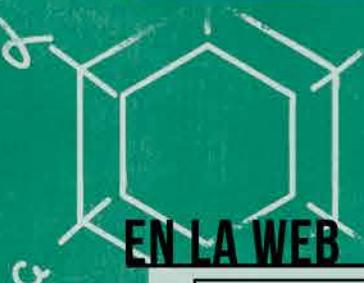


CARTAS DEL LECTOR

Invitamos al lector a remitirnos sus críticas enfurecidas, sus propuestas geniales, sus cuchilladas y hasta sus elogios si se tercia. Le invitamos a convertirse en autor para poder a nuestra vez criticarlo sin piedad. Hemos tomado la palabra, pero no queremos apropiarnos del discurso. No os quedéis callados, por favor.

fundacionculturalcercedilla@gmail.com

Apartado de correos n.º 13 28470 Cercedilla - Madrid



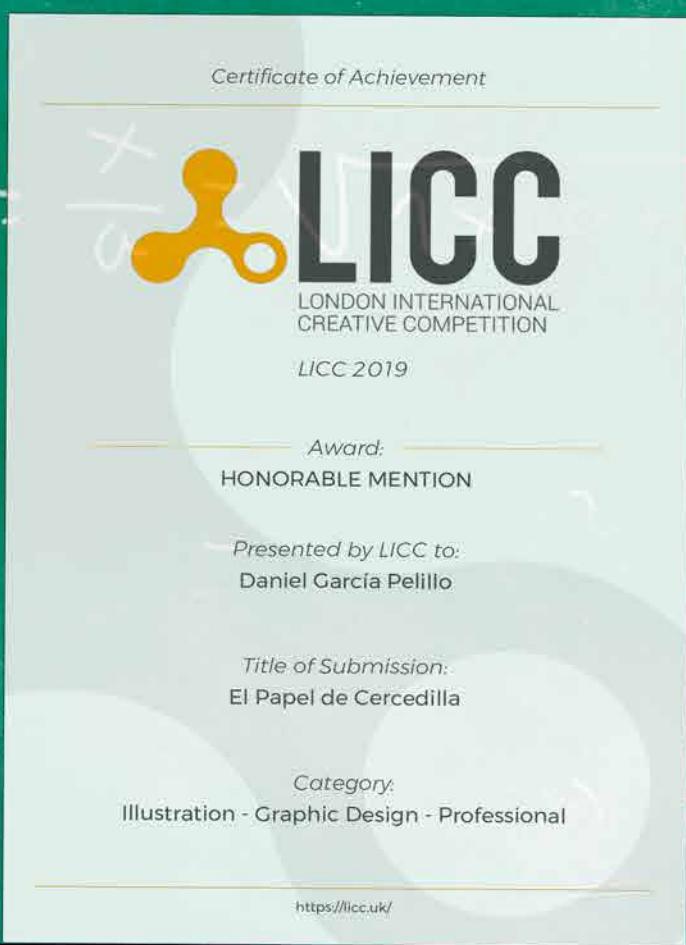
EN LA WEB



Versión web de la revista:
elpapeldecercedilla.com

Página web de la Fundación Cultural:
fundacionculturaldecercedilla.org

$$d = \frac{x}{a} = \sqrt{1 \times (a)}$$



Recientemente se hicieron públicos los premios LICC 2019; *El Papel de Cercedilla* obtuvo una mención de honor en la modalidad de Ilustración y Diseño Gráfico, categoría Profesional, en la London International Creative Competition de 2019

$$E = mc^2$$

Y tras eones de danza astral de pronto el simio listo se hace neolítico y, un instante después, impone el antropoceno. Conquista el mundo blandiendo una saeta y a su inteligencia rara le da por asfaltar el incómodo paraíso. Destruir y construir es su obsesión. Es el ser supremo de la Creación, no le cabe ninguna duda; lástima que siga aterrado ante la certeza de la muerte. Cuando apunta todas sus flechas y misiles contra el minúsculo virus aguafiestas, se siente por un momento ligeramente ridículo. Le parece escuchar el susurro burlón de ese ser infimo, celular, ignorante, feo, absurdo, promiscuo y obsoleto. «Eh, monito, con sinceridad, ¿quién es aquí la verdadera plaga?».

EL PAPEL DE CERCEDILLA

